izquierda nacional

IN

Diciembre de 1971 18

EL TESTAMENTO DE UN LIBERAL

por JULIO GUERRA

LAS FUNCIONES DEL CAPITAL EXTRANJERO

por ROBERTO ROTH

URUGUAY

EPILOGO 1971

por Methol Ferré

EL ULTRAIZQUIERDISMO Y LA CUESTION NACIONAL

por León Trotsky

AUN RESPONDE A MALEK

AL CORRER DEL MES

LECTURAS CRITICAS

La Revolución, la mayoría, las armas

"La entrevista con Trotsky, en su despacho de la Comisaría de Guerra, tuvo una cierta importancia. Duró un par de horas... La delegación española había sido encargada por el pleno nacional de la CNT (sindicalista revolucionaria) que la nombró que planteara una «grave» cuestión: "¿Podrían los Soviets enviar a la CNT armas para hacer la revolución?". Trotsky contestó: "Para hacer una revolución es necesario haber ganado las simpatías de la mayoría de la población, y entonces se cuenta naturalmente con los soldados, que son los que tienen las armas. Las armas necesarias para la revolución española están en España. Ganen la voluntad de los que las tienen, y dispondrán de las armas necesarias".

(Recuerdos de Joaquín Maurín de una visita a Moscú en 1921. En "Revolución y contrarrevolución en España", pág. 264, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1965.)

DIRECTOR: JORGE ABELARDO RAMOS - **SECRETARIA DE REDACCION:** HERMINIA DENOT - **SECRETARIO TECNICO:** ROBERTO PASCUAL - **ORGANO TEORICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL DE LA ARGENTINA** - APARECE MENSUALMENTE - **COLABORADORES:** JORGE ENEA SPILIMBERGO - BLAS M. ALBERTI - ALBERTO GUERBEROFF - NORBERTO GALLI - MARIO BERNICH - ARTURO ARROYO - GREGORIO ABELARDO CARO FIGUEROA - MANUEL CRUZ TAMAYO - LUCIA SOLIS - ANA MARIA GIACOSA - **CORRESPONDENCIA:** CASILLA DE CORREO 323, CORREO CENTRAL, BS. AIRES, ARGENTINA.
Agentes y corresponsales en México, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay y Brasil - Precio del ejemplar en América Latina: u$s 0,75 - En Argentina $ 3,00 ley 18.188.

18

BUENOS AIRES

DICIEMBRE 1971

SUMARIO

AL CORRER DEL MES 2

EL TESTAMENTO DE UN LIBERAL
Por Julio Guerra 5

LAS FUNCIONES DEL CAPITAL EXTRANJERO
Por Roberto Roth 12

URUGUAY: EPILOGO 1971
Por Alberto Methol Ferré 19

LA CUESTION UNIVERSITARIA ARGENTINA Y EL DIVISIONISMO CIPAYO (final) 28

EL ULTRAIZQUIERDISMO Y LA CUESTION NACIONAL
Por León Trotsky 42

LECTURAS CRITICAS 46

AL CORRER DEL MES

Notas Observaciones Dichos y hechos

El tercer partido

Los monopolios y sus asesores políticos siguen con preocupación acentuada la política argentina. Bunge y Born financia la revista "Mercado", que dice ocuparse de "economía y negocios". Dicha publicación ha dado a conocer a los gerentes que la leen los resultados de una encuesta especialmente encargada a la empresa A & C Investigación, sobre el tema: "¿Cuál es el tercer partido político?" El imperialismo y sus agentes en nuestro país advierten con creciente alarma la disolución del sistema político y económico creado a partir del 80 y que a pesar de la aparición del yrigoyenismo en 1916 y del peronismo en 1945 ha permanecido intacto en sus grandes líneas. El sistema tiende a disgregarse y la manifestación más clara de la crisis es el monopolio político ejercido por el Ejército y la decadencia de los viejos partidos. Con el jefe del peronismo exiliado en los últimos 16 años, el peronismo trabajado por múltiples disenciones internas, y un radicalismo relativamente fuerte pero en estado de evidente declinación, las clases dominantes de afuera y de adentro se preguntan: ¿qué fuerza política nueva aparecerá en el horizonte, qué tercer partido ingresará en el comicio o en la lucha como expresión de la crisis y de la cólera de las masas?

Esa pregunta ha sido satisfecha con la encuesta. Los investigadores realizaron un total de 400 entrevistas en la Capital Federal y Gran Buenos Aires, en barrios representativos de las distintas clases sociales. Las respuestas se clasificaron en relación con la posición económico-social, la edad y el sexo.

Dentro del total, el "socialismo" aparece con el 27 % como promedio general (aunque es preciso aclarar que en los sectores de pequeña burguesía y proletariado la proporción llega al 30 %); el frondizismo con el 15 %; el "nacionalismo" con el 13 %; el "oficialismo" con el 11 %; los conservadores con el 9 %; la democracia cristiana y la UCRI con el 7 %; la democracia progresista con el 5 %; el comunismo con el 3 %; y el bravo Alsogaray con el 2 %. Como es obvio, este tipo de encuestas constituye un mero acercamiento a una realidad muy variada y compleja, según sea la zona del país donde se realice. Pero tampoco debemos olvidar que Buenos Aires y Gran Buenos Aires hace mucho tiempo que dejaron de ser el lugar de residencia exclusiva de los porteños; puesto que gran parte de sus habitantes está compuesta por mujeres y hombres procedentes de las provincias. En tal sentido, esta encuesta contiene respuestas de alcances nacionales que no serán del agrado del monopolio que la financió.

Un cipayo modelo 1948

En el semanario "Siete Días" (por si el lector no lo conoce, se distingue por las modelos semidesnudas que exhiben sus encantos en todas las tapas concebidas cada semana por el ocurrente director) se publica una crónica del viaje de Lanusse a Lima. Es una de esas reseñas anodinas, hecha a base de recortes de prensa que se escriben mientras se atiende el teléfono y que se leen mientras se espera turno en la peluquería. El distraído lector que haya hojeado por casualidad el número del 18 de octubre se encontrará con el siguiente parrafito: "A su vez, el diario limeño "Correo" —cooperativizado por el gobierno— exageró: "Las cordiales relaciones entre sistemas tan claramente distintos como los de Argentina, Chile y Perú demuestran que de la pluralidad respetada emergerá algún día lo que un ensayista argentino contemporáneo llama ya la Nación Latinoamericana". Y el sagaz redactor de "Siete Días" comenta lo siguiente: "El historiador citado es Jorge Abelardo Ramos, un líder de "la izquierda nacional" argentina que admira, sin reservas, al nacionalismo militar, así sea latinoamericano, japonés o alemán".

Esta inesperada coz revela que en algunas redacciones de Buenos Aires sobreviven especies semi-extinguidas que erróneamente suponíamos, había muerto hacia 1945, el año en que Hitler se redujo a cenizas, en que los partidos de izquierda se abrazaron con Braden, y en que las masas populares hicieron el 17 de octubre. Pero se ve que hay moribundos tenaces, o jóvenes cipayos que nacen viejos. Qué inocente malignidad afirmar que nuestro movimiento "admira sin reservas" al nacionalismo militar, así sea latinoamericano, "japonés o alemán". El pobre remador de "Siete Días'," que debe diariamente decir que sí a lo que mande al gran César Civita, introduce su cápsula venenosa en la mercadería que vende, pretendiendo identificar al nacionalismo militar de un Torres, por ejemplo, con el nacionalismo militar de un Rommel o un Goering. Vástago declinante de la semiextinguida democracia anglosajona en el Plata, el articulista demuestra tal odio hacia lo nacional, que a tientas podríamos indicar su raíz bradenista-codovillista.

Para nuestros lectores es obvio cuanto decíamos, así como sorprendente esta curiosidad paleográfica que comentamos.

La Segunda muerte de Eisenstein

La distribuidora stalinista de películas ha estrenado en Buenos Aires una "novedad": filmada por Sergio Eisenstein en 1927, "Octubre" fue prohibida bajo el régimen de Stalin durante 44 años. No era para menos. El notable creador soviético (casi el inventor del cine como arte) habíase inspirado, para evocar en la pantalla la gran revolución, en el texto de John Reed "Diez días que conmovieron el mundo" también prohibido en la URSS por el macabro georgiano. Unidos tal libreto y tal director, era fácil presumir que el proceso de reacción manifestado justamente en 1927 con la detención de León Trotsky, e iniciado al día siguiente de la muerte de Lenin en 1924, aplastaría al gran film.

El dudoso producto que el público argentino tiene ante su vista ha sido víctima de vándalos, burócratas y policías. Baste señalar que Trotsky aparece en el film como oponiéndose enérgicamente a la insurrección de octubre, naturalmente, contra la voluntad de Lenin y del partido. Esto demuestra el desprecio que la burocracia de Moscú experimenta hacia la opinión pública del movimiento obrero mundial y la estupidez de que adolece, exactamente en una época post-stalinista donde las calumnias de Stalin han sido demolidas por el propio Krushev, en una época en que la figura de los fundadores del Estado Soviético han sido reivindicadas y sus libros circulan en todos los países del mundo, salvo en la Unión Soviética (donde se leen clandestinamente).

Por momentos, el genio de Eisenstein resplandece en las conmovedoras imágenes; pero los cortes, las interpolaciones mentirosas y la música (entre militar y circense) de Shostakovich, el dócil rascatripas de los tiempos de Stalin, destruyen irreparablemente la obra de arte que fue. No está lejano el día en que el verdadero Eisenstein podrá ser visto por los amigos de la revolución rusa en todo el mundo. Pero ese día será posterior a la caída de la camarilla de impostores que envilece el país de octubre.

Peronistas y peronistas

La crisis argentina no es solo política, sino ante todo social y económica. Esto quiere decir que han perdido su antigua estabilidad las clases intermedias, que servían de escudo a la oligarquía frente a los embates de la clase obrera o de los movimientos nacionales y populares que de algún modo afectaban los privilegios de la oligarquía tradicional. El reflejo de esta crisis no solo alcanza a la superestructura política de los viejos partidos, sino también al peronismo, nacido hace un cuarto de siglo.

La autoridad de Perón dentro de su movimiento es más bien ritual que virtual, es ante todo una forma que un contenido. Nos referimos claro está a las capas dirigentes o seudo dirigentes, sean políticas, gremiales o "femeninas". En su inmensa mayoría, estos dirigentes tienden al acuerdo, son "alvearistas" por definición. No divisan en el horizonte transformación revolucionaria alguna y solo aspiran a adaptarse al régimen caduco como prudentes partidarios de "reformas". Basta recordar a la bancada peronista de la Cámara de Diputados en 1963-65, donde era imposible distinguir entre el "metalúrgico" Niembro y el abiertamente reaccionario Tecera del Franco, para concluir que en los días que corren los rasgos más burgueses del peronismo lo vinculan estrechamente al decadente radicalismo. Es por esa razón que la candidatura de Perón, que sería la única vía para que el peronismo recobre parte de su antiguo empuje, es peligrosa e insatisfactoria para la mayoría de estos "dirigentes" peronistas, tanto como para el Ejército. Un "renunciamiento" sería excelente para ambos.

Por esa razón resulta todavía más curiosa la actitud de algunos neoperonistas autotitulados "revolucionarios", que se particularizan porque interrumpen los actos peronistas coreando consignas tales como "Si Evita viviera sería montonera", o extravagantes referencias a una misteriosa "patria socialista". Estos flamantes peronistas proceden en su mayoría de la izquierda cipaya o del catolicismo cipayo, están impregnados de una retórica ultra, son "antielectoralistas" por naturaleza y esconden bajo la bulla una profunda aversión al jefe del peronismo y al peronismo tal cual ha surgido de la historia argentina. Pretenden que el peronismo debe "hacer la revolución", el "socialismo", y al mismo tiempo, invocan la jefatura de Perón. Semejante desatino solo puede explicarse a la luz de la crisis que conmueve a la pequeña burguesía, antes cipaya, a que hicimos referencia al comienzo de esta nota. Estos núcleos pasan del imperialismo a la burguesía nacional y del mismo modo que antes su dependencia del imperialismo estaba velada por la fraseología socialista pura o por la custodia de la fe, según los casos, hoy su dependencia de la burguesía nacional (peronismo) apenas se oculta tras las frases de la "patria socialista". Pretender luchar por el socialismo, renunciando a formar un partido revolucionario marxista, es tan absurdo como elegir al General Perón como jefe de un movimiento destinado a hacer la revolución socialista.

Es perfectamente legítimo incorporarse al peronismo declarando la conformidad del neófito con los fines y los métodos que el peronismo proclamó siempre: "humanizar el capital"; establecer la justicia social sin suprimir la propiedad privada; reducir la influencia política de la oligarquía sin eliminar la propiedad terrateniente, ganar el poder en elecciones libres. Pero confundir peronismo con socialismo es practicar un autoengaño que no conduce a ninguna parte. Puesto que el punto de vista de los marxistas, en 1945 como hoy, consistió en apoyar críticamente al movimiento nacional, sin confundirse con él. A los que pretenden hablar de la "patria socialista", les recordamos la fórmula "ni yanquis ni marxistas", que los malandritas de Manuel de Anchorena, "peronista auténtico" difunden en los sindicatos bajo la protección de Rucci o la célebre frase doctrinaria de Juanita Larrauri al regresar recientemente de Madrid: "La he visto a Evita. Le besé los pies".

Cipayos modelo 1971

La petulancia y el alarde verbal de los cipayos de ultraizquierda supera la mas febril imaginacion. En momentos en que el pueblo argentino soporta la mas salvaje represión de que se tenga memoria, en momentos en que la pequena burguesia es arrasada por la voracidad monopolista, cuando la clase obrera de todo el pais busca un nuevo camino para proseguir y garantizar sus luchas, el FAUDI proclama, en una asamblea estudiantil, la insolita y desopilante consigna de "Convirtamos a la ciudad de Buenos Aires en una gran Facultad de Filosofia y Letras".

Atosigados de Althusser y Marcuse, empachados de las más esotéricas teorias politicas, saturados de la más libresca filosofía, a estos alicaídos revisionistas del leninismo les ha ocurrido lo que a Don Quijote: han llegado a creer en sus propias fabulaciones. Y la realidad no es entonces más que lo que ocurre en sus afiebradas cabezas. Convertir la ciudad de Buenos Aires, es decir el grueso de la clase obrera argentina, en una gran facultad de Filosofía es, ademas de toda interpretación psicológica, la manifestación sofisticada del odio antiobrero de la intelectualidad pequeño-burguesa porteña, su congénita cipayería, el profundo asco que les produce el proletariado tal como éste fue producido por la historia. No significa más que la vana pretensión de reactualizar el enfrentamiento entre los libros (europeos) y las alpargatas (nacionales). Detrás de sus desplantes insurreccionalistas, el Dr. Juan B. Justo debe sonreír mefistofélicamente al contemplar las increibles formas que adopta su incomprensión absoluta de la Argentina real.

La Izquierda Nacional en el Interior

En las últimas semanas el PSIN ha comenzado a desarrollar una gran campaña en todo el pais para lanzar las bases del FIP (Frente de Izquierda Popular). Con este motivo, los dirigentes del partido viajaron con frecuencia a distintas provincias para hacer uso de la palabra. En el Salón teatro de la Sociedad Argentina, en Tucuman, se realizó un gran acto, con una concurrencia estimada en 800 personas, donde pronunciaron discursos los companeros González, Arroyo, Pucci, Pieroni, Fontdevila, Spilimbergo y Ramos. Posteriormente se organizó una guitarreada (con empanadas y vino, contrariando la tradición de Juan B. Justo en la materia) donde participaron compañeros de los Ingenios Santa Rosa y La Florida, llegados especialmente a Tucumán para asistir al acto.

En Santiago del Estero se procedió a inaugurar el primer local público del PSIN en esa provincia, en la calle Pueyrredón 150. Con ese motivo hablaron Raúl Dargoltz, Bailón Gerez y Jorge Abelardo Ramos, Secretario General del partido, que viajó a Santiago con ese motivo. Tanto en Santiago del Estero como en Tucumán, la televisión local se ocupó de ambos actos. En Tucuman, durante 30 minutos, el compañero Abelardo Ramos desarrolló los puntos de vista de la Izquierda Nacional ante la pantalla del Canal de la Universidad.

En San Juan se desarrolló un ciclo de seis actos del PSIN. El Comité Zonal de esa provincia organizó dicho ciclo con la participación de Ramos, Alberti y Spilimbergo, sucesivamente, en el salón de la Biblioteca Franklin de esa ciudad y con la asistencia de 300 personas que suscribieron tickets para concurrir a las conferencias programadas por el PSIN.

Posteriormente el compañero Ramos regresó a Tucumán, donde hizo uso de la palabra en el Ingenio La Florida, en cuya oportunidad se sirvió un locro y se confraternizó con los trabajadores durante una guitarreada por la tarde. En Salta, y bajo el patrocinio del Centro de Estudiantes de Humanidades Ramos dictó una conferencia acerca del papel del Ejército en la crisis actual, realizó una conferencia de prensa para informar al periodismo local sobre la organización en todo el país del Frente de Izquierda Popular y realizó reuniones con el Comité Zonal de la Provincia y con amigos y simpatizantes.

En Córdoba, el PSIN organizó un gran acto público el 12 de noviembre, al que concurrió numeroso y entusiasta público.

En la Capital Federal, las 900 personas que presenciaron y participaron con gran entusiasmo en el acto del Salón Verdi, en la Boca, el 28 de octubre, comprobaron el vigor y el crecimiento del partido. En dicho acto hablaron los compañeros Jorge Mackars, Julio Fernández, Blas Alberti, Jorge Enea Spilimbergo y Jorge Abelardo Ramos. La Izquierda Nacional crece en toda la República y ya se perfila como el gran movimiento de la Nueva Argentina.

El testamento de un liberal

por Julio Guerra

Federico Pinedo es uno de los más ilustres asesores de esa casta de intelectuales y tecnócratas al servicio de los intereses antinacionales, integrada en nuestros días por Krieger Vassena, Licciardo, etc., representados en su época, ya sea por los frigoríficos o las empresas.

De sus acciones públicas recordamos dos que bastan para demostrar que el Dr. Pinedo estaba dispuesto a justificar con cualquier argumento pretendidamente científico la política de expoliación de la economía nacional, llevada a cabo por los inversores ingleses y yanquis hasta 1945.

En 1935, cuando las maniobras de los frigoríficos ingleses y norteamericanos, en perjuicio de la ganadería, la industria nacional de la carne y las arcas fiscales eran tan evidentes y escandalosas que llegaron a promover una investigación parlamentaria a cargo del Dr. Lisandro de la Torre. Federico Pinedo, Ministro de Hacienda durante las sesiones del Congreso de los días 12, 15, 16 y 17 de julio, se erigió en detractor de las personas del Dr. de la Torre y el Contador Samuel Yarsky, ejecutor de la investigación, para hechar una cortina de humo sobre las irrefutables pruebas presentadas al senado por ambos.

De su ingeniosa exposición los monopolios frigoríficos emergieron convertidos en benefactores nacionales, pero ni los obreros de los frigoríficos, ni la masa popular en general fueron convencidos por la verborragia del Ministro, y el debate debió ser interrumpido asesinando a un Senador, que ocasionalmente recibió lo que estaba dirigido al Dr. Lisandro de la Torre.

Siempre coherente con su línea, Federico Pinedo fue el autor de un "Plan de nacionalización de los ferrocarriles particulares", presentado al Gobierno por las empresas ferroviarias inglesas en 1940, y que le significó un ingreso personal de 10.000 Libras Esterlinas; plan que, entre otras cosas, proponía la suspensión de toda fiscalización del Estado a las empresas ferroviarias, la garantía de un porcentaje de interés sobre un figurado monto de capital invertido, nada despreciable para la época, a cambio de una nacionalización que no era tal, pues los ingleses conservarían cinco directores, mientras que el Estado sólo tendría dos.

No dudamos que sin hurgar demasiado en la historia de Pinedo los ejemplos de esta clase se multiplicarían. Felizmente, antes de su muerte resumió en un voluminoso trabajo la teoría de sus infamias, no menos voluminosas. Felizmente, decimos, porque la presencia de un testimonio escrito contribuye a la tarea de esclarecimiento que el pueblo argentino debe realizar para identificar, sin lugar a dudas, a sus verdaderos enemigos, internos y externos.

A continuación publicamos un análisis crítico de los temas principales que trata en su libro póstumo: "Argentina, su posición y rango en el mundo".

N. de la R.

Pinedo

Federico Pinedo, auténtica expresión política de la oligarquía agroexportadora argentina, se esfuerza en demostrar en su libro póstumo las bondades de un régimen liberal que, en su versión más ortodoxa nos condujo durante tres cuartos de siglo por el camino de la "prosperidad y la opulencia", del cual inútilmente nos habríamos apartado.

Sus argumentos, no siempre bien intencionados y carentes en algunos casos de todo rigor científico, tienden a destruir los postulados de las nuevas teorías económicas burguesas en boga, surgidas a la luz de una realidad de postguerra y que presentan un mundo fracturado en dos bloques, circunstancialmente opuestos pero potencialmente conciliables: el de los países desarrollados por un lado y el de los subdesarrollados por el otro. Consecuentemente, desconoce y lamenta la "arbitraria" caracterización del subdesarrollo que permite a estos teóricos alinearnos junto a esos "míseros pueblos con vocación a ser ayudados" (sic) (pág. 406).

Persiguiendo este objetivo, esta obra de Pinedo, que resume sus trabajos anteriores sobre el tema, trata fundamentalmente los siguientes puntos:

1) desarrollo y subdesarrollo;
2) inversiones extranjeras;
3) reforma agraria; y
4) deterioro de los términos de intercambio.

Desarrollo y subdesarrollo

No creemos de mucha utilidad terciar en la polémica desatada por Pinedo con los técnicos de la CEPAL. Ambos ponen su acento en el análisis de índices que, supuestamente, darían la medida del desarrollo de un país. Pinedo, no obstante reconocer y atacar la formulación de esos índices como arbitraria y nada indicativa, los utiliza para demostrar lo contrario de lo que sostiene CEPAL. Lo que tanto Pinedo como sus ocasionales adversarios no pueden admitir es que el subdesarrollo no es un estadio del sistema productivo capitalista, sino la consecuencia de la expansión y consolidación de ese sistema a nivel internacional durante los últimos 150 años. El subdesarrollo es la contrapartida del desarrollo. No podría haber desarrollo capitalista sin subdesarrollo y no podrá superarse el subdesarrollo sin superar el sistema capitalista.

Los países subdesarrollados presentan algunos rasgos comunes: 1) crecimiento lento e irregular del Producto Bruto Nacional con la consiguiente acentuación del desequilibrio; 2) estancamiento de la producción agropecuaria comparada con el crecimiento demográfico; 3) desaceleración del desarrollo industrial, sobre todo en los países que, como la Argentina, avanzaron relativamente más en el proceso de sustitución de importaciones; 4) incapacidad en aumento de la actividad económica para absorber el incremento de la población en edad activa en forma productiva; 5) concentración de la riqueza en pocas manos y acentuación de condiciones de marginalidad que incluyen a proporciones significativas de la población; 6) tendencia deficitaria de la balanza de pagos por evolución lenta de las exportaciones, deterioro continuo de los términos del intercambio e incidencia creciente de los servicios financieros; 7) uso improductivo y expatriación del excedente económico; 8) bajo nivel relativo de ingreso per cápita; 9) elevado índice de analfabetismo; 10) condiciones deficientes de alimentación y salud pública. Lo enunciado no es más que una caracterización fenomenológica del hecho de pertenecer a una estructura definida de relaciones de dominación que debe ser estudiada históricamente.

La Argentina de los años 30, e incluso la actual, no cumple algunas de las características señaladas y de allí la indignación de Pinedo, por la inclusión de nuestro país en "la comunidad de los atrasados y los hambrientos" (pág. 369). Claro que lo que el enjundioso abogado de los ferrocarriles ingleses omite analizar es el desarrollo del sistema capitalista y las relaciones de dependencia que genera y que, eso sí, es común tanto a la Argentina como a todos los países latinoamericanos, africanos y asiáticos. Dependencia que se manifestó a principios de siglo como comercial financiera, provocando la división internacional del trabajo, para pasar a adquirir en la postguerra características de dependencia industrial tecnológica, mediante la explotación de los mercados internos de los países receptores de capital.

A fin de ilustrar al lector sobre el tema tratado y familiarizarlo con la prosa pinediana transcribimos a continuación un párrafo de incuestionable contenido político: "Habiendo países dotados de grandes riquezas naturales, mientras a otros ha tocado en suerte vivir en un medio hostil; estando unos habitados por una población trabajadora e industriosa, mientras que otros están compuestos por personas de naturaleza abúlica o por una población sumida durante siglos en un sueño profundo, del que algunos están despertando

al ruido de los aldabazos dados a sus puertas por pueblos más activos y emprendedores; existiendo pueblos armados de considerable instrumental, que centuplica el resultado de trabajo y que ellos saben fabricar o adquirir, mientras otros carecen de todo medio de producción eficaz y no son capaces de procurárselos; existiendo —en pocas palabras— tantos motivos visibles para que unos pueblos tengan o estén en condiciones de procurarse más recursos que otros, no se concibe que los que figuran como expertos en asuntos económicos y sociales aparezcan asombrados, como ante una revelación extraordinaria, al verificar que las diferencias en cuanto a ingresos que existen entre diversas colectividades son hoy muy considerables, cuando lo han sido siempre y cuando siempre se lo ha sabido, aún antes de que se conocieran las múltiples valoraciones de los recursos de las naciones, que se han hecho en tiempos distintos y por procedimientos diversos" (pág. 375).

Las inversiones extranjeras

Pinedo se refiere a las inversiones extranjeras de una manera en la que sólo puede hacerlo quien tenga en ellas un interés individual demasiado evidente y muy poco loable. En los dos capítulos que dedica al tema se empeña, con ejemplos elegidos a su conveniencia, en demostrar: 1) que los inversores extranjeros actúan movidos por un interés filantrópico en el desarrollo de los pueblos. No tienen fines de lucro, sino que son almas generosas que llevan su capital allí donde los nativos no pueden hacer por sí mismos las grandes obras que requiere la actividad económica moderna. 2) En nuestro país, si no hubiera sido por los caritativos ingleses, no tendríamos ferrocarriles, ni teléfonos, ni bancos, etc. es decir, seguiríamos viviendo incomunicados y atrasados al nivel de las "cabilas africanas o de somnolientas ciudades asiáticas". "La Argentina se formó, adquirió personalidad, se desarrolló gracias al aporte del capital extranjero llamado con angustia por los que hicieron este país y que en un tiempo fue mucho más importante que el capital nacional. Sin la colaboración del capital extranjero el país no hubiera podido hacer en siglos el progreso que se hizo en décadas. El capital extranjero fue el que nos emancipó; el que nos emancipó de la miseria, de la debilidad congénita, el que hizo posible por el acrecentamiento de nuestro poder tener hoy menos necesidad de capital extranjero". (pág. 671).

Aún cuando Pinedo tuviera la facultad sobrenatural de ver retrospectivamente el curso de la historia si hubieran existido condiciones diferentes a las que realmente se dieron, no podría negar, sino de muy mala fe, que: a) el primer ferrocarril argentino fue realizado y totalmente financiado por capitales argentinos, b) los posteriores obtuvieron la mayor parte de su capital de garantías del Estado, suscripción de acciones por el gobierno y público argentinos, aporte de la Pcia. de Buenos Aires, etc. Un sólo ejemplo basta para demostrarlo: el Ferrocarril Central Argentino se financió de la siguiente manera: el Estado suscribió acciones por $ 1.700.000 fuertes, la pcia. de Buenos Aires por 25.000 pesos fuertes y el público por un millón; sobre un capital necesario de $ 5.000.000 la economía argentina aportó $ 2.725.000 (1). Como si esto fuera poco, el gobierno debió expropiar a los dueños nativos un total de 346.727 Has. para regalar a los gentiles "inversores ingleses" y les garantizó un 7 % de utilidad sobre un capital equivalente al doble del que realmente se requirió para poner en funcionamiento la línea, lo que significaba $ 555.448 por año además de las ganancias de la tierra. Si, de acuerdo a las cifras antes mencionadas, aceptamos que los ingleses aportaron $ 2.300.000, la ganancia que obtenían anualmente equivalía al 25 % del capital, tasa algo exagerada, sobre todo tratándose de filántropos.

No obstante, lo señalado no es lo más importante en cuanto a inversiones extranjeras puede decirse. Los ferrocarriles ingleses así como los frigoríficos y toda otra industria o servicio instalados por los extranjeros constituyen el mayor factor "antiprogreso" de la historia argentina. Una de las causas reales de descapitalización o de acumulación deficiente de capital, fue y lo continúa siendo la presencia de capitales extranjeros que extraen más de lo que ingresa al país. El objetivo fundamental de las empresas de ferrocarriles era, además de obtener ganancias, evitar a cualquier precio que se fabricaran en el país los productos manufacturados con los cuales los ingleses pagaban nuestras exportaciones de materias primas, favoreciendo además a la flota mercante inglesa, que siempre tenía doble carga: de materia prima de Argentina a Europa y de productos industriales de Europa a Argentina. Al respecto es importante transcribir las palabras del diputado Osvaldo Magnasco, quien ya en 1891 tuvo clara cuenta del problema, y dijo refiriéndose al petróleo de Jujuy y Mendoza: "No bien llega a oídos de la empresa de ferrocarril la exportación de una pequeña partida a Buenos Aires o cualquier punto, se alza inmediatamente la tarifa, se alza como un expectro y se alza tanto que el desfallecimiento tiene que invadir el corazón del industrial más fuerte y más emprendedor".

Por supuesto, a Pinedo no le interesaba en absoluto la expansión de la in-

dustria argentina. Como buen defensor de los intereses oligarcas, agradecía a los ingleses la "construcción de un sistema de transporte que permitiera hacer accesible al mundo exterior lo que aquí produjéramos (que sin perspectivas de vender afuera no se hubiera producido)" (pág. 540).

Si bien, en la época que le tocó vivir, la inversión extranjera tenía características distintas a las actuales, el efecto expoliatorio de la economía nacional era sustancialmente el mismo. En el período anterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando el "centro" del mundo capitalista lo constituía Inglaterra, el objetivo primordial era la extracción de materias primas para la metrópoli y la colocación en la colonia de las manufacturas que la primera producía. Era entonces perfectamente racional que los inversores ingleses se concentraran en la creación de servicios públicos indispensables para el buen funcionamiento del esquema. La red ferroviaria argentina no era otra cosa que la prolongación en tierra de la flota mercante inglesa.

Al desplazarse el poder hegemónico de Gran Bretaña a EEUU las necesidades variaron. El inversor americano, personificado en el monopolio y la empresa multinacional, encuentra que en su propio mercado la tasa de ganancia de su capital se reducía paulatinamente por la saturación existente. La inversión en el exterior pasa a ser condición *sine qua non* del mantenimiento del ritmo de expansión de la economía capitalista y por lo tanto, requisito indispensable para evitar una nueva gran crisis como la de 1930.

En consecuencia, el capital norteamericano, venido unicamente por su afán de lucro, comienza a aplicarse, en el sector industrial, en aquellas áreas de mayor rendimiento, menor riesgo y mayor amplitud de mercado. Como a principios de siglo, su aporte de capital es ínfimo. Aprovecha el mercado financiero local. También, como en la etapa anterior, la remisión de utilidades, —que ahora se llaman regalías, royalties, etc.— termina por extraer del país receptor mucho más de lo que inicialmente aportó. Las crisis tradicionales de la balanza de pagos argentina tienen su origen en el drenaje de divisas que se produce como consecuencia de la repatriación periódica de capitales, pago de royalties, transferencia de utilidades, etc.

—

Podríamos enumerar una cantidad considerable de efectos negativos, desde todo punto de vista, de la inversión extranjera. Pero sólo unos pocos bastan para hacer comprender —a cualquier lector menos condicionado por su bolsillo que Pinedo y sus discípulos (que hoy pululan en el Ministerio de Hacienda)—, por qué el capital extranjero se constituye en factor semicolonial como la Argentina:

1) **Destrucción de la industria nacional:** Los efectos destructivos de la industria nacional en la primera etapa, cuando el centro hegemónico era Inglaterra, ya fueron aclarados. A partir de 1955, con los gobiernos que se sucedieron, ya corte liberal o desarrollista, las corporaciones multinacionales encontraron allanado el camino para instalarse en nuestro país, que disminuyó en forma sostenida hasta llegar a la actualidad, en un proceso que alcanzó su mayor apogeo e intensidad en la época de Krieger Vasena. Las continuas devaluaciones y la política monetaria de estabilización, de carácter restrictivo, que provocan dificultades financieras; la presión tributaria, que lleva a la quiebra a las empresas menos eficientes, indujeron a la venta masiva de paquetes accionarios nacionales en beneficio de inversores extranjeros, quienes dotados de mayor poder de financiación propia y apoyados por la banca privada local, también desnacionalizada, no encuentran dificultades para adquirirlos a precios irrisorios.

2) **Efectos negativos sobre la balanza de pagos:** La tendencia, de acuerdo a las estadísticas disponibles de las inversiones extranjeras a corto y mediano plazo indica una salida neta de capital, cuyas consecuencias en las crisis periódicas argentinas por estrangulamiento del sector externo ya enunciamos: a) Transferencia de utilidades. La tasa de ganancias de la empresa extranjera es normalmente mucho más elevada que la lograda por las empresas nacionales, y aún mayor que aquélla que las mismas casas matrices obtienen en su país de origen. La proporción de dichas utilidades que se remesa al exterior es de aproximadamente el 90 %; b) Sobre o subfacturación. Es un procedimiento solapado de transferencia de ganancia creado en respuesta a algunas leves nacionales restrictivas que impiden el traspaso "nominal" del 100 % de las mismas. Básicamente consiste en la facturación a precios mayores que los reales de los productos que la sucursal de la empresa extranjera compra a su casa matriz, y a precios inferiores aquéllos que vende. Así, la filtración de divisas se produce en el primer caso porque el país debe pagar más dólares por sus importaciones, y en el segundo porque obtiene menos dólares por sus exportaciones; c) Aumento de importaciones. Es bastante habitual la instalación en el país de filiales de empresas multinacionales que se dedican a la fabricación de determinadas partes del producto final, elaborándose el resto en algún otro país, donde la mano de obra es más barata o existe algún otro factor que permite menores costos. Luego, la venta en el país del artículo terminado requiere la importación de todas las piezas cuya elaboración se hace en el exterior. De acuerdo a la conveniencia del monopolio internacional, y por las condiciones del mercado laboral en la Argentina, nos convertimos en importadores de partes de un bien que podría haberse fabricado totalmente en el país con el consiguiente ahorro de divisas; d) Regalías, derechos, asistencia técnica,

La radicación de una inversión en un país semicolonial trae aparejada la exigencia de abonar derechos por el uso de la tecnología aportada, por asistencia de personal técnico en el proceso de producción de que se trate, por patentes, marcas, etc. La salida de divisas por este concepto es cuantiosa, pero lo más grave es que ni siquiera recibimos una tecnología original. Normalmente el inversor introduce al país maquinarias y técnicas ya obsoletas y totalmente amortizadas en su país de origen, donde la invención de nuevos métodos provoca la reducción de costos y descoloca de su posición competitiva en el mercado a quien no los adopte. Es fácil comprender que los bienes fabricados en nuestro país con una tecnología envejecida nunca pueden competir en el mercado internacional con los de países metrópolis. La posibilidad de exportación, aún cuando la filial de un monopolio extranjero tuviera algún interés en exportar compitiendo con su casa matriz, queda completamente anulada. Los numerosos y publicitados defensores de dar soluciones a nuestros problemas de balanza de pagos por vía del incremento de las exportaciones no tradicionales acostumbran ignorar que un país importador de tecnología, en condiciones de dependencia, no puede ser exportador de productos manufacturados.

3) Efecto colonizante. La presencia de la empresa extranjera en nuestro país tuvo la "virtud" de crearnos necesidades propias de la sociedad de consumo vigente en la metrópoli. La fabricación y las técnicas de comercialización de productos prescindibles, que de ninguna manera corresponden a nuestro estadio de desarrollo económico y social, crea en el país una distorsión, causa fundamental de la dilapidación de nuestro excedente económico potencial en el consumo no productivo y superfluo. La acumulación de capital nacional a través del ahorro, proceso que se dio en los países que hoy son desarrollados, nos está totalmente vedada, ya que coexisten en el ámbito de la Nación poblaciones enteras con recursos al nivel mínimo de subsistencia con otras ligadas al sector moderno extranjero de la economía, que sí estarían en condiciones de ahorrar e invertir productivamente, pero que no lo hacen porque han adquirido necesidades ficticias y pautas de consumo de los países centro, donde despilfarrar el excedente es condición indispensable para el buen funcionamiento de la monstruosa maquinaria capitalista de superproducción.

4) **Obstáculo para el desarrollo de una tecnología nacional:** Las técnicas venidas al país con cada radicación de capital extranjero, de las que ya hemos dicho que son totalmente obsoletas, no son además las más adecuadas para nuestro país. Una tecnología de producción implica la utilización de un coeficiente de capital y otro de trabajo combinados de manera de obtener un rendimiento determinado. De acuerdo a nuestra dotación de ambos factores productivos la tecnología más conveniente sería aquélla que utiliza mayor proporción de trabajo, más abundante, y menor proporción de capital, que es escaso. La tecnología importada responde a las condiciones del país inversor, que son justamente las contrarias. Por otra parte, una fuente principal, de creación científica y tecnológica la constituyen los laboratorios de investigación de las empresas, empeñados en descubrir nuevas maquinarias, nuevas técnicas que les permitan abaratar sus costos. La empresa extranjera que se radica en el país no desarrolla ninguna actividad de investigación; ésta se sigue haciendo en la casa matriz. Los contados casos en que pudiera darse la investigación tecnológica en la filial, producido algún hallazgo importante se informa previamente a la empresa madre, que determinará dónde va a aplicarse, y por lo general su decisión no va a favorecer a ningún país dependiente. El efecto perjudicial desde el punto de vista tecnológico se completa con la imposibilidad de las empresas nacionales existentes, con bajas tasas de utilidad y menores facilidades de crédito, para dedicar parte de sus recursos al campo de la investigación.

5) **Acción de sectores internos ligados al capital extranjero:** En torno a la empresa extranjera se crean grupos o sectores nacionales cuya ligazón con sus intereses les hace actuar con sentido antinacional. El caso de Pinedo, que estamos tratando, es un claro ejemplo. En la actualidad otros exponentes no menos brillantes de las teorías liberales pasan a diario por los Ministerios, donde se elaboran las líneas de acción de la vida nacional. La secuela de negociados, favoritismos y contubernios que, algunas personas después de su gestión —los que no consiguen ningún puesto importante en el directorio de algún monopolio internacional— se atreven a publicar, da una idea de la magnitud del proceso de desnacionalización y desintegración del país como unidad social y cultural causado por la acción de estas corporaciones multinacionales, cuyo monto de ventas es a veces mayor que nuestro producto bruto nacional, en connivencia con sectores del país, en el poder desde 1955, vendidos al extranjero pero embuídos de una profunda fe occidental y cristiana.

La Reforma Agraria

Una de las causas de la actual condición argentina como país semicolonial es el régimen de propiedad de la tierra.

La acumulación de grandes extensiones en pocas manos no es, para Pi-

nedo, un mal de por sí. No justifica una eventual reforma agraria, ya que la transformación de la gran propiedad en pequeñas explotaciones no parece ser conveniente desde ningún punto de vista como no sea el de "la sensibilidad social, argumento que hoy justifica cualquier extravagancia". (Pag. 617).

Todo su razonamiento se funda en su interpretación tendenciosa del significado que tiene una reforma agraria que: a) "se reduciría a privar de sus propiedades a los que por algún motivo las tienen para traspasarlas en condiciones de favor a algunas decenas o cuando mucho, a algunos centenares de miles de personas sin mayores títulos para merecer ese favor, y que en definitiva no permanecerán mucho tiempo trabajando el campo..." (pág. 613) y b) "cuando en cierto sentido puede decirse que la producción obtenida 'en la tierra' no es producto 'de la tierra' fecundada por el trabajo humano sino un resultado de la asociación por el hombre con la tierra y de un conjunto de elementos que muchas veces valen más que la tierra y que solo pueden emplearse en unidades agrarias de más de ciertas dimensiones, lo natural es que las chacras de menor superficie que la que hace posible el uso de elementos y de métodos modernos de trabajo tienden a desaparecer reemplazados por unidades mayores" (pág. 617).

Se hace evidente la intención del autor al confundir, no por ignorancia, por cierto, la extensión de la explotación con la extensión de la propiedad. Ese, su concepto erróneo de reforma agraria, le permite concluir que por un lado esto no sería beneficioso para un país como la Argentina, donde no existe presión sobre la tierra; y por otro lado coherente con su concepto de eficiencia —cuya manifestación en todos los órdenes de la actividad económica constituye el *leit motiv* del pensamiento liberal—, crearía obstáculos para la aplicación de la moderna tecnología en el agro, que requiere explotaciones de considerable dimensión.

La esencia del problema, que es obviamente soslayada por Pinedo, radica en la imposibilidad de que el agro, en manos de una clase social históricamente parasitaria, se constituya en el factor dinámico del desarrollo nacional.

La reforma agraria, tal como creemos debe ser concebida, consiste en la expropiación de esa clase, capitalista pero no burguesa, y la nacionalización de la tierra para ser explotada con sentido social. Esto permitiría, a su vez, la canalización productiva del excedente económico generado en el campo, tradicionalmente dilapidado en el consumo superfluo o bien destinado a engrosar las bien provistas arcas de los bancos suizos. Es bien conocido el estancamiento de la producción agropecuaria, originado en la subutilización de la tierra, factor de especulación o de renta para quienes detentan su propiedad en gran escala.

Proliferan en esta obra las estadísticas de producción y rendimiento de otros países, pero curiosamente se omite efectuar la comparación de existencias de ganado vacuno en nuestro país a principios de siglo y en la actualidad, lapso en el que la población se incrementó en un 200 %*), en tanto el stock ganadero se mantuvo constante.

Deterioro de los términos de intercambio

El último tema tratado por Pinedo se refiere a los términos del intercambio. Como es su costumbre ridiculiza las teorías cepalinas y desconoce las estadísticas aportadas por ese organismo acerca de la pérdida de divisas de la Argentina y demás países subdesarrollados, por el encarecimiento de los productos industriales importados y abaratamiento relativo de los productos de exportación.

Sostiene que: "si para recibir del extranjero algo que necesitamos o deseamos o que nos conviene adquirir nos avenimos a entregar al extranjero más productos nuestros que lo que en otro momento entregábamos, bien puede resultar que al hacer esas exportaciones e importaciones en los 'nuevos términos de intercambio' (que se declara 'menos favorables' que los anteriores) en vez de empeorar mejoremos con ello de posición, sea porque lo que adquirimos nos es ahora de mayor utilidad o nos produce su uso o consumo más provecho que lo que en tiempo anterior nos proporcionaba una adquisición de igual tipo; sea porque para nosotros lo que entregamos tiene menos utilidad, menos valor que antes (lo que por mil motivos puede suceder) aún cuando producir lo que entregamos nos haya costado lo mismo que antes" (pág. 644).

Lamentablemente, Pinedo no ilustra al lector acerca de por lo menos uno de los "mil motivos" que invoca para suponer que lo que entregamos ahora tiene menos utilidad o valor que antes, perdiéndose una brillante oportunidad de exponer su teoría del valor. En cambio brinda un ejemplo con respecto a lo que recibimos, afirmando que el tractor o el automóvil actual posee características técnicas superiores al recibido años atrás y es a su vez más costoso para su fabricante. Creemos que es absurdo suponer que un automóvil producido con una tecnología altamente intensiva en capital (en países donde el factor capital es más barato en términos relativos que el factor trabajo) con un mercado interno de una magnitud tal que permite la producción en serie

y el aprovechamiento de economías de escala internas, pueda resultar más costoso que el Ford T de principios de siglo.

Este aspecto del problema tratado por Pinedo no merece ser considerado más ampliamente, pero sí creemos necesario hacer una acotación a la tesis sustentada por Cepal, por la cual el deterioro de los términos del intercambio aparece como el elemento explicativo fundamental en la comprensión de la crisis de la balanza de pagos y en gran medida del subdesarrollo de la región; sus propuestas para encarar la solución de estos problemas consisten en angustiosos llamados a la solidaridad internacional (método que, de más está decirlo, los condujo al más rotundo fracaso). A partir de la postguerra, la importancia relativa del movimiento de servicios es cada vez mayor respecto a la importancia del movimiento de mercancías, y dentro de aquellos, los servicios de capital adquirieron la mayor significación por el volumen de la inversión y préstamos extranjeros que llegaron al país en ese período. Este es el nuevo carácter que asumen las relaciones económicas internacionales en el sistema capitalista durante las últimas décadas, y el método más eficiente y perfeccionado de explotación y succión del excedente económico creado e implementado por los países imperialistas.

Esto no implica, por supuesto, la negación de la importancia del deterioro de los términos de intercambio para los países subdesarrollados y menos aún desconocer su existencia, como lo hace Pinedo.

Objeta más adelante que la división en países en exportadores de productos primarios y de artículos elaborados no es del todo precisa y, a través de ello, busca desvirtuar la teoría cepalina en honor a que los países más industrializados también exportan productos de origen agropecuario, sin que hayan estado, como nosotros, "condenados" a hacerlo. Creemos que el deterioro de los precios relativos de los bienes producidos por los países subdesarrollados no proviene de las características intrínsecas de esos productos, sino de la relación entre países imperialistas y dependientes, en todos los aspectos de su comercialización, en cuanto los primeros imponen por su fuerza política y económica la monopolización de los mercados (lo que les permite condicionar precios), la determinación de que los productos sean transportados y asegurados por sus empresas, etc.

En síntesis, es importante destacar que el deterioro de los términos del intercambio es producto de las relaciones internacionales entre los países dependientes y los países imperialistas, y que de ningún modo guardan relación con las características intrínsecas de esos bienes. El hecho de que estos productos sean provenientes del agro o bien materias primas e insumos de otras industrias finales, es debido a la división internacional del trabajo que se produjo a fines del siglo XIX y principios del XX por interés y conveniencia de los países metrópolis, mediante la cual aseguraron el abastecimiento de dichos bienes. Son completamente distintas las condiciones en que Suiza y Argentina pueden negociar en el mercado externo productos como la leche o la manteca (*).

Objetivamente, los bienes primarios deberían tener preeminencia sobre los bienes industriales, entre otras cosas por las dificultades que ofrece su sustitución a la vez que su necesidad no puede ser diferida. Sin embargo cuando exportábamos chilled-beef a Inglaterra (que era lo único que consumía la clase media inglesa) en condiciones de únicos productores —ya que la producida por Australia no podía llegar en buen estado por la lentitud del transporte de aquella época— nos avenimos a firmar el pacto Roca-Runciman en las condiciones humillantes que todos conocen, en épocas en que ya Pinedo preconizaba las bondades del *laissez faire* para la Argentina (cuando Inglaterra ya lo había abandonado).

Podemos dejar de intercambiar carne por automóviles ingleses y producir automóviles; habremos entonces de importar máquinas para producirlos. Podemos dejar de intercambiar automóviles por maquinaria para producirlos y producir esta maquinaria; luego habremos de pagar regalías por esa tecnología importada. Así podríamos seguir eternamente; la constante será que, produzcamos lo que produzcamos, los precios de nuestros productos sufrirán un deterioro constante y seguiremos enviando generosamente nuestro excedente económico para satisfacer las necesidades d la sociedad de consumo de los países desarrollados.

Todo esto en tanto sigamos formando parte de un sistema capitalista internacional en donde el desarrollo es posible y existe gracias al subdesarrollo, siendo ambos anverso y reverso de una misma moneda.

(*) Un 200 % con relación a 1914, y entre un 600 a 700 % con relación a 1895.

(*) La expoliación a través del mecanismo de precios internacionales llega a límites insólitos: siendo Chile el principal productor de cobre del mundo, era obligado por EE. UU. a comercializarlo de acuerdo a la cotización vigente en la bolsa de Nueva York en lugar de hacerlo en la de Londres, donde el precio era superior; esto provocó millones de dólares de pérdida al pueblo chileno, que gracias a la nacionalización de sus yacimientos ha conseguido superar esa situación.

(1) "Política Británica en el Río de la Plata" de R. Scalabrini Ortiz.

Las funciones del capital extranjero

por Roberto Roth

La demanda por 100 millones de pesos, que efectuó el Dr. Roberto Roth contra el Presidente Lanusse al sentirse injustamente acusado de participar en el fallido cuartelazo del 8 de octubre, nos hace reflexionar acerca del monto indemnizatorio que debería exigirse al Dr. Roth por complicidad con el régimen responsable de los negociados que sólo se atrevió o denunciar después de abandonar su cargo de Secretario Legal y Técnico de la Presidencia de la Nación durante el onganiato.

Luego de la defenestración de Onganía, y no antes, se abocó a la "patriotica" tarea de informar a la opinión pública acerca de, por ejemplo, la comunión de intereses existentes entre nuestros funcionarios y los directores de las empresas extranjeras; o bien de las condiciones leoninas en que recibimos los créditos de los organismos internacionales; o la distorsión que en la actividad económica nacional provoca la intromisión del capital extranjero en las ramas más dinámicas de la producción; irregularidades todas que llegaron a su expresión más genuina y acabada durante la gestión del ministro A. K. Vasena, coincidente cronológicamente con la del Dr. Roth.

Transcribimos a continuación uno de los mencionados informes publicado con la mayor satisfacción por el desarrollista Clarín 30/8/70 que, suponemos, habrá permitido a su autor descansar tranquilo luego de haber lavado su conciencia y con la satisfacción del deber cumplido.

Queremos destacar dos conclusiones extraídas por Roth, una de su galera mágica y la otra del mundo de la utopía.

1) Denuncia "el abandono en masa que ha hecho el pueblo del proceso político. No le interesa para nada. Intuye que las soluciones no están a su alcance. Descree de la eficiencia del voto".

Creemos que es "algo aventurado" suponer que al pueblo no le interesa para nada el proceso político; sabemos en cambio que si no fuera tan conciente de la eficacia del voto no se le hubiera prohibido votar durante cinco años; descree sí del proceso electoral versión 1955/70, viciado de falsas componendas políticas, fraudes patrióticos y proscripciones, pero su actitud al respecto no es de indiferencia ni mucho menos; los acontecimientos de mayo de 1969 en Córdoba, que se sucedieron luego en varias ciudades del país, constituyen una prueba irrefutable de ello.

2) Luego de brindar suficientes ejemplos acerca de las distorsiones producidas en las distintas áreas de la actividad económica y política del país por la introducción del capital foráneo, sostiene que, "una sociedad en conciencia clara de los problemas que enfrenta y del rumbo que toma puede hacer uso de todas las herramientas para adelantar en el camino, y el capital extranjero es de las más valiosas, a condición de utilizarlo como se debe".

Lamentablemente no explicita el significado de su expresión "cómo se debe" pero hubiera sido muy interesante que lo hiciera. Recordamos que cuando se promulgó la primera ley de inversiones extranjeras en 1953, claramente favorable a los intereses de nuestro país, la entrada de capitales fue ínfima. En cambio, cuando en 1958 entró en vigencia la nueva reglamentación, engendrada por el espíritu creador de A. Frondizi, el aluvión de capitales cayó en forma instantánea en un país que otorgaba, entre otras facilidades libertad para repatriar capitales y utilidades, sin especificar montos o porcentajes y libre elección en cuanto a las áreas de radicación de esos capitales.

N. de la R.

Hay un tema que rara vez se expone con claridad. Es el de la función, inclusive política, que el capital extranjero ha adquirido dentro de nuestra estructura económica y social.

Hasta ahora ha sido fácil desentenderse de las opiniones apasionadas pero técnicamente inconexas de quienes atacan las inversiones extranjeras por aversión ideológica. Las referencias concretas al "know-how" requerido para montar una industria, al capital indispensable, a la eficiencia y a la escala bastaban para desbaratar argumentos, en el plano racional al menos.

En política los factores irracionales a menudo tienen tanta importancia como los racionales. Los argumentos más lógicos no han podido borrar la imagen popular, cada vez más aguda, de que en extensos e importantes sectores de nuestra economía los intereses empresarios extranjeros pesan más que los intereses nacionales. Cuantos han pasado por el gobierno, en estos últimos tiempos, no pueden menos que coincidir.

Ha contribuido al exacerbamiento pasional en el tema la relativa impudicia con que los ministros y funcionarios abandonan los despachos oficiales para ubicarse en los puestos de comando de las empresas cuyas pretensiones inmoderadas presumiblemente debían mantener a raya; la velocidad con que ex secretarios de Estado acceden a directorios en empresas cuyos créditos y avales oficiales han tramitado, la aparente solución de continuidad en el pasaje de las empresas a los cargos oficiales y viceversa. Son factores incidentales, emotivamente contundentes, quizá expresivos de una situación, pero que de ninguna manera deben hacernos perder la ecuanimidad con que el tema debe ser abordado.

Históricamente la concentración mayor de capital foráneo se encontraba invertida en nuestros servicios públicos: ferrocarriles, teléfonos, gas, puertos y electricidad. Prácticamente todos estos servicios se encuentran ahora nacionalizados. Las influencias de las concesionarias ante los concejales de Buenos Aires o la oposición de los ferrocarriles al plan vial de Justo, conforme al testimonio de Miguel Angel Carcano, son hechos del pasado carentes de actualidad.

Los Servicios Públicos y el Banco Mundial

Donde los intereses empresarios intentan pesar, en relación con estos servicios, es en el reequipamiento o en la financiación de su expansión. Desde el acuerdo Pinedo, de algunos años atrás, el principal funcionario de SEGBA debía contar con el visto bueno del Banco Mundial, lo que no sería incoherente, si la preocupación fundamental del Banco fuera la eficiente administración de la empresa para asegurar el reembolso del préstamo. Como, por los sucesivos acuerdos de préstamo, el Estado se ha obligado a conceder tarifas que aseguren el reembolso y una utilidad mínima a la empresa y garantiza tanto el préstamo como sus intereses y la utilidad, la preocupación del Banco es otra: la fuente del reequipamiento. Esto se ha puesto de manifiesto en forma marcada durante las últimas negociaciones y no es descabellado suponer en todas las cláusulas en que ha hecho hincapié el Banco una misma motivación, que es a menudo excluyente para la industria nacional.

También los acuerdos de préstamos del Banco Mundial para SEGBA incluían la obligación del Estado de privatizar la empresa. La reiteración de la cláusula, propuesta por el ministerio correspondiente, no fue aceptada por el presidente Onganía en el último acuerdo, aunque debe considerarse vigente en cumplimiento de los anteriores. Aquí el Banco debió renunciar a su pretensión que, bancariamente, no tiene atadero. ¿Cómo exigirle al deudor, como condición del préstamo, que venda la empresa?

No hemos tenido con el Banco Mundial la actitud cautelosa que países más desarrollados cultivan y terminamos invariablemente aceptando todas sus exigencias, con excepción de la recomendación de tomar la píldora hecha por su presidente. El estudio de los préstamos realizados por la institución que efectuó el gobierno argentino en 1969 permitió identificar los dos tipos de contrato que emplea. Uno es el que firma con países como Australia, cuyas cláusulas no ofrecen dificultades para nosotros. El otro es el que firma con

países como Zambia. Este último es el que nuestro país insiste en firmar. La experiencia recogida, con todo, indica a las claras la posibilidad de reconciliar los intereses legítimos de los prestamistas con los igualmente ponderables de nuestra industria, no bien se empeñe en esfuerzo sincero y firme en la materia.

Aterrizajes

En relación a la Italo, la concesionaria privada subsistente, existen algunos problemas que indicarían un estado de cosas perfectible. La primera obligación que asume una concesionaria es la de suministrar el capital para prestar el servicio. La empresa no ha podido financiar su expansión por su cuenta y se ha visto obligada a recurrir a prestamos del BID, con aval oficial y a una emisión de obligaciones en Suiza también con el aval del Estado argentino. Por estas vías indirectas ha logrado también una garantía del Estado sobre el rendimiento mínimo de su capital revaluado en dólares que su contrato de concesión no le otorga. Logrado todo esto, ls secretarios de Estado intervinientes aterrizan en su directorio. Sin embargo, el hecho es anecdótico y no debe influir el juicio objetivo sobre la situación de la empresa. Aplicando los cánones mas conservadores, si no podía financiar su expansión la solución correcta hubiera consistido en la renuncia y el acuerdo para rescate del capital. Esto hubiera permitido la unificación de la provisión de energía al área metropolitana en nombre de la eficiencia y economicidad de la prestación. Los adalides de la eficiencia, en esta ocasión, estaban pensando en otras cosas.

Relaciones con el BID

Las relaciones con el BID plantean interrogantes sobre la necesidad de acudir a la financiación internacional, en muchos casos. El mencionado estudio del gobierno argentino sobre sus relaciones con esta institución en el año 1968 permitió advertir que la República había contribuido con una suma algo superior a los 108 millones de dólares en calidad de capital y pago de intereses y amortizaciones. Recibió en préstamos, en cambio, la suma de 102 millones de dólares, efectivamente desembolsados. La disparidad ha sido atribuida por los funcionarios del Banco a la falta de proyectos concretos del país. La explicación carecía de fuerza de convicción en momentos en que la obra pública había alcanzado proyecciones tales que el verdadero factor limitativo era la falta de cemento. Lo que no ofrece dudas es que nos están prestando nuestro propio dinero.

Consultores aceptables para el Banco

El Banco, luego de la crisis en sus relaciones con el país del año 1969, se comprometió a financiar no menos de 400 millones de dólares en proyectos. La cifra no se ha materializado, pero de concretarse otorgaría algún sentido económico a las relaciones que se mantiene. Debe destacarse también que esta institución se ha mostrado dispuesta a abandonar algunas exigencias que no tenían sentido bancario y encarecían notablemente los prestamos. La exigencia de consultores "aceptables para el Banco" en los proyectos, cuya interpretación en la práctica eran consultores norteamericanos; la exigencia de transporte en bodega norteamericana; la exigencia de la compra en Estados Unidos o en los países que el Banco indicare, con exclusión de la Argentina, y otros requisitos por el estilo insertados en las cláusulas de sus prestamos evidentemente no condecían con los *intereses nacionales; no podrían ser firmados por el país, que no puede establecer discriminaciones contra sí mismo.*

Otra exigencia inaceptable que el Banco ha accedido a eliminar es la cláusula que disponía la exención de derechos aduaneros para los bienes adquiridos con sus créditos. Es más que obvio que un Banco, por respetable y poderoso que sea, no puede modificar la legislación aduanera de los países con los cuales mantiene relaciones, arrogándose las facultades legislativas que les son propias.

Nuestros negociadores

Quedan algunos problemas serios por resolver con el BID. No se ha querido someter a la jurisdicción de los tribunales argentinos y mantiene en una serie de materias una actitud "pedagógica" irreconciliable con su verdadera función. Así la exigencia que las tarifas de peaje en el puente Barranqueras-

Corrientes bastaran para financiar su construcción, o que la Dirección de Vialidad adopte determinadas normas de contabilidad, son la expresión de un enfoque que seguramente cambiará cuando sus funcionarios entren en contacto con la realidad. En este sentido, las culpas principales residen en nuestros funcionarios, que no han sabido o no han podido vertebrar una defensa más adecuada de nuestros intereses.

Pudiera ser que algo de la falla resida en que buena parte de nuestros negociadores renuevan sus esperanzas de integrar el "staf" internacional con cada viaje a Washington que efectúan, pero esto es en todo caso remediable. Se ha advertido la misma falla en nuestras relaciones con bancos extranjeros privados.

Es relativamente obvio pensar que la persona más indicada para negociar con nuestros acreedores londinenses no es el ex representante de Baring Brothers en la Argentina, pero la claridad conceptual en estos temas no siempre se logra.

Ello tal vez pudiera explicar cómo la República obtenía préstamos a tres años de plazo y al 10 1/2 % de interés en momentos en que a otros países, por ejemplo Finlandia, se financiaban a quince años con el 7 %. Esto, que ocurrió después del 13 de marzo de 1967, fecha que en una época se pronunciaba casi con unción similar a la puesta en el 25 de Mayo de 1810, no debe ocultar la efectiva posibilidad que ha existido siempre para armonizar el interés de la banca privada extranjera con el país.

La industria de la carne es otra área conflictiva en la cual se ha señalado a menudo la presencia de políticas empresarias incompatibles con intereses nacionales. No hace falta remontarnos a la época de Lisandro de la Torre y Matías Sánchez Sorondo. La calificación de monopólica hecha por un digno juez nacional y la presencia de tanto ex funcionario en su estructura empresaria autoriza un examen detenido para ver si se advierten huellas objetivas de una influencia desmesurada o poco apropiada en el gobierno. Lamentablemente, es así.

La cuotificación del mercado externo, con marcado beneficio para las tres empresas principales, fue llevada a cabo por la Junta de Carnes antes de la clausura del mercado inglés. La imposibilidad o inconveniencia de investigar una posible evasión de divisas del orden de los 25 millones de dólares, aducida por el Banco Central, beneficia a las mismas tres empresas. La lista positiva para las prioridades de equipamiento, innovación beneficiosa que se pensó en extenderla a otros rubros, fue establecida únicamente para los frigoríficos *por la Secretaría de Industria y benefició a las tres. La veda, el proyecto de ley sanitaria, los créditos de bancos oficiales, el misterio del cable "abierto" enviado por nuestra Cancillería en el momento clave de las negociaciones con España y tantos otros hechos perfilan un panorama claro y sin ambigüedades, que permanece invariable hasta el día de hoy. Nos vemos confrontados con un poder económico poderoso, ejercido sin contemplaciones fuera de sus propios intereses, aparentemente ajeno y señor de cuanto sector de la administración pública le interesa, que hasta pareciera que nombra ministros y obliga a renunciar a secretarios.*

Los automóviles

Otra área industrial influyente es la automotriz. La política de las fábricas terminales, de capital extranjero, es abstenerse de toda intervención en la vida política del país. Pero toda regla tiene su excepción. Una de ellas, movida seguramente por la inquietud personal de algún ejecutivo, ya que para comercializar con ventaja los buenos productos que fabrica le basta con el orgullo de su marca, aparece a menudo en actitud poco conveniente. En prioridades de equipamiento ha batido hasta el "record" de los frigoríficos, logrando resolver en 37 días el expediente que a otras firmas, hasta argentinas, demora 37 meses. Por rara casualidad los expedientes de sus competidoras se atrancan y se demoran.

Le basta con ensayar una tesis de política empresaria, la división del mercado en franjas, por ejemplo, para que se convierta en política oficial y se proyecten decretos y leyes acordes. Su varita mágica puede todo. Cuando adquirió una competidora a mal traer con deudas fiscales y previsionales elevadas y una causa penal por contrabando encima, bastó su presencia para que se sobreseyera la causa por contrabando y se consolidaran sus deudas por el régimen de la rehabilitación, reservado para empresas de capital nacional. Ganó la licitación para fabricar camiones en el país con un proyecto, aprobado por decreto del Poder Ejecutivo, pero ha logrado una resolución de la Secretaría de la Industria que modifica el decreto (!) y se propone fabricar otro camión. Esta travesura, como tantas otras, se les podría perdonar, pero ocurre que el nuevo camión, por su peso, irremisiblemente destruirá las rutas del país que han sido construidas para otras especificaciones. Con una red vial recientemente remozada al costo de cientos de miles de millones, podría suponerse alguna actitud firme por parte de la administración pública, pero basta

un toquecito de la varita mágica para que todos miren para el otro lado, y aquí no pasó nada. Peor aún, hace tres semanas Vialidad cambió sus especificaciones, con lo cual asegura la destrucción de todo lo que ha construido.

Cuando ya nuestra capacidad de asombro estaba colmada nos sorprende una vez mas. ¡Acaba de batir el record mundial de blanqueo de capitales!

Podríamos seguir indefinidamente dando ejemplos de las distorsiones introducidas en el proceso de la decisión pública, en estas y otras áreas, bancos, fletes marítimos, pesca, petróleo, etc.; pero nuestro objetivo no es un listado de pecados sino la averiguación de las condiciones para que el capital foráneo pueda cumplir un papel recíprocamente provechoso entre nosotros.

¿Suplir el capital nacional?

El papel que tradicionalmente se le asigna es suplir la ausencia de capital nacional. En el caso del BID hemos visto que no se cumple, y en el caso del Banco Mundial hemos advertido que esta característica podría acentuarse si dotamos a nuestros negociadores de las dotes de paciencia, firmeza y buen sentido que tienen los australianos, en vez de indefinibles de los sin duda hábiles negociadores de Zambia, que llegan a los mismos resultados que nosotros, pero con la ventaja que no tienen industria propia que defender.

Podría encontrarse este papel en la industria automotriz, cuya radicación ha sido un éxito sin atenuantes. En diez años han cambiado el país, al punto que no podríamos concebir nuestra economía, hoy, sin ella. Un atento examen de las cifras indica lo contrario. Fabrica 200.000 unidades por año a un costo promedio de m$n 1.500.000 cuya venta financia localmente. Es decir, que por año requiere m$n 300.000 millones, que hay que multiplicar por dos para abarcar a grosso modo la financiación de unidades usadas, de capital nacional. El país invierte por año 1.500 millones de dólares de capital propio, calculando apenas la venta del producto terminal, para que un capital ajeno que nunca se invirtió realmente de monto muy inferior reditúe.

La situación no mejora en las radicaciones de capital efectuadas últimamente. La inversión típica se puede hacer hasta sin dinero. Consiste en un 25 % del crédito del Banco Industrial para obras civiles, el 50 % restante es crédito del Banco Nación u otro Banco de plaza para capital de trabajo. La radicación más importante de los últimos tiempos, la Dow Chemical, requerirá 150 millones de dólares en inversiones de infraestructura de mínimo rendimiento por parte de diversos organismos del Estado argentino, para hacer posible la inversión de 35 millones de dólares por parte de la empresa en tecnología moderna o sea de alto rendimiento capital.

Condiciones de la inversión positiva

Estos antecedentes indican a las claras que un condicionante "sine qua non" de la inversión provechosa de capital extranjero es que no absorba más capital local del que contribuye. La actual Bolsa deprimida no puede explicarse sin ponderar la absorción del 3 % mensual de las financieras con destino a la venta de automotores. El corolario obligado es la imposibilidad en que se encuentran las empresas nacionales de encontrar capital con qué financiar su expansión.

Cabe acotar aquí un hecho curioso. Con una sola excepción que duró veinte días, ninguno de nuestros ministros de Economía, que conocen estas cosas mucho mejor que cualquiera de nosotros, ha intentado siquiera la restricción del crédito automotor a plazos razonables al lanzar los sucesivos planes de estabilización. Con todo, ninguno de ellos puede ignorar que no hay estabilización posible mientras se sigan vendiendo autos sin pago al contado con treinta y seis mensualidades. Es un lujo que no se lo puede permitir ni el dólar ni la libra esterlina, ni el franco francés, ni siquiera el franco suizo. En cuanto al ministro que intentó la restricción, antes que pudiera aplicarla lo sacaron con tanques, a él y al presidente que lo nombró.

Otro condicionante de la inversión provechosa que conocemos por la experiencia de los ferrocarriles y la industria automotriz, es que actúe como factor multiplicador de capital nacional. Una distorsión posterior puede aparecer, como ocurre actualmente con la integración vertical de las terminales de autos, cuando a favor del buen mercado local el capital extranjero expande su actuación desalojando a capital nacional.

Descarto como justificativo de la inversión foránea otro que a menudo se menciona: La importación de tecnologías más avanzadas que tiene el país, la energía nuclear y las comunicaciones por satélite, están en manos de capital nacional. La tecnología tiene un precio y está en venta. Cuando hace cien años se importaron los mayordomos ingleses para enseñarnos la tecnología avanzada de la producción lanar y la reproducción del bovino en condiciones controladas, no se les regaló la estancia a cambio del aporte.

Finalmente, es esencial mantener al capital extranjero fuera de la política. Su ingreso al terreno de las decisiones públicas en país ajeno distorsiona todo el proceso político y asegura inclusive su propia defunción.

En la estructura de la decisión nacional se vertebran todos los intereses, lo que no ofrece problemas cuando son nacionales. Pero cuando son extranjeros no existe una fórmula legítima para insertarlos en el proceso de toma de decisión. Las soluciones a que acuden suelen ser peligrosas. Cuando son reducidos o se encuentran claramente delimitados no tiene importancia. Cuando adquieren preponderancia puede ser trágico.

Distorsión del proceso político

En Cuba los principales ingenios azucareros eran propiedad norteamericana, también las mejores plantaciones de azúcar y el comercio con el principal cliente, Estados Unidos. Cuando surgió la industria hotelera fue Hilton y del Sheraton, mientras los casinos de juego eran propiedad de grupos de Reno y Las Vegas. ¡Qué decir de la banca y de los contratistas de obras públicas!

Cuando los intereses económicos se extranjerizan de tal manera, el proceso político se vuelca decididamente a la izquierda por falta de una derecha que haga de contrapeso. Faltan los banqueros, industriales, comerciantes y propietarios locales de peso. La derecha queda vacía de votos, ya que los intereses propietarios que le toca defender son ajenos. Nadie puede generar entusiasmo por la defensa de la propiedad privada —de Smith y de Jones— o por la libre empresa, que es la XX Company Limited, o por la competencia de mercado, que es entre firmas extranjeras, o por la banca privada, que es la First National de esta o aquella ciudad americana.

La derecha queda reducida a los abogados de nota, los doctores en ciencia que ocuparán los ministerios, con fama de "bien vistos" en Washington para conseguir los créditos, los académicos que harán los discursos, los militares que a su retiro ocuparán las plazas vacantes en los directorios y los que en una y otra forma han unido su suerte económica a la situación y reciben su parte en los despojos del festín. Proyecta la imagen de haberse atado por un interés económico a una dominación extranjera. Sin apoyo popular, concentra su dominio en el control del aparato administrativo del Ejecutivo, ya que no puede aspirar a la representación en lo legislativo.

El final es predecible. El 80 % de las decisiones de un Estado moderno tienen contenido económico. Las que tomaría la comunidad por su cuenta a través de su representación política auténtica, no tienen nada que ver con las que efectivamente se toman. Se produce una profunda escisión en la comunidad, que no tiene solución dentro de las reglas declaradas del juego político. El país se vuelve ingobernable. La dictadura, de un signo o de otro, es el corolario inevitable.

Nuestro país

Nuestro país no ha cubierto todas las etapas de este proceso, pero las señales de alarma están sonando a todos los niveles. La primera y más obvia es el abandono en masa que ha hecho el pueblo del proceso político. No le interesa para nada. Intuye que las soluciones no están a su alcance. Descree en la eficiencia del voto. Sabe que todos los gobiernos tienen el mismo signo, que las decisiones fundamentales de la comunidad nacional tienen dueño y no le pertenecen. La segunda es el pasaje de la juventud a una actitud combativa al margen de todas las reglas del juego, a las cuales se ajustó con paciencia excepcional mientras vislumbró esperanzas.

Las soluciones tipo "Alianza para el Progreso", que tiran unos huesos en forma de vivienda y vacunas a las masas, mientras concentran su esfuerzo en radicar más empresas extranjeras para hacer el desarrollo, han fracasado, no solo por motivos económicos puros, algunos de los cuales hemos expuesto, sino por motivos espirituales de peso.

Necesidad de capital nacional

Si nos mantenemos dentro del esquema capitalista, la propiedad del capital productivo es factor esencial. Nadie podrá concitar apoyo político para un modelo de desarrollo en el cual todo el gran capital, por definición o por exigencia del modelo, es extranjero.

Todavía se enseña en la escuela que una de las causas económicas de la Revolución de Mayo de 1810 fue el dominio del comercio, que era lo único que tenía la Colonia, por parte de los comerciantes españoles de Cádiz y sus re-

presentantes aquí. ¿Será posible que en 160 años no hayamos aprendido la lección?

Cuando no se aprende a tiempo, el proceso sigue su curso. El punto medio se alcanza con la destrucción del orden político. ¿Para qué sirven los diputados si las decisiones que más importan se toman al margen de su opinión? Luego vale la seguidilla de revoluciones. Todas se hacen "para cambiar las estructuras", pero como ninguna sabe en qué consisten ni por dónde fallan, nada pueden arreglar. Además, al marginar de la estructura de la decisión política los intereses que se expresan por votos, que al menos son nacionales, crean un vacío que es rápidamente llenado por los intereses que han conducido a la situación, impacientes por emprender la lucha "contra la miseria y el hambre" desde el gobierno, mientras colocan su plata al 3 % anual.

El final se avizora cuando el agente de facción en la puerta del First National, que ha escuchado a su presidente pronunciarse contra la usura, decide que su vida vale más que la defensa de los pesos que el banco va a colocar al 24 %. Por la misma época, el militar despierta del letargo y advierte que la bandera que saluda encubre también las órdenes del frigorífico que el canciller retrasmite como instrucciones de la República para las discusiones del GATT o de la ALALC, que el pedazo de cielo y tierra y mar y río que ama y llama a la patria quizá ya tiene dueño ajeno. Entonces se hace inevitable la destrucción del orden social, o sea del conjunto de valores en torno de los cuales se ha constituido una sociedad nacional, que, carcomidos por dentro, tienen que ser sustituidos por otros.

Cómo usar el capital extranjero

Todo esto es evitable y controlable, a condición que exista en el país clara conciencia de cómo utilizar el capital extranjero y qué limitaciones efectivas corresponde imponerle. No es el momento de hablar de sus virtudes, que las tiene, porque hay tanta pluma alquilada dispuesta a cantarlas que desentonaríamos en el coro. Es el momento de advertir que la situación crítica de nuestras instituciones está sobremanera vinculada a la propiedad del capital; que el costo social, político y económico de inversiones inconvenientes puede ser prohibitivo; que la ingerencia ajena en la estructura de nuestras decisiones públicas, considerada en las esferas oficiales como común, corriente y aceptable, a la larga es causa eficiente de conmociones políticas y sociales; que la sociedad que programa su desarrollo sobre el supuesto que vendrán de afuera a hacérselo se verá amenazada por la desintegración.

Tampoco es cuestión de adoptar la actitud hosca y cerril del ideólogo nacionalista modelo 1930. El mundo ha caminado mucho y el país también. Una sociedad en conciencia clara de los problemas que enfrenta y del rumbo que toma puede hacer uso de todas las herramientas para adelantar en el camino, y el capital extranjero es de las más valiosas, a condición de utilizarlo como se debe.

Uruguay: Epílogo 1971

por Alberto Methol Ferré

Quizá sea el ensayo, la forma literaria en que el hispanoamericano mejor exprese sus dudas, sus esperanzas, su cipayismo o el enraizamiento con su pueblo y su tierra. En esta última línea encontramos a Methol Ferré, un uruguayo que absorbe, lúcidamente, el momento histórico en que vivimos los latinoamericanos cuyo eje y sentido es el socialismo nacional.

De su libro "El Uruguay como problema" escrito en 1967 —cuyo capítulo final "Epílogo 1971" publicamos a continuación— podemos extraer múltiples y profundas enseñanzas, pues al radiografiar al Uruguay en su contexto histórico nos reflejamos nosotros, como argentinos en particular y latinoamericanos en el ámbito de la Patria Grande.

N. de la R.

Interesan dos aspectos. Primero el proceso interno del Uruguay, y el modo en que el mismo repercute en la posición internacional del país. Segundo, la nueva situación del Uruguay en su contexto rioplatense y latinoamericano, el modo en que lo internacional al modificarse, incide en nuestras previsiones internas y externas. En una palabra, la interpenetración recíproca del "adentro" y del "afuera" uruguayo, que para el propósito de la exposición dividimos en los dos momentos, aunque por supuesto, el uno esté en el otro.

Retomar el hilo de esta meditación, parecería implicar se señalen las variaciones principales que se produjeron desde abril de 1967 hasta hoy. Pero, en rigor, sería esto una literalidad demasiado cronológica y poco significativa. En efecto, la variación atmosférica fundamental, social y nacional, en el adentro y el fuera uruguayo, se inicia realmente en la segunda mitad del año 1968. En 1968 se desencadena la "reacción" en el Uruguay, con las medidas prontas de seguridad. En 1968 reinicia su marcha el movimiento nacionalista latinoamericano, desde el Sur, en la zona Andina, con el golpe militar de Velasco Alvarado en el Perú, luego Ovando y Torres en Bolivia, finalmente la victoria electoral de Allende en Chile, tomando connotaciones de más en más socialistas. En centro de atención se desplaza de Cuba al área Andina. Y a la vez que expiraba en todo el contorno latinoamericano el "foquismo campesino", éste rebrotaba transfigurado de modo insólito y urbano en el Uruguay, donde absolutamente nadie le había augurado chance alguna. Así, es el conjunto de elementos, sin entrar en abundancias, el que se muestra de suyo suficiente para indicar al año 1968 como el arranque de las diferencias a anotar aquí.

¿Cuáles pues los signos de los tiempos uruguayos? ¿Qué nuevas características ha ido tomando su proceso interno, con relevancia internacional? Un abordaje interesante y poco complicado, sería la gráfica de la "opinión internacional", manifiesta en artículos periodísticos o notas que hicieron cierta sensación en el país, de publicaciones inglesas, norteamericanas e incluso de algún francés. En los últimos veinte años, podrían recopilarse diez o quince, reproducidos en nuestra prensa, o aparecidos en libros de reporteros viajan-

tes por América Latina. Un material así, alcanza y sobra y debe lindar en lo exhaustivo. El itinerario de esa opinión internacional es elocuente. Empieza por la admiración democrática al democrático y pequeño Uruguay, con algún reproche jovial por su conducción administrativo-económica, pero recordando siempre su excepcionalidad constitucional latinoamericana. Las preocupaciones "colegialistas" de gobierno, tenían un simpático aire de colegial muy aplicado en derecho constitucional y precavido de montar mecanismos que impidieran el nacimiento y expansión de un "hombre fuerte". Para los uruguayos, por décadas, los males de América Latina provenían de la proliferación de "hombres fuertes", dictadores. Luego, los títulos cambian, y transitan de "isla feliz" a "paraíso de locos". La prensa internacional escribe ahora sobre la irracionalidad económica, el bienestar social y la incapacidad de previsión del futuro. Lugar pintoresco, agradable, amable y algo aburrido para reportajes sensacionales. Finalmente, hoy, llegamos a las antípodas, la violencia, la notoriedad "tupamara" en el concierto internacional, y el gobierno censurando la entrada de publicaciones extranjeras. El Uruguay se hace "noticia" internacional, los capitales fugan y la crisis financiera toca fondo. La parábola se aproxima a un desenlace, pues la concordia nacional, base interna de la neutralización internacional del Uruguay está en quiebra.

Desde el 68 hasta hoy, rompe los ojos esa quiebra de la concordia nacional, de tan vastas consecuencias internacionales. Las autoridades públicas proclaman: *"estamos en estado de guerra"*. Una exageración de algo real que para el viejo Uruguay ya es exageración en demasía. Por eso, aunque intentamos sintetizar el proceso en sus dos fases, nos extendemos mucho más en la dinámica interna, por cuanto en estos años se está condensando el más profundo cambio cualitativo de la sociedad uruguaya, sin parangón con ninguna otra situación que no sea la de su propio nacimiento. Sin muerte, no hay resurrección: es la ley del sacrificio que rige la historia, a todos sus niveles.

Nos será difícil aquí mantener el espíritu sintético de nuestra exposición, sin perder un mínimo del sentido de la matización concreta, sin la cual un esquema se vuelve abstracción mentirosa.

I

¿Cómo presentábamos la antesala de la nueva etapa que se abre en el año 68? En un esquema sencillo: "la renta diferencial fue el paraíso de la paz uruguaya y el desfonde de la renta diferencial será el infierno tan temido. La renta diferencial fue la concordia de más de medio siglo, su desaparición será la guerra social ya en ciernes para los años venideros. La incontenible espiral inflaccionaria es su prolegómeno, fruto de la guerra fría entre los grupos sociales por una moneda de más en más envilecida. La inflación es lucha dentro del statu quo y a la vez su resquebrajamiento. La inflación aguanta al statu quo, pero acumula en su base la explosión del statu quo. Prolonga la paz, y agudiza la violencia venidera". Así, el 68 es el paroxismo de la inflación, es el intento de ponerle coto, abruptamente, por parte del gobierno. Y comienzan las medidas de seguridad, que de provisorias se convierten en permanentes. El frenazo de la locomotora inflacionaria es tal, que descarrila vagones.

La estructura geosocial del Uruguay hace difícil todo régimen represivo. La mitad del país está concentrado en la capital, Montevideo y sus aledaños, en tanto que el resto de la población está dispersa en el interior, de muy escasa densidad demográfica. En el Uruguay, reprimir es apretar a la gran masa de las clases medias urbanas y al proletariado industrial, altamente concentrados en Montevideo, y los elementos represivos pertenecen también a esas clases medias en camino de pauperización. La oligarquía latifundista-bancaria-exportadora mantuvo intacta su base productiva agropecuaria, con el precio de formar un gran Montevideo. La riqueza ganadera del país permitió al latifundio su permanencia, con una miseria impotente a sus orillas, al dejar una parte de su renta en Montevideo, que estaba lejos y no molestaba. La redistribución del producto en Montevideo, permitía una satisfacción social suficiente, como para que no se afectara la base productiva de la oligarquía, en la campaña. El problema surge cuando la magnitud del producto ya no sostiene la magnitud de Montevideo.

En última instancia, la alternativa es: o la oligarquía, para mantener el control de las bases productivas y su usufructo principal del producto, expulsa gente de Montevideo, empobrece a Montevideo, o el pueblo de Montevideo se trasmuta en fuerza política capaz de transformar las bases productivas del país, rompiendo su control por la oligarquía. Cuando el producto no alcanza, o se afecta la base productiva o se constriñe el consumo. Esta simplicidad conceptual implica, sin embargo, una inmensa dificultad y complejidad en el procesamiento concreto de la realidad histórica.

Veamos las líneas esenciales de nuestro procesamiento desde el 68. Tras el tránsito vacilante y contradictorio de Gestido, la estrategia ya está formulada para su sucesor presidencial, Pacheco. El gabinete que toma las medidas de seguridad es todo un símbolo. Está integrado directamente por hombres

representativos de la oligarquía, que toma las riendas del gobierno luego de coqueteos esteriles con "tecnócratas" y "políticos". La década del 60 uruguaya había presenciado el ascenso de prestigio de los "tecnócratas", se había hecho todo un esfuerzo de autoconocimiento del país, representado por la Cide, por la onda del "planeamiento", que señalaba la necesidad de replantear la estructura del país en términos mas racionales, mas eficientes. Pero era todavía una necesidad que solo alcanzaba expresiones ideológicas, sin calar objetivamente en ninguna fuerza social que la hiciera política concreta. Nadie estaba especialmente interesado en llevar adelante "planes" que modificaran hondamente el statu quo. La situación solo podía engendrar protestas, incomodidades, deseos no demasiado consecuentes de trasponer a la acción, a una acción política con vocación de poder. Del dicho al hecho, había mucho trecho. En realidad, ante la inflación y la paralización del producto, la primera iniciativa real tenía que venir de la oligarquía. Se trataba de "estabilizar" para su protección, y la carga de la estabilización corría, como es obvio, por cuenta de los de abajo. Y el peso mayor de la estabilización caía en la concentración social mayor, en Montevideo.

La estrategia gubernamental del 68, desde el punto de vista de "arriba" era coherente y racional. Dejar a los partidos políticos encerrados en el parlamento, preservados, de modo que a la vez fueron víctimas, inocentes y cómplices de los sucesos que sobrevinieron. Los dos grandes partidos tradicionales, policlasistas —convivencia concorde—, oficiaron de redistribuidores del producto en los buenos tiempos. Ahora no había que redistribuir, no podían abastecer como antaño su política de clientela. Por tanto, sus aparatos partidarios se volvían inútiles, lastre, inmovilismo. Los políticos no podían atacar directamente a sus clientes, estaban inhibidos, vacilantes, querían la transacción a toda costa, pues la transacción ha sido su razón de ser. Ahora, la crisis del Uruguay es tan honda, que la posibilidad de transacción se achica, y con ello se pone en crisis a los dos partidos tradicionales, que ven su esencia vulnerada. Así, los políticos se retraen para dejar la mala faena en manos de Pacheco, con la esperanza de volver con los tiempos mejores. El invierno de Pacheco, la zafra electoral cuando aclare, la cosecha de primavera para ellos. En tanto que los representantes directos de la oligarquía no tienen compromisos directos con las clientelas electorales, y si bien pierden por salir a primer plano, por hacerse ostensibles como nunca, también creen que será provisorio. Jamás en el siglo XX uruguayo, la oligarquía, siempre discreta, se había visto obligada a ponerse tan masivamente en la conducción gubernamental, por sí misma, como en el 68. Ante la gravedad de la emergencia, ¿quién mejor que ellos para hacer bien la faena que los garantizara, pues se trataba ante todo de su supervivencia? ¿Y hacia adonde apuntar? Desde su ángulo, en lo mas inmediato, a la congelación de precios y salarios, que da oportunidad de desmantelar el motor inflacionario mas a tiro, o sea la organización gremial. Si para salvar su parte principal en el producto hay que constreñir al consumo, medidas de seguridad y desmantelamiento del sindicalismo, van aquí de la mano.

El gobierno contaba con una represión rápida y a corto plazo. El poder sindical no estaba en condiciones de librar una batalla frontal. Pues si bien el aparato represivo del Estado era muy débil, dada la larga convivencia pacífica uruguaya, las masas populares carecían de un real proyecto alternativo, arraigado, que las pusiera en condiciones de tomar el poder. Sólo querían resistir. Y una batalla frontal puramente defensiva, un riesgo total, sin una conciencia política nueva, sería absurda, perdida de antemano. La protesta, la sensación de injusticia, no bastan para generar una política, es decir, una alternativa de poder. En el fondo, el deseo uruguayo más fuerte era proseguir en las condiciones del viejo Uruguay, la alternativa que se vivía seguía siendo esencialmente "restauradora", aun en quienes adoptaban una fraseología revolucionaria. Es decir, no había alternativa. Las futurizaciones eran disfraces del antes. ¿Cambiar hacia dónde, si antes estábamos mejor? Por debajo de las declaraciones y urgencias de cambio, nadie quería cambiar. Se deseaban cambios sin un gran esfuerzo y sacrificio colectivo orientado. Era el no-cambio de los cambios mágicos. Cuando comenzaron las medidas de seguridad en el 68, la lucha fue entre conservadores y restauradores, mucho más que de revolución y contrarrevolución. Pero las condiciones reales del Uruguay hacían del cambio mágico como no-cambio una mitología imposible, un momento de transición. Pues lo nuevo nace siempre bajo el rostro de lo viejo, así como lo viejo intenta simularse en lo nuevo.

La represión desencadenada sobre los gremios pareció incontenible. Hubo una escalada enorme y de detenciones. La resistencia fue tenaz, pero siempre localizada, nunca general. En la izquierda, los partidarios de un enfrentamiento total, o tenían sus organizaciones partidarias desmanteladas o simplemente carecían de organizaciones de partido. Y los que tenían partido en la legalidad, preferían salvar los cuadros del partido a arriesgarlos en una hecatombe: preferían, ante los hechos, que se desmantelara el aparato sindical, salvando al partido, a perder el partido en la lucha de resistencia sindical. De ahí que prefirieran una lucha sectorial, no general. Por su parte, así, el gobierno veía facilitada su tarea de aplastamiento sindical, y aseguraba simultáneamente el mantenimiento de la pluralidd de partidos,

el mantenimiento de su ideología fundamental, que es aún la democracia liberal, que forma la tradición más potente y común del país entero. No hemos sido durante décadas y décadas el éxito más rutilante de la democracia liberal-burguesa de América Latina, para que ella se evapore al primer contratiempo. Aquí, hasta los más escépticos, desde la ultraizquierda a la ultraderecha, se conmueven ante un liberalismo lesionado. Uruguay, quizá más aún que Chile, tiene el sustrato de creencias colectivas más firmemente liberal. Esta es la habitualidad más profunda de los uruguayos, y abarca a todas las clases sociales.

Algún índice puede ser ilustrativo. Que en medio de convulsiones sin antecedentes en el Uruguay moderno, con una creciente actividad policial, que tiende de suyo a la falta de miramientos y a la tortura como eficiencia, se reúna el parlamento para suspender ciertas garantías individuales por unos días, o que un jefe de policía pregunte al Poder Ejecutivo si puede usar con algunos detenidos la "droga de la verdad", es cosa para causar estupor en toda América Latina. El deterioro no ha arrasado todavía nuestros viejos hábitos civiles, lo que es índice de la vigencia de las creencias uruguayas. Aún en la crisis más sustancial del país, ellas imprimen cierta parsimonia, un "relantiseur" a los años más veloces, más atosigados de acontecimientos dramáticos que hemos tenido en este siglo, si no todavía guerra civil como con Aparicio Saravia, más densos, porque la guerra de Aparicio Saravia fue en el Uruguay camino a la prosperidad. No estaba en cuestión el destino del país entero.

Las previsiones gubernamentales no se cumplieron. Esperaban que a la estabilización, prontamente alcanzada, siguiera la posibilidad de una distensión suficiente como para llegar al año electoral aflojando las cuerdas, dejando nuevamente campo libre a los viejos partidos, ya en condiciones de volverse a presentar en sociedad con la solvencia de antes. Nada de esto acaeció. Todo resultó mucho más complejo, pues la crisis del país no era de coyuntura, circunstancial. No bastaron tres años de excelentes condiciones climáticas y una buena colocación de la exportación de carnes. El asunto era mucho más radical. Y si la cotización del dólar se convirtió en un fetiche simbólico del éxito de la política estabilizadora, su devaluación en los hechos, aceptada en el 71, en vísperas de las elecciones, se convierte en signo supremo de su fracaso.

Si la crisis uruguaya es sustancial, es conveniente señalar algunas modificaciones estructurales, ya ostensibles en la década del 60 y que muestran hasta qué punto, el viejo Uruguay ha perdido sus asientos tradicionales. Y como somos un país agroexportador, nada mejor que enunciar los cambios relativos a nuestros dos rubros principales: carne y lana. Es aquí donde se pueden localizar con más claridad los cambios. El Uruguay moderno, que nace con el siglo XX, se puede resumir en este orden, en tres designaciones: Batlle, la Federación Rural y los Frigoríficos. El otro rostro de Batlle fue la Federación Rural y los Frigoríficos, pues con el mejoramiento zootécnico realizado por los estancieros y la industria de la carne, se generó un "surplus" que permitió a Batlle una política de redistribución y justicia social urbana, que no tocaba el control por la oligarquía de la base productiva del país. Todo esto dentro de la política de equilibrio rioplatense asegurada por el Imperio Británico. Pero al abrirse la década del 50, la retirada del Imperio Británico del Uruguay estaba consumada. Era la crisis de la carne, de la vieja industria frigorífica, pero esto fue como un secundario, lento languidecer, pues simultáneamente el paso a primer plano de la lana operó para salvar y disimular la hondura de la crisis. A la vez, con la prosperidad lanar, tomó mayor impulso la industria textil, que era una industria fundamentalmente nacional. Sin embargo, esa misma prosperidad atrajo la instalación o ampliación de grandes industrias textiles extranjeras. Así, en la década del 60 se asiste a la caída de la lana en el mercado internacional, a la crisis de la industria textil nacional, y a la expansión en ese sector de la industria extranjera con el uso creciente de los sintéticos que están desalojando mundialmente a la lana, o pidiendo un tipo de lana fina que exigiría al stock ovejero del país una enorme renovación, con la inversión consiguiente de capitales. Pero simultáneamente, a la caída de la lana, le sigue ahora un alza de la carne, aunque en tipos de industrialización distintos. Se ha pasado a pequeños frigoríficos, a una descentralización industrial que desmenuza la vieja concentración proletaria del Cerro, la villa obrera por antonomasia de Montevideo. Al extranjero ya no le interesa una instalación directa en la industria frigorífica, le basta con el control financiero. De tal modo, y por razones distintas, se puede constatar el creciente desastre de la industria textil nacional, con la consiguiente desocupación, así como una modificación en la estructura frigorífica, que debilita al proletariado. Sin contar con el hecho, también decisivo, que las clases medias rurales, defendidas por la lana, entran también en crisis pues la carne exige mayores inversiones, que están más a la mano de los grandes ganaderos. No es un azar que a la movilización de las clases medias rurales, el factor más dinámico de la década del 50, le siguiera en la década del 60 un mutismo y una inoperatividad progresiva.

La modificación en la estructura frigorífica y la depreciación de la lana, tiene las más graves incidencias sociales en el país. Empobrece a Montevideo,

arruina a las clases medias rurales. Una estabilización en tales condiciones, afecta naturalmente el poder de compra del mercado interno, que está en Montevideo. Y si por un lapso la industria liviana y el comercio montevideanos, grandes sectores de la clase media urbana y rural, creyeron en la estabilización, al prolongarse la situación sin miras de una salida, comenzaron a sentir directamente la retracción del poder de compra del mercado interno. Si por un momento necesitaron un alto a la locura inflacionaria, luego la falta de circulante comenzó a asfixiarlos. El coto a la inflación con la apertura del consumo tampoco es negocio ni salida, y Montevideo estalla por otro lado.

La política de la oligarquía a esta altura de los acontecimientos ya no es viable. Durante décadas, el Estado ha oficiado como gran empleador de las gentes que la estructura agropecuaria arcaica no asimilaba, y expulsaba de continuo hacia Montevideo. Así, el Estado pletórico de una desocupación disfrazada, se consumía en sueldos, en la ineficiencia que genera una proliferación burocrática de la división del trabajo, sin capacidad de inversión para mantener una dinámica mínima. Ese Estado, sumergido en la hipertrofia burocrática, era también el otro rostro del latifundio. Era la creación del latifundio. De tal modo, la oligarquía tenía siempre a la vista la ineptia de un Estado para desprestigiar y para ensalzar la "libre empresa", cuando era su libre empresa la base del desmantelamiento del Estado, abrumado en su función de principal mercado de trabajo. Pero cuando la renta agraria del Uruguay ya no soporta el crecimiento canceroso de oficinas y expedientes, entonces el Estado mismo se convierte en peso intolerable para la oligarquía. Se plantea así la necesidad de "racionalizar" al Estado, de volverlo más ágil, más congruente, más económico. La primera y más sencilla medida es la de cerrarlo como mercado de trabajo. ¿Qué camino les queda entonces a las nuevas generaciones?

La oligarquía uruguaya se ve así envuelta en un cúmulo de contradicciones que no puede resolver. Propició o permitió en la década del 50 una expansión bancaria especulativa totalmente desproporcionada con las posibilidades reales del país. En el 66 cayó estrepitosamente una primera ola de bancos. En el 71 siguen cayendo. El gremio bancario, el más privilegiado, fue la víctima predilecta de la represión, ligada por supuesto a la onda de retracción. Fue el momento más duro de las medidas de seguridad, el que hirió más profundamente a las clases medias urbanas. Sus sectores más privilegiados se trasmutaron en los más radicalizados.

Pero no es sólo la clase media la que ve sus viejos modos de vida cuestionados. La crisis bancaria denota también la mayor crisis de la oligarquía, que ahora, herida en su corazón financiero, está visiblemente desbordada y desconcertada, por una cadena de acontecimientos nunca previstos. En la mitad del río, en su camino represivo por mantener su orden, pierde pie, se aboca a colapsos internos y no atina a reformular su política. Es que está tan desquiciada como el país entero.

Cuando en 1958 se produjo la primera rotación en el poder entre los dos partidos tradicionales, esto no significaba la inauguración real de un auténtico "régimen rotativo" de partidos, según el modelo inglés o norteamericano. Todo lo contrario: en el Uruguay, la rotación partidaria era ya la primera ruptura de la estabilidad, de la lógica íntima del statu quo. No era un nuevo tipo de relación entre los dos viejos partidos tradicionales, sin otras consecuencias. Un mero cambio de las reglas habituales de juego. Era sencillamente la descomposición de ambos, la quiebra de un juego y no una nueva regla del mismo juego institucional. Esto lo intuyó con perfecta claridad Herrera, que el día de la trasmisión de mando en su último discurso público auguraba: *"Adviene otro tipo de lucha distinto que este que venimos de resolver con éxito. No será más entre blancos y colorados sino entre nacionales, quienes quieran y merezcan serlo, y los que no quieren serlo, o porque no lo sienten o porque no les conviene"*. El Uruguay, en su antigua funcionalidad inglesa, era a la vez, y apaciblemente, nacional y anti-nacional. Era una contradicción pacífica, que se vivía como plena identidad. El Uruguay que advenía, bajo la égida de un nuevo Imperio, el norteamericano, carecía de aquella funcionalidad. Sobrevivía como una inercia al cambio de condiciones, pero ya no tenía un quicio verdadero. No tenía automáticamente asegurado su status en la nueva lógica norteamericana, y además nada permitía suponer que el nuevo status, si se le adjudicaba, fuera el mismo antes. De ahí, que en este "interregno", en esta nueva tierra de nadie en que el país penetraba, la contradicción iba a aflorar poderosa: sólo en ese Uruguay como problema podía replantearse a fondo una lucha de "nacionales" y "antinacionales", pero en la que lo nacional y lo antinacional iban a tomar inflexiones inéditas, pues en ninguno de los dos casos podía tratarse del Uruguay a solas, que esa sólo fue la ilusión real de la Pax Británica.

Incluso esa rotación de partidos había sido posibilitada por la irrupción, en la década del 50 del "ruralismo" —la Liga Federal— que es el primer movimiento masivo, popular, que se generaba en el Uruguay al margen de los dos partidos tradicionales. El ruralismo del 50 era el primer signo de la ruptura del bipartidismo. El segundo signo fue la constitución en el 62 de la Unión Popular y el Frente Izquierda de Liberación, cuando la izquierda tradicional se abre hacia el pueblo blanco y colorado, sin atacar a las divisas,

como antes lo hacía, frontalmente, mecánicamente, sino intentando reasumir y reinterpretar sus tradiciones, de un modo distinto pero con cierta analogía al método abierto por el ruralismo. Ahora ya la hecha es más honda y estamos en la tercera oleada que es el surgimiento del Frente Amplio. Si el primer signo fue rural y el segundo montevideano, el tercero parece tomar dimensión nacional. El desastre de los dos partidos tradicionales se presenta irremediable. Es que ambos están identificados con la lógica política del viejo Uruguay, que hoy agoniza. Y esto se manifiesta en el plano ideológico, donde los dos partidos tradicinales han perdido definitivamente la batalla por la autoconsciencia histórica del país. Mientras ellos tuvieron el monopolio histórico, eran invulnerables. Cuando el "revisionismo histórico" comenzó a disociar la antigua síntesis y a generar paulatinamente otra, es que había sonado la hora de su derrota. Y la izquierda que hasta la década del 60 carecía de conciencia histórica nacional, índice de que las condiciones históricas del país no le permitían calar sino en lo marginal, es trasmutada y nacionalizada en proporción al avance de la crisis. Nada más congruente que el proceso de la nacionalización de la izquierda y la conversión en "foráneos" de los dos partidos tradicionales, cada vez más raquíticos del consenso y alienados al control directo de la oligarquía, de un modo antes jamás ejercido. En efecto, si un rasgo presenta el Uruguay de hoy, es la desaparición de los sectores "populistas" de los dos partidos tradicionales, que son objetivamente incapaces de regenerar una equivalencia de Herrera o Batlle en sus filas. Eso es el pasado, lo irrepetible, y el propio Herrera lo percibió. Ya no pueden oficiar de democratizadores de la renta agraria, y de tal modo se les desfonda el presupuesto mismo de su sistema electoral. Ya no operan, ni pueden operar, como mecanismos efectivos de sobrevivencia y encauce popular. De ahí que esa vacancia simultánea del populismo en los dos temas tradicionales, hace que el populismo cambie su índole y busque cauce fuera de ellos y confluya y haga nacer en pocos meses, al abrirse el año 71, al Frente Amplio. No hay duda: será a partir de las fuerzas que se anudan y mezclan en el Frente Amplio, en una nueva dinámica, con fermentos ideológicos heterogéneos, en trance de trasmutación y aleación, que el pueblo uruguayo encontrará sus respuestas efectivas a este momento crucial de su destino.

Estamos ya en el punto en que se nos hace necesario el pasaje del proceso interno uruguayo, al Uruguay internacional. Y el gozne en que se manifiesta mas rotundamente es en el detonante "tupamaro", que no solo por fama pone a la luz la internacionalidad del Uruguay.

II

La celebridad "tupamara" del Uruguay, puede ser la antesala de la crisis de identidad uruguaya mas radical. La mayor crisis de identidad de una sociedad es la guerra civil. La guerra civil en cualquier sociedad, precipita sobre ella, la intervención extranjera, abierta o solapada. O mejor, la acentúa necesariamente hasta un grado que puede ser totalmente decisorio. Intervención extranjera y guerra civil se anudan en grado supremo. Por supuesto, esta regla general tomará diferentes especificaciones según la posición concreta y su ubicación en el concierto internacional, de la sociedad en crisis de identidad. Para cualquier Estado, guerra civil es peligro de muerte del Estado mismo, no sólo cuestión de cambio de forma estatal interna. Y el máximo agravamiento acaece con los pequeños o débiles Estados, de los que el Uruguay es un caso.

Si el Estado, en un país, tiene el principal monopolio de la coacción y tiene sus propias reglas de cambio, guerra civil es la quiebra de ese monopolio, por lo menos su bifurcación en dos poderes enemigos, y la puesta al margen de las "reglas de cambio" instituidas para dirimir los conflictos internos. Guerra Civil es un tránsito relativamente prolongado, pues cuando el cambio es fulminante o muy rápido no se puede hablar de guerra civil. Esta implica un "inter-reino", un hiatus donde la totalidad social no tiene "rex", no está "regida" de modo unitario. Todo indica que el Uruguay se encuentra abocado a un "inter-reino" próximo, pues cuando la ley sólo sobrevive mostrando su dimensión coactiva, es porque pierde proporcionalmente su dimensión de consenso, es decir, se quiebra en cuanto la ley vigente. Desde el 68 el país vive de más en más a la ley como coerción. La ley, vuelta medida de seguridad represiva hace ostensible su inseguridad y comienza a desvanecer su carácter de derecho vigente. Hay dos polos, dos límites opuestos entre los que existe toda sociedad: uno, la fuerza al servicio del consenso, implica derecho vigente; otro, la fuerza sustituyendo al consenso, destruye el derecho, aunque lo invoque. El primer polo es lo habitual de una sociedad, el segundo polo sólo es situación de excepción, que amenaza a la sociedad en cuanto tal. Entre estos dos polos transcurre la convivencia social, con diversos modos y gradaciones, dinámicamente. El primer polo, signado por el derecho vigente, es el principal, es la estabilidad de una sociedad, pero puede generarse un momento cualitativo en que predomine el segundo polo, y eso implica anarquía o revolución, guerra civil. El predominio del segundo polo

es siempre transitorio, y está ordenado hacia el primer polo.

La conmoción interna implica la contradicción no sólo entre, sino en la intimidad misma de las clases sociales: sus pautas de acción están radicalmente cuestionadas, sus creencias y modo de asumirlas también. Por eso las palabras se tornan equívocas, se vacían de contenido o significan a la vez cosas contrarias, que se recubren de ambigüedad en su vacilación, cuando todavía el combate frontal no se ha generalizado. En la crisis de identidad lo habitual se llena de "proyecto", cede su solidez a lo incierto del proyecto. Así, lo vigente comienza a perder concreción y a trasmutarse en "proyecto", con la cualidad de reaccionario, restaurador, en contraposición al crecimiento conjunto y eficaz del "proyecto revolucionario". Trigo y cizaña a la vez dentro de las mismas gentes, o gran parte. Contraposición que alcanza su paroxismo en las clases medias urbanas, ayer holgadas beneficiarias y hoy víctimas mayores, que viven más agudamente que las otras la cualidad de proyectos, y tienen su intimidad a los bandazos. La tentación de violencias antitéticas hace fácil presa de ellas. Un cierto moralismo abstracto les da virulencia. Moralismo abstracto y voluntarismo, acorde con su experiencia social y la disminuida conciencia histórica del proceso interno y externo del país.

La crisis de identidad del Uruguay y de sus clases sociales toma su más límpida objetivación en el movimiento "tupamaro". Este se inicia en el período más álgido del prestigio "foquista" cubano, incluso con una "repetición" en su arranque rural, en los ingenios azucareros del norte uruguayo. Pero era una vía imposible, y condenado a languidecer, busca refugio en la verdadera "selva" uruguaya, la ciudad de Montevideo, y allí empalmó desde el 68 con la resistencia de las clases medias y el proletariado y se transformó en su símbolo. Con la represión se estaba "donde mueren las palabras". La vieja tinta izquierdista del viejo Uruguay que hizo poco más que hojarasca, era enmudecida y borrada por la terrible dignidad de la sangre. Viejas ideas se tornaban inservibles, y sólo podían recrearse a través del testimonio y la acción. La tinta dejó su elocuencia a la sangre, que busca empero nuevas palabras, sin las cuales la acción desfallece. En última instancia, sólo la comprensión que mana del sacrificio puede penetrar y transformar la realidad, pues tiene un pacto indestructible con la tierra (1). Logra una residencia en la tierra, difícil en este Montevideo portuario. Y así fue que cuando el gobierno aplastaba toda oposición, le quedó un "tercer hombre", invisible, inaprensible, que seguía jaqueándolo. Y la "fisura" tupamara en las medidas de seguridad evitó el derrotismo de vastos sectores populares, impidió su desmoralización, e indirectamente contribuyó a generar la "brecha" política del Frente Amplio. Los tupamaros han montado su "cárcel del pueblo" y "tribunales del pueblo", pero clandestinos. No son cualidad de poderes en el Estado, pero visualizan la crisis de identidad del Estado. No hay guerra civil, en cuanto la clandestinidad no ha devorado todavía las "reglas de juego" del cambio social. Pero nadie duda que los caminos están minados.

A tres años del 68 el gobierno no ha alcanzado ninguno de los objetivos propuestos, pierde pie en todas las clases sociales, y la oligarquía uruguaya está más perpleja que nunca. Nadie parece tener fuerzas como para romper con las "reglas de juego". Es que la crisis uruguaya tiene una característica singularísima: en el orden interno podemos afirmar que no hay variaciones esenciales en cuanto a la composición social y a la incidencia, el peso de las clases sociales. Es la misma estructura productiva, las mismas relaciones de producción, la misma posición estratégica relativa de los grupos sociales. En los últimos veinticinco años ningún grupo social ha experimentado una dinámica ascendente: no hay nuevas fuerzas sociales ponderables en el país. Por ejemplo, ni la industria ni el proletariado se han expandido para surgir como nueva potencia, cualitativamente distintas, con un peso real mayor. El cuadro social del Uruguay empobrecido del 71. ¿Cómo en un país socialmente "idéntico" acaece este pasaje dramático del éxito a la bancarrota? ¿Cómo en un país económicamente "idéntico" se pasa de "lo mismo" a "lo otro"? *¿Cómo las mismas fuerzas sociales serán capaces de actuar de modo radicalmente diverso? ¿Cómo ocupando las mismas posiciones, eso sí deterioradas, tendrán energías para generar una sociedad nueva?* Estas últimas preguntas son las más graves, y no es costumbre formularlas a plena conciencia. El nudo de la cuestión interna puede enunciarse: ¿Cómo las viejas clases medias urbanas podrán relacionarse con las viejas clases medias rurales para una alianza conjunta con el viejo proletariado, de modo de generar un populismo de nuevo cuño, hijo del desfonde global del país, apto para una repuesta adecuada? ¿O puede pensarse en una neutralización mutua, de las fuerzas, una parálisis mutua, que sólo puede romperse "desde afuera"? Que conduce a la ruptura "desde afuera" pues la parálisis intera mnutua sólo acrecentaría el empantanamiento, el abismo del empobrecimiento, que no puede ser indefinido: alguna vez se toca fondo. En suma: llegado el Uruguay al tope de sus posibilidades, incapaz de suyo de realizar una "revolución industrial", ¿tiene el país fuerzas sociales efectivas como para recrearse? Esta incógnita se despejará a corto plazo. En tanto, el "desde afuera" se cierne sobre el país. La crisis de identidad de un Estado —¡atrancado en la identidad!—, atrae el interés mayúsculo de los otros Estados.

Cuando insistimos que la estructura social del Uruguay no se ha modifica-

do en los últimos veinticinco años, es para subrayar el inmovilismo uruguayo. En un contexto internacional cambiante, el inmovilismo uruguayo es su cambio negativo. Inmovilismo de la sociedad global e inmovilismo de sus clases, precipita la crisis del 68. El inmovilismo es la quiebra del Uruguay. El "fuera" uruguayo actúa para conservarlo y destruirlo a la vez. Lo destruye esencialmente, por cuanto la funcionalidad yanqui, que no ha estimulado ninguna producción nueva, pero ha contribuido al sostenimiento de la vieja estructura del país, ya caduca, con su asistencia financiera. Pero su asistencia financiera, decisiva en la década del 60 para la mantención de la inercia anterior, ha generado un endeudamiento externo de tal magnitud al Estado uruguayo, que el país ya no puede solventar, con sus exportaciones, ni el pago de los intereses de esa deuda externa. La descapitalización del país llega a los límites más intolerables, donde a la vez la recuperación es más difícil por su incapacidad de inversión. El círculo vicioso de la pobreza, que no acaece en una sociedad habituada a la miseria, sino al relativo confort, suscita una tensión insoportable en todos los sectores. ¿Hasta qué punto esa tensión empujara a la remodelación interna Por lo pronto, el "afuera" presenta también una salida negadora del Uruguay: la emigración. En efecto, el alto nivel de capacitación de sus clases medias y de las capas especializadas del proletariado, posibilitan una emigración masiva hacia lugares en que es posible mantener e incluso elevar el nivel de vida que hoy se pierde. Si el Uruguay fue hasta hace veinticinco años paraíso de inmigrantes, hoy se ha invertido el movimiento: es una carta que tiene la oligarquía en sus manos para mantener el inmovilismo. Pero la penuria ya es muy grande: no sólo fugan capitales, también se desmoronan internamente. Para mantener el inmovilismo, la emigración ya tendría que ser mucho mayor y deflacionar radicalmente la concentración urbana de Montevideo, que a su vez arrastraría en cadena capitales industriales, comerciales y rurales. Sería como proponerse demontar el conjunto del Uruguay existente. La pirámide de edades se asemeja de más en más a un reloj de arena: viejos y jóvenes, disminuyendo las edades intermedias. Y con ello no sólo se acentúa el inmovilismo, sino también la ruptura generacional, la virulencia de una juventud sin horizontes de vida, que pone en cuestión, como es obvio, a todo el sistema de enseñanza moldeado para una sociedad que se revela como no viable. La crisis uruguaya destruye los modos habituales de incorporación a la sociedad, y estos son principalmente los mecanismos de enseñanza, órganos de trasmisión. ¿Y de trasmisión para qué sociedad? ¿Para la que hoy no funciona? Entonces las clases medias, las más extendidas, se debaten —en cada familia— entre el conservatismo y la subversión. Curiosa dinámica la del inmovilismo uruguayo, que genera movimientos que lo sostienen y lo acaban. Sería largo mostrar los entrelazamientos recíprocos. Lo que importa es ver cómo el contexto internacional del Uruguay, a la vez que está interesado en congelarlo, en mantenerlo, no ha generado mecanismos que lo impulsen, sino por el contrario, lo agotan. El Uruguay que ha nacido ante todo por estímulos externos, parece caer por la variación de los estímulos externos, no acordes con la estructura interna que generaron aquellos primeros estímulos externos. ¿Hasta qué punto un país configurado desde "fuera" puede regenerarse desde "dentro"? Un país de las dimensiones del Uruguay.

Y esto hace que el país, que se "latinoamericaniza" más conscientemente sea el Uruguay. Quizás Rodó no sospechaba cuando en 1905 escribió *"Magna Patria"* refiriéndose a América Latina, que ese nombre, reasumido por Manuel Ugarte como "Patria Grande", iba a tomar inusitada resonancia en el país, y de modo tan profundo y perentorio, en nuestros días. Cómo una añeja retórica de aniversario iba a transfigurarse en destino ineluctable. Patria Grande que se hace vocación necesaria de vastos sectores del Uruguay, desde la pastoral de Adviento de la Iglesia Católica hasta las más diversas corrientes nacionalistas y de izquierda. Y esta es otra singularidad del país: la asfixia uruguaya, lo lleva a reencontrarse uruguayo en América Latina, con más intensidad que ningún otro, luego de haberse extrañado como ningún otro. Incluso la alta acumulación intelectual del Uruguay, por tanto tiempo lujosa, le pone en condiciones de trascenderse en América Latina, anticipativamente, con mayor clarividencia. Pues la mayor parte de América Latina, todos excepto Brasil, no está formada por países viables, pero es posible que no tengan los recursos culturales que les permitan esa vívida autoconsciencia, o más sencillamente sus dimensiones mayores les encubran aún esa realidad. El canto de cisne del viejo Uruguay será latinoamericano.

En relación al 68, los cambios políticos latinoamericanos son marcados. Hasta el 68 el panorama estuvo dominado por la efectiva ola de reacción de los regímenes latinoamericanos contra la agitación de la revolución cubana. El foquismo planeó de modo abstracto sobre América Latina, y esta tenía un aspecto homogéneo, no diferenciado en zonas de tensión geopolítica. Hoy, a la vez que ha desaparecido el "foquismo" cubano, la zona Andina emerge como una zona de "alta tensión" geopolítica, con Chile, Perú, Bolivia. Los caracteres, diversidades y consonancias de América Latina y su proceso de liberación se hacen más concretos y específicos, más diferenciados. Y esa zona de alta tensión se prolonga en dos zonas peligrosas: Ecuador y Colombia por un lado y Uruguay por otro. ¿Qué características tiene ahora la zona peligrosa del Uruguay?

Conviene no dejar al que fue el hilo conductor de nuestro libro a Herrera. En cierta oportunidad, Eduardo Victor Haedo me relató una frase de Herrera que comprendía muy certeramente toda su política rioplatense, referida a Brasil y Argentina: "*Debemos mantener siempre el punto medio entre Itamaraty el Palacio San Martín, pero para ello, siempre más cerca del Palacio San Martín*". La equidistancia entre Brasil y Argentina, exigía una mayor cercanía a la Argentina. La razón es clara: el Uruguay es estratégicamente mucho más importante para Argentina que para Brasil. Este domina, con sus inmensas costas y situación, todo el Atlántico Sur. El Uruguay no le es vital. En tanto que para Argentina el Uruguay es asunto de vida o muerte, pues le controla su arteria de comunicaciones esencial con el resto del mundo: el Río de la Plata. El Uruguay está junto al sistema nervioso central de Argentina, el triángulo que forman Buenos Aires, Rosario y Córdoba. Desde el Uruguay, la vulnerabilidad argentina es total. Mientras que, por el contrario, el Uruguay no afecta ningún elemento absolutamente decisivo de Brasil. Pongámonos como punto de equilibrio a una misma distancia geométrica de Brasil y Argentina. De tal modo, no solo por sus raíces históricas, sino por "lugar" geopolítico, Uruguay está y debe estar más cerca de Argentina, justamente para no romper la equidistancia. Nadie lo sabe mejor que la propia Argentina.

¿Y qué ocurre hoy en Argentina y Brasil? En estos últimos años Argentina ha tomado plena conciencia que su posibilidad de desarrollo es incomparablemente menor que la de Brasil. Es un hecho que el Brasil actual, bajo la dirección de su ejército, a través de la más violenta represión interna, juega sus cartas al papel de "satélite privilegiado" de Estados Unidos, y que dentro de esa lógica, en la dinámica contradictoria y complementaria de una gigantesca expansión estatal, eficiente, y una industrialización tan acelerada como extranjerizada, ha logrado una altísima tasa de crecimiento, que desborda largamente a la Argentina. Si alguna vez Argentina abrigó ilusiones competitivas en un mano a mano con Brasil, hoy es asunto descartable. Esta situación lleva hacia una radical modificación de la política tradicional argentina. Si queda algún destino especial para Argentina en América Latina, ese destino se juega en el espinazo andino, hacia el océano Pacífico. Los caminos de San Martín son los caminos del futuro argentino, en el sentido de ensamblar con el proceso de liberación nacional de los otros países latinoamericanos, poniendo su potencial industrial a su servicio, como único medio de consolidación y expansión industrial real. El futuro Latinoamericano de Argentina se juega en la "zona andina", pero su conservación más elemental en el Uruguay. El desequilibrio actual entre Argentina y Brasil es tan grande, que Argentina no puede permitir ninguna intervención brasilera en el Uruguay. Ni de Brasil, ni de nadie. Hacerlo sería consentir su suicidio histórico. Por otra parte, ese fracaso de Argentina como satélite privilegiado, lleva a su régimen militar a concesiones cada vez mayores, incontenibles, a las masas populares. La oleada nacionalista es cada vez más fuerte, y por otras vías que el Uruguay, Argentina también latinoamericaniza, como cuestión ya de sobrevivencia. Claro, no le va a ser sencillo reorientarse desde el Atlántico al Pacífico y los Andes, desde Buenos Aires hacia el norte, pero no tiene más remedio. Si Argentina nació desde el Perú, o vuelve hacia el Perú, o no tendrá posibilidad alguna de vertebrarse y alcanzar la viabilidad.

Por todo esto, se hace difícil concebir una "nueva Triple Alianza" para intervenir al Uruguay, como desearían sectores militares brasileños. Si para Brasil la "guerra civil" uruguaya, o un cambio de gobierno con signo de izquierda nacionalista, es amenaza a su seguridad interna, pues puede tener consecuencias incalculables en las masas populares brasileñas, el proceso de estos últimos años hace lo más improbable su asociación con Argentina para una intervención común en Uruguay. Hoy, una asociación entre Argentina y Brasil para intervenirnos, se nos hace inimaginable, salvo que fuera en beneficio exclusivo de Argentina, lo que es aún más inimaginable.

De tal modo, la crisis de identidad del Uruguay lleva a que su contexto internacional se alarme: para todos, es todavía conveniente que el Uruguay mantenga su identidad, aunque esto le cueste vegetar o estabilizarse en una larga pesadilla. Pero todo hace suponer que la lógica del Uruguay no es fácilmente controlable, que se les escape de las manos, y la zona peligrosa se transmute en el más portentoso conflicto rioplatense. El próximo acto de la historia uruguaya ¿será el cortocircuito argentino-brasileño? Ese cortocircuito uruguayo ¿desencadenará la fusión de los nacionalismo argentino y brasileño, la más vasta conmoción social de América Latina, la más decisiva?

Reitero mi convicción: para la década del 70, el Uruguay es el lugar potencialmente más explosivo por repercusión, de América Latina.

(1) Este epílogo estaba ya en prensa cuando se publicó el comunicado tupamaro Nº 5, primera expresión pública relativamente completa de sus concepciones ideológicas. No pudieron tomarse en cuenta aquí.

Respuesta de A.U.N. al Ministro Malek

(Ultima Parte)

Las opiniones que sobre la Universidad vertiera el Dr. Malek fueron publicadas en un matutino "Independiente" (tan "independiente" que omite mencionar los triunfos de AUN en diversas Facultades, destacando en cambio tendencias minoritarias; que desconoce un acto del PSIN que agrupó 800 personas en la Boca y da primacía al de otra tendencia que, en el mismo lugar, arañó lamentablemente las 80), merecieron una crítica contundente de la Agrupación Universitaria Nacional. Esta es la segunda y última parte del documento.

N. de la R.

Este es el llamado contenido en la declaración política del X Congreso de FUA celebrado en diciembre del año pasado en Córdoba. El X Congreso de FUA reunió a delegados de más de 20.000 estudiantes que participaron con su voto en las elecciones de casi 50 Centros en todo el país. Marcó un vigoroso renacimiento del proceso de sindicalización estudiantil. Pero su mensaje fue más amplio, pues se dirigió a todos los compañeros y tendencias, sin excepción, para que se sumen con espíritu constructivo a la tarea impostergable de la unidad para la lucha.

La Agrupación Universitaria Nacional ha venido peleando con rigor principista por estos objetivos. Sólo la férrea y democrática unidad sindical de los estudiantes en nuestros Centros y en FUA dará adecuada respuesta a la maniobra de Malek, los rectores "dialoguistas" y el Régimen cuando intentan dividirnos con el señuelo de una hipócrita "comprensión".

CENTROS, TENDENCIAS Y FACCIONES

Un interés común nos enfrenta al sistema universitario y al Régimen. La Argentina oligárquica sólo puede ofrecernos frustración, persecuciones, desempleo. La necesidad de estrechar filas en una férrea organización sindical de Centros únicos federados más allá de las divergencias que puedan separarnos, brota de nuestra misma situación como estudiantes. El Régimen no pregunta por tendencias cuando nos explota y discrimina.

Esta unidad no puede venir de las coordinadoras, aunque ellas permitieron improvisar un frente común en situaciones críticas. Las coordinadoras son efímeras y se desintegran cuando cede la tensión. Además, por su propio mecanismo intertendencial, pertenecen a los dirigentes y no a las bases.

Hay que lograr una unidad que no obligue a nadie a abdicar de sus opiniones, que no exija pronunciamientos unánimes, pero que resulte aceptable para todos. El gobierno de la mayoría permite esa unidad. Por eso estamos por los Centros únicos representativos.

¿Pero no sería mejor la unidad directa, a través de asambleas o cuerpos de delegados? Ni las asambleas ni los cuerpos de dele-

gados se contraponen al Centro. Pero tampoco pueden reemplazarlo.

Un estado de asamblea permanente puede convenir en momentos de intensa movilización. Pero al producirse el reflujo degenera en una ficción de democracia directa donde los activistas y sus querellas terminan por desplazar a los estudiantes.

También los cuerpos de delegados (como instancia normal unificadora) corren el riesgo de caer bajo el dominio de tramas fraccionales que impondrán su línea programática a espaldas del conjunto.

Por el contrario, la dirección de un Centro surge de comicios democráticos en que cada lista se obliga públicamente con una plataforma programática que es sometida a la decisión colectiva.

Por supuesto, ninguna herramienta es garantía per se. Un Centro puede organizarse o dirigirse con criterio verticalista y burocrático. La garantía contra ello depende de la voluntad y el control de las bases. Cabe concretarla a nivel organizativo estableciendo en la estructura y, sobre todo, en la práctica del Centro normas que faciliten la efectiva participación de todos los estudiantes: asambleas, plebiscito, cuerpo de delegados, comisiones, elecciones abiertas a todo alumno de la Facultad, sea o no afiliado etc.

Las luchas del 69 abren una nueva etapa en el movimiento estudiantil y político nacional. Ellas encontraron al movimiento estudiantil anarquizado y hubo que organizar coordinadoras. La debilidad de este sistema favoreció el crecimiento y la expansión de los Centros de estudiantes a partir de 1970. Pero este proceso no avanza linealmente, sino en lucha con toda una serie de fracciones opuestas a la sindicalización estudiantil.

Las tendencias que se niegan a la unidad del Centro de Estudiantes están desconociendo el derecho de la mayoría, tal como las fuerzas oligárquicas se niegan a aceptar que la mayoría obrera y popular gobierne al país.

El miedo a la mayoría supone la creencia de que los estudiantes no somos capaces de discernirmiento político. Quien confía en sí mismo y en los demás, no teme quedar en minoría, pues espera llegar a convencer a los que hoy opinan de otro modo.

AUN ha dicho muchas veces por qué confía en el conjunto estudiantil: porque hay un conflicto objetivo entre el estudiantado y el Régimen, cada vez más grave e irreconciliable; ese conflicto estimula la toma de conciencia respecto a la Universidad y el país. Por consiguiente, no sacrificaremos la unidad a rigideces sectarias de nuestra parte, pues estamos convencidos de que aún allí donde hoy somos minoría nuestra plataforma y programa son cada vez más representativos de la experiencia general.

Las tendencias, que son una levadura indispensable, se convierten en un fardo negativo cuando ponen sus intereses por encima del interés colectivo.

Entonces caen inevitablemente en una altanería dogmática, en actitudes facciosas y provocadoras que conspiran gravemente contra la participación efectiva de los estudiantes en la gestión de sus problemas. Por la vía del caos se llega también al verticalismo burocrático.

Así se ha caído en graves abusos y variadas formas de imposición antidemocrática contra los propios estudiantes, incluso en agresiones gangsteriles que hubo que repeler y denunciar.

En el fondo de tales actitudes se encuentran errores políticos que exigen un análisis especial. Aunque estos ataques no pueden obstruir el proceso inexorable de unidad sindical masiva, siembran la debilidad, es decir, sirven enérgicamente a la intervención y a la dictadura oligárquica que los divisionistas dicen combatir.

LA OPOSICION NACIONAL Y LA OPOSICION OLIGARQUICA

Una de las causas del tendencialismo sectario deriva del doble carácter del golpe de Onganía y de la oposición a Onganía.

Primer carácter: el continuismo. Onganía continúa la dictadura oligárquica y proscriptiva de Lonardi, Aramburu, Frondizi, Guido e Illia. Se limita a "corregir", autoritariamente, las "debilidades" de Illia y suplanta el fraude legal por la dictadura sin término.

En el mismo sentido, la Universidad intervenida prolonga la Universidad "democrática" anterior a 1966, cuya complicidad activa o silenciosa con el sistema oligárquico está fuera de discusión, tanto si consideramos a sus luminarias docentes como a las tendencias que se repartían la representación estudiantil en los consejos.

"LAS TENDENCIAS, QUE SON UNA LEVADURA INDISPENSABLE, SE CONVIERTEN EN UN FARDO NEGATIVO CUANDO PONEN SUS INTERESES POR ENCIMA DEL INTERES COLECTIVO."

Pero esta Universidad había entrado en crisis antes del golpe del 66. La intervención sólo destruyó un cadáver. La caída del gobierno "desarrollista" de Frondizi derrumbó también las esperanzas de su correlato académico, ese "cientificismo" empeñado en modernizar sin acudir a la liberación nacional.

Conmovida por este fracaso que la hace girar en el vacío como fábrica de desempleados, la Universidad se repliega en sí misma bajo Illia, y sus combates más memorables girarán en torno al presupuesto anual.

Pero este mismo fracaso estimulará a una creciente toma de conciencia en el estudiantado, que ya empieza a dar la espalda a los mitos del "orden" y del gorilismo antiperonista. Vietnam y Santo Domingo, el Concilio y la radicalización de la "comunidad universitaria internacional', también contribuyen a este rápido viraje. Hacia 1965 deja de funcionar la "derecha estudiantil" como tal, y el generalato gorila se convence de que el "comunismo' ha copado la Universidad.

Cuando los derechos democráticos concedidos como un privilegio cómplice amenazan convertirse en instrumento de solidaridad real con los trabajadores y el pueblo, el viejo pacto se rompe y la Universidad es intervenida.

Segundo carácter del golpe de Onganía: desplazamiento de la hegemonía dentro del bloque de poder. La oligarquía terrateniente *cede la batuta* a los monopolios extranjeros que impondrán finalmente a Krieger (devaluación con retenciones).

Convertida en socia menor, la oligarquía se ve obligada a sacrificar a sus aliados liberales "de izquierda", los Rizieri Frondizi, Zenón Lugones, José Luis Romero, que tan bien la habían servido como policía política e ideológica. Estos aliados se vuelcan a la oposición contra el sucesor militar de Illia.

Tenemos así, por un lado, un proceso de radicalización y nacionalización del estudiantado; de ruptura con la oligarquía liberal, reconsideración del peronismo y acercamiento a la clase trabajadora.

Por el otro, la persistencia de sectores ligados a la vieja tradición de la izquierda pro-oligárquica y bradenista, que también se enfrentarán a la dictadura oligárquica reprochándole en definitiva la ingratitud de haberlos despedido, como si toda una vida al servicio del contubernio no significase nada.

La coexistencia de ambas oposiciones, la primera de las cuales tiende a cuestionar el régimen global 1955/66/71, en tanto la segunda busca reconstituir el "verdadero" régimen oligárquico "traicionado" en junio del 66, es una de las causas de la división del movimiento estudiantil, si bien la relación de fuerzas entre ambas se modifica inexorablemente, pues el fenómeno decisivo es la nacionalización y la radicalización globales del estudiantado.

EL MOR, O EL DIVISIONISMO BRADENISTA

La oposición liberal oligárquica "de izquierda" encuentra su eje nucleador en el Movimiento de Orientación Reformista (MOR), inspirado y dirigido por el Partido Comunista.

Toda su tradición política procede de la matriz semicolonial agropecuaria que modeló la conciencia de la vieja clase media argentina en la época de oro de "los ganados y las mieses".

Su antiperonismo y su adhesión a la Unión Democrática de 1946 son irreductibles. Su vocero intelectual Kleiner afirmó el año pasado desde la tribuna del MURA, en Santa Fe, que el embajador yanqui Braden (que encabezó la provocación antiargentina en 1945) había sido un "antinazi".

Su esquema táctico consiste en buscarse aliados "progresistas" entre los viejos partidos liberal-oligárquicos de la Unión Democrática.

Piden un "gobierno de amplia coalición democrática" y también una dictadura "cívico-militar" con "todas las fuerzas antidictatoriales".

Consideran que "la dicatdura" (a la que no califican socialmente, con lo cual la dictadura oligárquica de Lanusse y la dictadura democrático-burguesa de Velazco Alvarado o Perón son la misma cosa) nace en 1966. El régimen proscriptivo de Illia sólo era "inconsecuentemente democrático".

La fórmula de la "amplia coalición" remite la soberanía popular al conglomerado de fuerzas irrepresentativas, con el peronismo en todo caso como "uno más". Distorsiona así el problema decisivo de la soberanía popular efectiva sin fraudes ni proscripciones.

En el plano organizativo, el MOR ha intentado dividir la Federación Universitaria Argentina (FUA) cuando resultó evidente (no-

"HACIA 1965 LA 'DERECHA ESTUDIANTIL' DEJA DE FUNCIONAR COMO TAL, Y EL GENERALATO GORILA SE CONVENCE DE QUE EL 'COMUNISMO' HA COPADO LA UNIVERSIDAD."

viembre de 1970) que había sufrido una cabal derrota, tanto en las elecciones de delegados al congreso de FUA como en la tentativa de lograr una coalición mayoritaria con otras fuerzas.

Armó entonces una seudo-FUA cuya "Junta Ejecutiva" era tan irrepresentativa que (¡después del "cordobazo", "rosariazo", etc.!) ocho de sus 14 miembros procedían de Buenos Aires y sólo dos o tres podían alegar representación mayoritaria de centros (pero este año perdieron Medicina de Corrientes, Ingeniería de La Plata, Tecnológica de Tucumán, etc.).

Así, la tentativa escisionista desembocó en autoexclusión lisa y llana. Días después, en el Congreso de FUA, todas las tendencias denunciaron el divisionismo sectario del MOR (AUN, Franja Morada mayoritaria y minoritaria, MNR, MURA, FAUDI), subrayando así el aislamiento de esa corriente.

AUN explicó las causas inmediatas y de fondo de la autoexclusión. Las inmediatas fueron dos: el MOR, por razones de "prestigio" . . . partidario, necesitaba presentar un sello de FUA en la reunión del Encuentro Nacional de los Argentinos que iba a celebrarse en Rosario poco después del congreso apócrifo. También necesitaba un sello de FUA para usurpar la representación estudiantil argentina en el congreso de la Unión Internacional de Estudiantes, en Bratislava. En la Mesa permanente de la UIE (radicada en Praga) había equilibrio de fuerzas entre los pro-soviéticos y los "independientes" (países socialistas no alineados; tercer mundo) y el cambio de voto de la delegación argentina resultaba muy importante . . . para la burocracia soviética.

AUN acusa al MOR de una conducta sectaria e inescrupulosa que lo lleva a sacrificar los intereses del estudiantado a sus necesidades burocráticas y partidistas.

La causa de fondo es la hostilidad del MOR al proceso de sindicalización masiva, en la medida en que este proceso se liga estrechamente a la toma de conciencia nacional del estudiantado.

DOS CONCEPCIONES SOBRE EL PAPEL DE LOS CENTROS

Hay un estrecho vínculo entre la concepción política y la concepción sindical-organizativa del MOR.

Políticamente, el MOR opone a la actual dictadura oligárquica su nostalgia de la dictadura oligárquica anterior a 1966; al actual sistema universitario, la "isla democrática" que precedió a la intervención.

Sindicalmente, el MOR no concibe los centros como la expresión real del conjunto estudiantil, sino como la estructura de un ala o sector, en lucha con otras alas o sectores. Centros a menudo fantasmas, simples sellos fáciles de manejar, que suscriben declaraciones y adhieren a colaterales, donde sólo votan los afiliados y se desalienta la afiliación, como los de Medicina de Córdoba y Tucumán o Económicas del Nordeste, barridos y superados por el liderazgo de AUN; o estructuras burocratizadas como Ingenierías de La Plata.

Esta "jibarización" sectaria y "confesional" corresponde al tipo de Centro que prevaleció en el período 1955-1966, que el MOR añora por su dependencia ideológica al liberalismo-oligárquico. Por eso, así como combate la toma de conciencia nacional, también combate la sindicalización masiva, anverso y reverso de una misma medalla.

Los Centros del período 1955-1966, salvo excepciones, dejaron de representar en primer término la unidad del estudiantado porque esa unidad estaba institucionalizada por el sistema de la ley universitaria y la representación estudiantil en los Consejos.

Bajo esa ley de juego compartida, los Centros perdieron vigencia y significación. Las tendencias ocuparon el proscenio, como protagonistas de la lucha electoral. Surgió un bipartidismo "sui generis", con un ala "reformista" y un ala "antirreformista" (humanista, integralista, católica). Ambas compartían los presupuestos básicos del sistema.

En vez de jugar como matriz totalizadora en cuyo seno actúan el conjunto estudiantil y las tendencias, los Centros de ese período se convirtieron en un instrumento del ala "reformista".

La "antirreforma", como "partido del orden", no necesitaba manejar una estructura gremial periférica. Le bastaba con explotar la inercia del conservatismo estudiantil, el apoliticismo y los prejuicios anticomunistas.

AUN ACUSA AL MOR DE UNA CONDUCTA SECTARIA E INESCRUPULOSA QUE LO LLEVA A SACRIFICAR LOS INTERESES DEL ESTUDIANTADO A SUS NECESIDADES BUROCRATICAS Y PARTIDISTAS.

La "izquierda" liberal oligárquica, en cambio, necesitaba una estructura gremial de sector para acercar a los estudiantes y ganarlos después como tendencia. Esa estructura gremial, por su origen y función, no aspiraba a expresar a todo el estudiantado sino al "ala reformista" en competencia electoral con los "antirreformistas".

Como es lógico, la nueva conciencia estudiantil y los nuevos problemas que sobrevienen al golpe de Onganía, privan de todo papel a ese gremialismo subsidiario de la tendencialización liberal-oligárquica. Esos viejos Centros no desempeñaron ningún papel en las grandes luchas del período, incapaces por sistema de obrar como unificadores de un estudiantado proscripto por la intervención.

El aparato de FUA, en manos del actual MOR, perdió vertiginosamente toda representatividad, y sus manejos burocráticos y fraudulentos llegaron al escándalo. En este ambiente enrarecido se produce la crisis de 1967, tan lejana a los estudiantes de carne y hueso como la rotación de los anillos de Saturno a los habitantes de la Tierra.

El PCP, escisión del PC, pasa a controlar el aparato de FUA, y a través de su rama estudiantil, el FAUDI, lo lanza a una línea ultraizquierdista también de espaldas a las masas. Este paso del conservatismo al aventurerismo deteriora rápidamente las posiciones del PCR-FAUDI, que además se debilita por sucesivas crisis internas.

El PC se prepara para reconquistar el aparato de FUA y moviliza con tal fin todos sus recursos materiales. Consigue dividir la Federación Universitaria Tecnológica (FUT), rama de FUA, y presentar una fuerte minoría en el IX Congreso de FUA, a fines de 1969. Pero el resto de la oposición en el Congreso (Franja Morada, MNR, AUN, etc.) se niega a pactar con el MOR e impone al debilitado FAUDI (y su socio "pro-chino", TUPAC) un Congreso Extraordinario para fines del 70, con garantías democráticas que habrían de cumplirse.

Hasta aquí nos hallamos en el reino de los grupitos de dirigentes. El hecho capital sobreviene durante 1970, cuando la lucha de las tendencias que pugnan por democratizar la Federación y los Centros (AUN en primer término) confluye con el pronunciamiento estudiantil masivo de amplios sectores, a favor de los Centros Unicos y las banderas nacionales. Este hecho altera decisivamente la relación de fuerzas y transfiere a los propios estudiantes el poder de decisión. El X Congreso es un avance gigantesco de representatividad respecto al IX (AUN decuplica sus delegados) y este hecho "imprevisto" desbarata los proyectos "retornistas" del MOR y "quedantistas" del FAUDI. Al constatar su derrota electoral el MOR se autoexcluye y fabrica una seudo-FUA que cae en el conocimiento ridículo.

El X Congreso aprueba el proyecto político de AUN (apoyado por la mayoría de Franja Morada) donde, por primera vez, el movimiento estudiantil argentino hace suyas las banderas del yrigoyenismo, el 17 de octubre y el 29 de mayo, y repudia los contubernios del 30, el 45 y el 55.

Este programa, que consagra la travectoria principista de AUN y expresa la nueva conciencia nacional del estudiantado, desemboca consecuentemente en la defensa de los Centros únicos representativos como fundamento esencial de la nueva FUA. Se rompe simultáneamente con el liberalismo oligárquico de "izquierda" y con el sindicalismo fraccional, que fue su instrumento bajo la "isla democrática".

Se vuelve a la concepción de la Reforma de 1918, que al innovar audazmente en el sentido de la unidad obrero-estudiantil y hacer suyos los métodos de la lucha de masas (antes desdeñados como "ultraje" a la "cultura universitaria"), reestructuró los Centros según el modelo de los sindicatos obreros y los convirtió de simples "ateneos" en organismos reivindicativos de todos los estudiantes, sin exclusiones confesionales e ideológicas.

LA DEMOCRATIZACION DE LA FEDERACION Y LOS CENTROS CONFLUYE CON EL PRONUNCIAMIENTO MASIVO A FAVOR DE LOS CENTROS UNICOS Y LAS BANDERAS NACIONALES.

"PERONISTAS" CONTRA EL 17 DE OCTUBRE

Es lógico que el MOR, bradenista hasta los tuétanos, aliado a los gorilas universitarios que barrieron los generales gorilas en 1966 *, conspire contra los Centros Unicos y rechace las banderas del X Congreso de FUA, ya que para el MOR el 17 de octubre de

* Recientemente, para celebrar el sesquicentenario de la Universidad de Buenos Aires, el MOR cedió su tribuna a Rizieri Frondizi y Zenón Lugones, dos de esos gorilas. Baste decir del primero que, hallando "irrespirable"

1945 fue la obra de un "demagogo fascista" denominado Perón.

Ya es menos lógico, en cambio, que la hostilidad contra FUA provenga de las denominadas tendencias universitarias peronistas, que aquí se alinean con el MOR y (según veremos) la ultraizquierda, para combatir el programa del X Congreso.

No es ésta la posición de Perón, por supuesto, quien saludó en estos términos el triunfo de las posiciones nacionales en el X Congreso, respondiendo a una carta de Jorge Abelardo Ramos, secretario general del PSIN:

"Muchas gracias por las noticias que me hace llegar en su carta. Es sumamente auspicioso para el país y nuestra causa la reorientación de nuestra juventud universitaria hacia la causa nacional. Espero que, de ello, surjan factores positivos en favor de la lucha que estamos sosteniendo. Excelente la "Declaración y Tesis política nacional del X Congreso" *.

Por el contrario, las llamadas tendencias peronistas han ignorado, lisa y llanamente, lo sancionado por el X Congreso, como expresión de un vasto movimiento representativo de las corrientes renovadoras del estudiantado.

Si este movimiento configurase una entre varias tendencias, sus resoluciones debieron llamar la atención y atraer la simpatía de las que se reputan a sí mismas como "tendencias nacionales" o "tendencias peronistas". Si FUA hubiese sido "una tendencia', entonces su "nueva posición" debía merecer un cambio de actitud en las relaciones intertendenciales del peronismo universitario.

Pero el problema es otro, otro su centro de gravedad. La polémica no se establece (ni antes ni después del X Congreso) en torno a FUA, que es una confederación de Centros, sino en torno a los Centros.

Se trata de saber, en primer término, si aceptamos o rechazamos el principio de la unidad sindical estudiantil. Si aceptamos o rechazamos que hay intereses comunes decisivos entre los estudiantes que exigen nuestra unidad sindical.

Las tendencias peronistas han negado de hecho o de derecho esta evidencia y las conclusiones prácticas que impone.

Pero hasta cierto punto era explicable su error por sus propios orígenes y por la tendencialización cipaya de la vieja FUA.

Por sus propios orígenes, ya que en su mayoría provenían de la derecha anterior a 1966. Hemos visto cómo el "universo estu-

---

el régimen peronista, fue a oxigenarse a la Universidad de Puerto Rico' a la sombra del ocupante yanqui.

En cuanto al segundo, desde un órgano del propio MOR opinó que la actual situación universitaria semeja a la de "los años 1946 y subsiguientes". "Hay que facilitar la reorganización, como se hizo en 1956-57", añadía. "La verdadera liberación de la Universidad" consistirá en que "todos los universitarios, especialmente los profesores" puedan darle "el destino que le corresponde".

* Expresiones inequívocas, que se hacen todavía más reveladoras a la luz de la carta de Ramos donde se aborda expresamente la crítica al llamado peronismo universitario.

Decía Ramos: "Acaba de terminar sus sesiones el Congreso Extraordinario de FUA. Es inútil que le recuerde ahora, nada menos que a Ud., la historia negra de FUA. Después de la gran revolución universitaria de 1918, a la que Yrigoyen prohijó ,y de su célebre Manifiesto de ese año, la FUA cayó en manos de los izquierdistas y radicales cipayos, y ayudó a Uriburu a derrocar a Yrigoyen, a los ingleses en la Década Infame, al imperialismo anglosajón durante la guerra imperialista, a la Unión Democrática en 1945 y 1955, etc.

Pues bien, los desplazamientos de la clase media hacia posiciones nacionales en los últimos años, originados por los golpes que los regímenes posteriores a 1956 asestaron sobre sus espaldas, están encontrando su eco en el entusiasmo, hijo de esa clase media.

El gorilismo universitario está desapareciendo. Una demostración evidente lo constituye el hecho de que por primera vez en cincuenta años la FUA tiene una dirección nacional y ha lanzado en su Congreso un Manifiesto donde reivindica el yrigoyenismo y el peronismo como los grandes movimientos nacionales de este siglo.

Para su información agregaré que mediante un frente común entre AUN (Agrupación Universitaria Nacional), de tendencia socialista de izquierda nacional, y Franja Morada (de tendencia radical y otros matices) se ha logrado imponer ese Manifiesto por 49 delegaciones contra una resolución política ultraizquierdista cipaya de los últimos gorilas y gusanos que quedan.

Como Ud. sabrá, la FUA, bajo el control del P. C. hasta 1967, pasó a manos del PCR (bolches disidentes de ultra, pero antiperonistas) a partir de ese año. Ahora la FUA, en su viraje sin precedentes y merced a la alianza entre AUN y Franja Morada a que me referí, adopta una posición nacional.

Lo curioso es que los estudiantes que se llaman "peronistas" boycotean las elecciones en todos lados y se reducen a cantar la marchita y a tocar el bombo, alejándose del estudiantado real. ¡Estaría muy bien si los militantes peronistas rehusaran actuar en los sindicatos!

El cambio en FUA no puede ser subestimado. Le adjunto un ejemplar, aún no impreso, del Manifiesto".

EL MOR Y PERONISTAS UNIVERSITARIOS COMBATE EN ALIANZA CON LA ULTRAIZQUIERDA EL PROGRAMA DEL X CONGRESO. EN TANTO, EL PROPIO PERON LO DECLARA "EXCELENTE".

diantil" de entonces se insertaba en la unidad recibida del propio régimen universitario (representación en los consejos, elecciones, amplia libertad de reunión y asamblea). También vimos que, mientras el ala "reformista" necesitaba constituir Centros colaterales (tendenciados), el "partido del orden' podía presentarse como tendencia autónoma sin rodearse de una estructura "gremial" de captación. Al girar a izquierda y renovarse, sin embargo, estas corrientes no revisan su posición sindical organizativa, o sea, realizan una autocrítica a medias. Al peronizarse, además, tienden a heredar la tradición formal del peronismo en la materia, sin advertir que la política universitaria fue uno de los aspectos más negativos y estériles del peronismo, y se vació en el molde anticomunista y antidemocrático del nacionalismo oligárquico.

Pero a esto se añade la tendencialización cipaya de la vieja FUA, también originada en el período 1955-1966, y, como es lógico, su irrepresentatividad creciente. Tomado ello en consideración, podía entenderse el error de rechazar los Centros de estudiantes y, por lo tanto, a FUA.

Es en tal sentido que afirmamos que después del X Congreso no cabe lícitamente sostener el divisionismo sindical de principio que han seguido enarbolando las llamadas "tendencias peronistas'. Aún antes de aquel Congreso era falso que se debiera rechazar los Centros y a la FUA porque eran "irrepresentativos", "cipayos", "burocráticos", etc. Según los casos y las circunstancias, cabía luchar por nuevos Centros (v. gr., Medicina de Córdoba o Tucumán), por regenerar los existentes (Arquitectura de Chaco, Tecnológica de Córdoba) o por fundarlos donde no los había (Odontología Rosario, Agronomía Tucumán). En cuanto a la FUA, debería decidirse según sus posibilidades concretas de democratización y la relación de fuerzas, si se actuaba en ella o se fundaba una nueva confederación estudiantil. De esta manera se condujo AUN con los resultados que están a la vista. Pero en ningún caso podía renunciarse a la lucha por los Centros únicos federados con la excusa de que los existentes eran irrepresentativos o sus direcciones, cipayas.

Si FUA hubiese sido "una tendencia", entonces su programa del X Congreso debió merecer un cambio de actitud intertendencial. Pero el llamado del X Congreso para sumarse a FUA habría carecido de significado. ¿Por qué una tendencia debe absorber a otra, aunque haya cercanía, no existiendo identificación?

Pero FUA no es una tendencia, sino una confederación sindical de Centros. El X Congreso aporta dos novedades. Su representatividad y su programa, que quitan todo protexto divisionista, toda razón honorable para equivocarse. Ese programa es patrimonio común de la mayoría estudiantil, e impone el deber de defenderlo a quienes dicen sostener banderas nacionales.

Al no hacerlo, al persistir en el divisionismo sindical, se incurre en una doble transgresión, ahora sin la excusa de que "FUA es cipaya".

Se hace el juego a la dictadura oligárquica y a la intervención. Quien divide debilita, trabaja para los enemigos, por sublimes que sean sus palabras, su intransigencia verbal.

Se hace el juego a quienes, no resignados a su derrota, conspiran para resucitar al frente de FUA las banderas cipayas, el antiperonismo reaccionario de "izquierda" o "ultraizquierda". El mero silencio, la abstención, la neutralidad, es ya una complicidad. Qué no diremos de las trenzas activas ensayadas por algunos sectores de los llamados "peronistas" universitarios, como satélites de los cipayos convictos y confesos de la "izquierda' y "ultraizquierda", los MOR, TUPAC, FAUDI y demás gorilas que nada olvidan y nada han aprendido.

EL PROGRAMA DEL X CONGRESO ES PATRIMONIO COMUN DE LA MAYORIA ESTUDIANTIL, E IMPONE EL DEBER DE DEFENDERLO A QUIENES DICEN SOSTENER BANDERAS NACIONALES.

Cualquiera se puede llenar la boca proclamando fidelidades a tales o cuales lemas o banderas. Pero el programa del X Congreso no es la expresión subjetiva o el postulado teórico de tal o cual sector. Es la manifestación institucionalizada del movimiento sindical organizado de los estudiantes argentinos. Es una expresión de voluntad colectiva que, al cabo de todo un proceso de discusión y toma de conciencia, asume lúcidamente las tradiciones del 17 de octubre y el 29 de mayo. Negarse ahora a la unidad sindical es combatir prácticamente esas tradiciones. Que se lo haga en nombre del "peronismo", no tiene la menor importancia.

Las banderas del X Congreso de FUA no son banderas "peronistas". Asumen jalones decisivos de la lucha nacional y social de los argentinos y del propio estudiantado, en cuanto ellos concurren a formar la conciencia general nucleadora de las nuevas luchas y procesos, respetando la individualidad tendencial de todos.

Pero la forma práctica del antiperonismo, hoy, dentro del estu-

diantado argentino, es la lucha (activa o pasiva) contra el programa del X Congreso de FUA; mejor dicho, es el negarse a luchar en defensa de ese programa. Sólo así puede plantearse la cuestión cuando pasamos de la retórica a los hechos.

LA "ULTRAIZQUIERDA" EL 29 DE MAYO

Hablemos por último de la "ultraizquierda".

La relación de la ultraizquierda con las masas se puso claramente de manifiesto cuando ésta boicoteó el "Cordobazo", vale decir, el hecho político más importante desde el 17 de octubre de 1945, si hemos de juzgar la trascendencia de un hecho por su capacidad para alterar positivamente la relación de fuerzas entre las clases populares y el poder.

La autocracia de Onganía pretendió cumplir sin concesiones "inflacionarias" el programa económico iniciado con la restauración oligárquica del 55. Concentró, pues, gobierno formal y poder represivo, archivó la Constitución y postergó sin término toda perspectiva electoral, aún fraudulenta. El plan estabilizador de Krieger Vasena excluía de antemano toda transacción política o sindical. Un imponente aparato represivo aplastaría la menor reacción para "ejemplo" de quienes pretendiesen imitarla.

Bloqueada por los tanques, la historia se había congelado. Nada más fácil, aparentemente. Hasta que una "chispa" encendió el movimiento de las masas. Las tensiones brutalmente reprimidas se desataron en el furioso vendaval de mayo. La ofensiva estudiantil con apoyo popular de Resistencia, Corrientes y Rosario, se convirtió en la rebelión obrera de Córdoba, con apoyo estudiantil y popular.

"Sólo el movimiento revolucionario de las masas, jamás la violencia individual de los pequeños grupos golpistas o guerrilleristas, puede enfrentar y, finalmente, vencer, el poder inmenso y concentrado de las clases explotadoras", habían sostenido durante años AUN y la izquierda nacional. Las jornadas de Córdoba lo confirmaron decisivamente.

También corroboraron que esa movilización, librada a sus formas puramente espontáneas, no puede convertir los triunfos tácticos en triunfos estratégicos.

Esto plantea el grandioso problema de cohesionar organizativa, táctica y programáticamente a las fuerzas populares, a fin de aislar a las clases dominantes, crear el polo de conducción obrera y popular, atraer en la lucha al sector más nacional de las fuerzas armadas y derribar el sistema de los explotadores.

Sólo en este cauce adquiere sentido la violencia revolucionaria como función vertebradora del propio movimiento de las masas. La lucha revolucionaria no es el campo de los "héroes", como imagina el individualismo burgués, sino el campo de la acción de masas.

La "violencia" aislada genera la esterilidad del combatiente y la pasividad colectiva. Suple la lucha de las clases protagónicas por la intervención de minorías "salvadoras". Transfiere al campo popular el verticalismo inherente a las clases dominantes. Nimba los métodos conspirativos de un prestigio cuyo papel "ideológico" consiste en paralizar todo análisis crítico y objetivo.

LA "VIOLENCIA" AISLADA GENERA LA ESTERILIDAD DEL COMBATIENTE Y LA PASIVIDAD COLECTIVA. SUPLE LA LUCHA DE LAS CLASES PROTAGONICAS POR LA INTERVENCION DE MINORIAS "SALVADORAS".

Mayo del 69 abre un nuevo período de la historia contemporánea. La irrupción combatiente de las masas bajo la consigna adelantada por AUN y la izquierda nacional de "gobierno obrero y popular", cambió el curso político en grado jamás alcanzable por la violencia minoritaria. Las caídas de Onganía y Levingston, los sucesivos retrocesos y desautorizaciones, las maniobras en retirada (contra las que debe redoblarse la lucha), son el resultado de la formidable ofensiva popular.

Pues bien, los "ultra" quedaron al desnudo a raíz del Cordobazo. El Cordobazo desautorizó todas sus tesis de violencia minoritaria, y ellos pretendieron "desautorizar" el Cordobazo al boicotear la huelga general tachándola de "maniobra de la burocracia sindical".

Es asombroso que la ultraizquierda (CIU, FAUDI, LAP, TUPAC, PRT, etc.), que concibe la política como agitación perpetua y paroxística; que ignora la vigencia de los diversos niveles (agitativo, propagandístico, organizativo; legal o ilegal; ideológico, político, sindical, etc.) y su variable correlación según la coyuntura, haya boicoteado las movilizaciones de mayo, es decir, el momento más agitativo de nuestra historia política.

Al hacerlo, expresaba su incapacidad orgánica de ligarse al movimiento general, de gravitar positivamente en él, de comprender

su lógica de desarrollo. De ahí su actitud sectaria, infatuada, hostil y, en el fondo, derechista ante el peronismo y la clase trabajadora, expresada en el caso como antiburocratismo sindical abstracto.

Cómo las masas generan nuevos niveles de conciencia y actuación a partir de condiciones y niveles dados, suena a chino para ellos. Ignoran en absoluto el papel de las banderas nacional-democráticas como levadura revolucionaria en un país oprimido por el imperialismo. Pretende que todo comience con las formas puras de un seudo socialismo abstracto. La complejidad contradictoria del peronismo les parece un insulto. Y en el momento decisivo, optan por el papel de rompehuelgas.

Es que la "ultra" ha roto con el reformismo amarillo del PC, pero no con sus prejuicios liberal-oligárquicos. Es antiperonista y gorila. No cede a la "burguesía nacional" porque baila al son del imperialismo. Opone un odio de clase al movimiento real de las masas trabajadoras.

Este odio se transfiere histéricamente a AUN, en la medida en que hemos sido quienes, del modo más enérgico y consecuente, hemos planteado las posiciones nacionales dentro del movimiento estudiantil.

SEPULTUREROS DE LA REVOLUCION BOLIVIANA

Debe verse en la posición latinoamericana de la "ultraizquierda" la simbolización de su antiperonismo. La "ultraizquierda" nos acusa de haber apoyado a Allende, Velazco Alvarado, Juan José Torres, regímenes democrático-burgueses.

En efecto, jamás nos hemos sumado desde una seudo-izquierda a la provocación imperialista contra los movimientos populares latinoamericanos, a los cuales consideramos momentos enormemente progresistas de un proceso de emancipación que sólo en el socialismo y la unidad nacional federativa de nuestros países encontrará su afianzamiento y consolidación.

El imperialismo conoce muy bien el mecanismo provocador que suscita y aprovecha. Por un lado, frenar el movimiento democrático burgués, explotar las debilidades y contradicciones de su jefatura a fin de establecer una cuña con sectores populares. Por el otro, jaquearlo desde la izquierda y derribarlo desde la derecha. Es el esquema que, con todo cinismo, Braden anticipa en sus memorias respecto al régimen de Allende en Chile. La inaudita provocación del VOP al asesinar a uno de los líderes de la democracia cristiana creó la primera crisis al régimen de Allende. El gobierno peruano acaba de denunciar y quebrar el contubernio aprista-ultraizquierdista en la absurda huelga del magisterio exigiendo un 200 por ciento de aumento, un aumento que la economía del Perú no podría soportar y que se le exige al régimen que hizo la reforma agraria e industrial, no al de Odría o Belaúnde. Huelga lanzada al día siguiente del triunfo contrarrevolucionario en Bolivia, como para preparar el siguiente capítulo de la escalada.

Para la ultraizquierda, el régimen de Juan José Torres era "burgués" (conferencia de prensa del ERP en Tucumán, días antes del derrocamiento), y la lucha Torres-Banzer, "una lucha entre fracciones burguesas" (oradores del Faudi en el comedor estudiantil de Córdoba y en la asamblea de Filosofía Buenos Aires).

PARA LA ULTRAIZQUIERDA, EL REGIMEN DE JUAN JOSE TORRES ERA "BURGUES" (CONFERENCIA DEL ERP EN TUCUMAN, DIAS ANTES DEL DERROCAMIENTO).

El pecado de Torres fue no haber "armado al pueblo". Torres, que no era un individuo abstracto sino el jefe de una fracción militar nacionalista minoritaria pero hegemónica, tenía límites a su actuación. Pero ponía límites al avance de la reacción fascista sobre el poder, como lo probó con resuelta y sorpresiva actuación al desbaratar al triunvirato que había derrocado a Ovando.

Al poner estos límites, garantizaba el reagrupamiento de las fuerzas obreras y populares, y su creciente intervención en el proceso revolucionario al que impulsó, por otra parte, con medidas enérgicas de nacionalización, mejoras salariales y proyectos económicos financiados y asesorados por países socialistas.

Pero la ultraizquierda no encontró nada mejor que hostigar a Torres sin fortalecerse ella. Estas provocaciones culminaron con el manifiesto apócrifo de los suboficiales instando a "derrocar" a los oficiales y la farsa de los "procesos" preparados por la llamada Asamblea Popular. Estas provocaciones arrojaron al sector intermedio de las Fuerzas Armadas en brazos de la contrarrevolución, en vez de atraerlo, controlarlo o neutralizarlo.

La contramedalla consistió en nada haber hecho por la organización democrática y directa de las masas. La llamada Asamblea Popular fue el remedo tramposo de un parlamento revolucionario; fue un acuerdo vertical y burocrático entre la camarilla sindical corrompida de Lechín y los grupitos "ultra".

Estas fuerzas funestas y criminales negaban el acceso a las

masas, pero se lo concedieron . . . ¡al M.N.R.!, con el argumento de que era "una fuerza de oposición".

Derrocado el triunvirato, la ultraizquierda y Lechín, que habían salvado el pellejo sólo por la iniciativa de Torres y las masas, rechazan la oferta de enviar ministros al nuevo gobierno, olvidando todo lo que la experiencia y la teoría han enseñado acerca de si "deben participar los socialistas en un gobierno provisional revolucionario", democrático burgués, como era el de Torres.

Seguidamente exigirán el 50 por ciento de las carteras, que Torres concede y el ejército veta. La "ultra" capitula, probando que el planteo excedía la relación de fuerzas, era una provocación.

Esta política estéril y charlatana desemboca en la parodia final de "exigir" al "burgués" Torres (¿en papel sellado?) las armas que una auténtica política revolucionaria de organización y movilización de masas debió procurar directamente. Las solicitadas armas se convirtieron en un arma más para que el ejército aplastase a los obreros desarmados.

En lugar de aplicar la táctica independiente del frente único antiimperialista, la ultraizquierda proclamó un socialismo y un insurreccionismo verbales que alfombró el camino de la contrarrevolución fascista.

Por nuestro apoyo independiente a las medidas antiimperialistas iniciales de Ovando y a la política de Torres, la ultraizquierda nos ha acusado de "amistad" con los "asesinos del Che Guevara".

Los asesinos del Che, políticamente hablando, fueron quienes lo lanzaron a la muerte induciéndolo a ignorar las condiciones específicas del campesinado boliviano, es decir, los caballeros de la ultraizquierda.

Pero no vamos a deshonrarnos defendiéndonos de tan torpe injuria. Nos interesa señalar, simplemente, el mecanismo irracional de las consignas ultraizquierdistas, tendientes a paralizar todo asomo de reflexión crítica.

Se trata de evitar la comprensión de cómo y por qué, en las condiciones de un país semicolonial en crisis, sectores de las propias fuerzas armadas pueden acceder a un replanteo nacional-democrático, y eso suscita problemas específicos al movimiento obrero y popular.

Los muertos ilustres no pueden ser utilizados impúdicamente para paralizar el análisis y hacerlos servir al designio de la contrarrevolución imperialista.

Pero no debe olvidarse, como dijimos al principio, que aquí Torres y Ovando, Velazco Alvarado y Allende, son simbolizaciones de Perón, y que nuestro infamante "peronismo" es para la izquierda cipaya la "prueba" de nuestra "capitulación ante la burguesía'. Por lo tanto (!) AUN "apoya el Gran Acuerdo Nacional" de Mor Roig y de Lanusse, infundio muy a propósito para intentar silenciornos sin la molestia de enfrentar políticamente nuestros planteos.

Respecto al Gran Acuerdo Nacional la diferencia entre la "ultraizquierda" y nosotros es la siguiente: que la "ultraizquierda" lo combate de palabra y lo sirve en los hechos con su consigna reaccionaria de "ni golpe ni elección, revolución"; y AUN lo combate de palabra y, sobre todo, de hecho, con su consigna de "movilización popular por elecciones inmediatas sin fraudes ni proscripciones".

Masivamente, en el 55, el estudiantado se volcó a la lucha por la proscripción del pueblo argentino y de la clase trabajadora. Los herederos gorilas del 55, son hoy una minoría en el estudiantado. Esa minoría no puede "exigir" la proscripción. Pero se vuelca histéricamente para sabotear la lucha popular contra la proscripción.

¿QUE SIGNIFICA EL "GRAN ACUERDO NACIONAL"?

El gobierno propone salir del marasmo político y económico a través del "gran acuerdo nacional". Todos debemos ceder algo para lograr la reconciliación. Este llamado a la buena voluntad omite dos cuestiones capitales.

La primera, se refiere al carácter estructural de la crisis argentina, que no se resuelve modificando simplemente las relaciones entre las clases (v. gr., las relaciones cuantitativas de distribución con una política de ingresos) sino suprimiendo (expropiando) las clases dominantes que configuran la estructura semicolonial en descomposición.

Transacciones o avenimientos suponen confirmar a las clases en presencia y la estructura vigente, causa de la crisis. Toda solución coyuntural, en el marco de una economía desangrada por el parasitismo oligárquico, resuelve un problema provocando otro. La

NO DEBE OLVIDARSE QUE AQUI, JUAN JOSE TORRES Y OVANDO, VELASCO ALVARADO Y ALLENDE, SON SIMBOLIZACIONES DE JUAN DOMINGO PERON.

"estabilidad" genera hambre, receso, desempleo, irrupción monopolista. La defensa del consumo popular, el crédito industrial y la inversión pública desemboca en inflación. La industrialización rápida nos endeuda al extranjero y el rescate de la deuda esterilixa nuestra capacidad para importar equipos industriales.

En segundo lugar, desde el punto de vista político no es posible transigir sobre derechos fundamentales. La soberanía popular efectiva es, por esencia, irrenunciable.

La violación de esa soberanía a partir de 1955 fue el medio para perpetuar privilegios que sólo por la violencia se sostienen. El pueblo necesita recuperar su soberanía con fines muy concretos de transformación social y nacional. Mal podría negociarla.

Las proscripciones del 55 asumieron la forma recurrente del gobierno "de facto" o el fraude legal. El "onganiato" implanta la tercera forma de dictadura proscriptiva: autocracia sin Constitución ni plazos electorales.

Pero la ofensiva popular del 69 invierte el sentido del proceso. El régimen, sin perder su carácter oligárquico, se ve obligado a sucesivos retrocesos, relevos, desautorizaciones, bajo la presión de las masas, el caos económico y el miedo a nuevas ofensivas populares. A ello se añade, estrechando aún más el margen de maniobra, la gran dificultad de una salida "a la brasilera". *

Es en este contexto que el gobierno de Lanusse juega la carta del "gran acuerdo". Se trata de salir lo mejor posible del laberinto que la "revolución argentina" es ya para las fuerzas armadas. Onganía cae cuando hace saber a los generales que piensa gobernar otros diez años. Esta perspectiva no los había espantado antes de mayo del 69. Pero en el otoño de 1970, presagiaba una catástrofe. Lèvingston sube bajo los auspicios de que "jamás volverán las proscripciones". Pero eso significaba Perón, y Levingston ensayó la carta alternativa: denunciar a Krieger, "nacionalizar" con Ferrer, producir un nuevo "tiempo económico" que en 5 años "superase" a Perón, lo hiciera superfluo, enterrase con "nuevas fuerzas políticas" las "antinomias del pasado. Naufragó en sólo 10 meses.

Lanusse recibe un estrecho campo de maniobra. El "gran acuerdo nacional" que propone es la cuarta forma de proscripción, quemadas las anteriores: la autoproscripción.

Si el peronismo se proscribe a sí mismo aceptando el candidato presidencial impuesto, ya no es necesario proscribirlo. Naturalmente, esto supone concesiones, o sea, colocarlo en posición de socio con un fuerte aunque no decisivo "paquete accionario".

Según el general Sánchez de Bustamante, éste sería un pacto entre dos "partidos políticos": las fuerzas armadas y el peronismo. Pero como el peronismo es aquí la mayoría electoral, el pueblo soberano, el papel reservado a las fuerzas armadas no puede ser otro, entonces, que el de partido oligárquico dominante, encargado de impedir que la soberanía electoral conduzca a verdaderas transformaciones económico-sociales, o, como dice Lanusse, que la mayoría "niegue los derechos de la minoría".

La tentativa de "alvearizar" el peronismo es una empresa imposible, sin embargo, pues dicho movimiento no tiene un cheque en blanco sino (como siempre ocurre) un mandato popular. Rechazará el acuerdo, o sufrirá el destino del radicalismo alvearizado en 1946.

También debe decirse que, si accede al poder sin transacciones esenciales, su destino como movimiento se determinará según el programa que adopte y ejecute, pues está claro que la fórmula de un capitalismo nacional avanzado sin expropiaciones, que fue la de 1945-55, conduciría a un fracaso irremisible.

LANUSSE HEREDA UN ESTRECHO MARGEN DE MANIOBRAS, PERO QUIERE INTENTAR UNA NUEVA FORMA DE PROSCRIPCION, EL "GRAN ACUERDO NACIONAL".

En uno u otro caso para el pueblo argentino es fundamental esta experiencia, pues permitiría reanudar a través del peronismo, hoy mayoritario, el proceso de liberación, o crear las bases compartidas de una opción superadora.

Bastarían estas consideraciones para comprender la importan-

---

* Carecemos de una zona precapitalista de colonización interna. Por nuestro propio relativo desarrollo, EE. UU. se negará en cualquier caso a conferirnos el papel "pro-consular" en Latinoamérica. Una política "a la brasilera" exigiría extirpar los sindicatos, cuyo poder enorme, así como suscita el conservatismo tendencial de las direcciones, desataría una tempestad si se lo atacase frontalmente. Falta una clase media histerizada y reaccionaria que dé apoyo de masas a un régimen semifascista tipo Brasil. La clase media argentina tiene una arraigada tradición democrática y está en creciente oposición al bloque oligárquico-imperialista.

cia de la lucha por elecciones inmediatas sin fraudes ni proscripciones, como respuesta práctica a la maniobra autoproscriptiva del "gran acuerdo nacional".

¿NI GOLPE NI ELECCION?

AUN entiende que en los actuales momentos la defensa de la soberanía popular efectiva proclamada por el X Congreso de FUA impone la "movilización popular por elecciones inmediatas sin fraude ni proscripciones".

Nuestro planteo disgusta profundamente a la ultraizquierda, que exacerba aquí la superficialidad de sus argumentos. La ultraizquierda ha descubierto un hecho oculto y prodigioso: que Lanusse no quiere elecciones limpias. Por lo tanto, "ni golpe, ni elección: revolución".

Como la claridad y, en general, el pensamiento, no es la virtud de nuestros "críticos", vamos a poner en orden sus papeles distinguiendo tres proposiciones que ellos embrollan:

1) Lanusse no quiere dar elecciones limpias.
2) Las clases dominantes no quieren darlas.
3) Y aunque las dieran no entregarían el gobierno o lo entregarían nominalmente, reservándose el poder real.

Y una cuarta proposición implícita:

4) Siendo el peronismo un agente del régimen, no importa si mayoritario, ayudarlo a triunfar es servir al régimen.

Nos complace decir que las tres proposiciones explícitas son correctas. Pero la conclusión de "ni golpe, ni elección", un disparate ilógico, que sólo podría derivarse de la cuarta premisa.

En efecto, el "no querer" (subjetivo) de Lanusse deriva del "no querer" (objetivo) de las clases dominantes, que es, en realidad, un no poder.

Las clases dominantes, normalmente, quieren el sufragio universal, que no es incompatible con su dominación, con el carácter de clase del Estado burgués al que ellas controlan en última instancia por vía burocrática, por el manejo representativo, la división de poderes y la influencia económica.

¿Por qué quieren, normalmente, el sufragio universal? Porque constituye un mecanismo impersonal y flexible para unificar las diversas fracciones de la burguesía, superando la dispersión competitiva de sus intereses. Y porque realiza la unidad política de esa burguesía, no como unidad de clase sino como unidad nacional; no como interés de clase, sino como interés general; no como voluntad de clase sino como voluntad popular. En una palabra, porque el sufragio universal es una fuente inestimable de legitimación del Estado de clase y de la sociedad de clases, y un factor de equilibrio que introduce cierto grado de representación de los intereses populares como válvula de escape, incluso contra la tosudez particularista de los burgueses concretos.

Pues bien, si la "democracia representativa" fue anulada desde 1955 en la Argentina, es a causa de la creciente descomposición del sistema oligárquico semicolonial, que ha cavado un abismo entre las clases dominantes y las grandes mayorías populares.

Las clases dominantes se vuelven contra la legalidad que ellas mismas habían constituido, al advertir que esa legalidad está escapando a su control.

El peronismo democrático-burgués con base obrera les resulta indigerible, y, si lo llegaran a digerir, sería su cáscara "alvearizada": el movimiento obrero y popular buscaría entonces otros canales.

Si las clases dominantes "no quieren" dar elecciones limpias porque no pueden darlas, ¿no indica eso que nuestro deber consiste en movilizarnos por elecciones inmediatas sin fraude ni proscripciones, arrebatándoles así a los explotadores las banderas de la legalidad y la legitimidad, desnudando sus tramposas maniobras de "pacificación"?

La ultraizquierda pone demasiado énfasis en rechazar las elecciones porque Lanusse no quiere concederlas. ¿Le cuida el sueño a Lanusse la ultraizquierda? Exactamente, y le proporciona el quinto modelo de proscripción para hacer juego con el cuarto, la "autoproscripción" del "gran acuerdo".

La "autoproscripción" del "gran acuerdo" consiste en renunciar a los fueros de la soberanía popular acudiendo "voluntariamente" en apoyo de un candidato del "partido militar". Es la autoproscripción a la luz del día, convicta y confesa.

La "autoproscripción" de la "ultraizquierda" consiste en renunciar a la lucha y a la movilización por el ejercicio efectivo de

LAS CLASES DOMINANTES SE VUELVEN CONTRA LA LEGALIDAD QUE ELLAS MISMAS HABIAN CONSTITUIDO, AL ADVERTIR QUE LA LEGALIDAD ESCAPA A SU CONTROL.

la soberanía popular, dejando el campo libre, no menos "voluntariamente", a los que urden la farsa proscriptiva. Es la autoproscripción nocturna, que le cuida el sueño al general Lanusse.

En efecto, las clases dominantes y su gobierno no quieren dar elecciones limpias porque no pueden darlas.

Pero tampoco pueden no darlas. En el cruce de ambas impotencias se sitúa el "gran acuerdo". No pueden no darlas en el sentido de que están jaqueados por la ofensiva popular, el caos económico, el fantasma de nuevos "Cordobazos", el cerrado aislamiento político. No pueden "irse" ni "quedarse'. Ensayan entonces una salida de compromiso ofreciendo concesiones a cambio de retener los resortes básicos del poder, pero descargando la responsabilidad del gobierno directo.

Es preciso desbaratar esa maniobra, pero en los hechos, no sólo de palabra. Esto significa movilizarse concretamente, en todos los planos, para exigir elecciones reales y efectivas, en las que el pueblo elija, y no sea llamado a sancionar un acuerdo pactado a sus espaldas. Que esto es posible de arrancar lo demuestra el punto de debilidad desde el cual parte la maniobra del gobierno, una maniobra, ciertamente; pero una maniobra en retirada.

La ultraizquierda opone a esto la abstención, el vacío cómplice, la pasividad. Es cierto que salva su conciencia proclamando como "alternativa', la "revolución". Pero es una "revolución" abstracta, puesto que se plantea al margen del movimiento de masas.

Sí, en ninguna parte está escrito que el régimen va a capitular sólo porque lo presionen y esté debilitado. Pero es preciso haber caído en el formalismo más abstracto para oponer elección a revolución.

¿Bajo determinadas condiciones, que son precisamente las condiciones argentinas, la lucha por el sufragio no es un camino hacia la revolución, cuya necesidad y legitimidad manifiestas brotarán de la misma insuficiencia de las presiones, si ellas resultaren no bastar?

La lucha por el sufragio pone un hierro al rojo en la llaga del régimen, al desnudar su usurpación y sus maniobras tramposos, al mostrar en los hechos y para las grandes masas cómo la usurpación política nace de la quiebra económico-social de un sistema que debe ser derribado para que tenga acceso la voluntad popular.

La lucha por el sufragio permite desenmascarar los mitos de la "legalidad" y la "violencia", utilizados como frenos inhibitorios por las clases dominantes, al exhibir públicamente quiénes son los sediciosos, quiénes ejercen la razón de la fuerza.

Ella infunde a las masas una convicción profunda sobre la licitud de sus rebeliones. Expresa una poderosa y certera intuición colectiva de que no hay legitimidad ni eficacia que no emanen del pueblo, de que las grandes mayorías populares deben adueñarse de sus propios destinos, sacudiéndose a tutores y mandones.

Al insistir sobre el instrumento de la voluntad colectiva, es un aglutinante para el conjunto de clases y sectores asfixiados por la opresión oligárquica-imperialista, y totaliza la serie de reivindicaciones inmediatas y sectoriales, tanto políticas, como económicas, sociales, culturales, etc., pues apunta a su medio de realización.

CIERTAMENTE, EL REGIMEN NO CAPITULARA SOLO PORQUE LO PRESIONEN Y ESTE DEBILITADO, PERO ES PRECISO HABER CAIDO EN EL FORMALISMO MAS ABSTRACTO PARA OPONER ELECCION A REVOLUCION.

Bastan estas consideraciones para comprender cómo es de absurdo contraponer "elección" a "revolución", olvidando la movilización popular por las elecciones como puente hacia la revolución.

Pero la indigencia conceptual e ideológica de la ultraizquierda es inmarcesible. Crea una ecuación de términos asimétricos: medios de un lado (golpe, elección), fines del otro (revolución). "Ni tren, ni automóvil: a Santiago del Estero". Pero es que hay trenes y caminos que van a Santiago y trenes y caminos que no van a Santiago. ¿O querrán ir en barco, o viajando con el dedo sobre el mapa?

Hay golpes y golpes, distinguidos caballeros, elecciones y elecciones. ¿O imaginan que es lo mismo las elecciones fraudulentas del 63 que dieron el poder a Illia, o las que ungieron a Frondizi, a Justo, a Ortiz, que las que consagraron a Yrigoyen o a Perón?

¿Es lo mismo el golpe de Ovando (sí, señores, el de Ovando) que el de Banzer? ¿El de Velazco Alvarado que el de Onganía? ¿El de Uriburu que el del 4 de junio? ¿No han aprendido ustedes, todavía, a caracterizar socialmente, los hechos, los gobiernos, las instituciones; a diferencial el golpe oligárquico-imperialista de Castelo Branco del golpe nacional-democrático de Caamaño? ¿Siguen llamando a esto "la dictadura", como la de Perón sin duda, en vez de dictadura oligárquica? ¿Hasta cuándo seguirán siendo "liberales adocenados"? ¿De qué escuela han salido? ¿De la del doctor Sánchez Viamonte?

Y no digan que con estos distingos introducimos la espera de

un "militar nacionalista" que dé el "buen" golpe, merecedor de nuestro apoyo. Luchamos por la salida popular revolucionaria no de palabra sino en los hechos. La calumnia no cambiará esta situación

A LA REVOLUCION POR LA LUCHA DE MASAS

Si, es cierto. El régimen no entregará el gobierno aún dando elecciones libres, o por lo menos, no cederá el poder real. Pero sólo Frondizi y sus amigos podían decir, después de las elecciones del 18 de marzo de 1962 en la provincia de Buenos Aires, ganadas de punta a punta por el peronismo, que éste no debía haberse presentado pues no iban a darle el gobierno. ¿Necesitamos recordar que los especímenes de la "ultraizquierda" que entonces pululaban también argüían eso para proclamar la abstención? Por lo visto, no imaginaban que la defensa del resultado electoral y el desenmascaramiento de quienes se rindieron sin lucha, también es una bandera de movilización.

Alguien con alguna autoridad en la materia fulminó hace 50 años esta fraseología hueca de la "ultraizquierda": Lenin. "Quien hable de rechazar el parlamentarismo sin tener fuerza para disolver el parlamento no es un revolucionario, es un charlatán".

Pero Lenin polemizaba con infanto-izquierdistas de países europeo-occidentales cuyas instituciones parlamentarias eran realmente un baluarte fósil de la política burguesa, sólidamente asentada sobre las pingües ganancias del saqueo colonial. Aquellos a quienes llamaba "charlatanes" tenían al menos esa disculpa.

Aquí nos hallamos, no con parlamentos fósiles, sino con una crisis derivada de la impotencia de las clases dominantes para estabilizar su régimen y coronarlo políticamente. No ante una clase media e incluso una aristocracia obrera conservadoras y reaccionarias, sino con una polarización creciente de las grandes mayorías y un aislamiento y descrédito del bloque de poder. En estas condiciones, es preciso una soterrada animadversión de clase hacia el proletariado y las grandes mayorías para negar el papel de las banderas democráticas como banderas revolucionarias. Y la bandera democrática por excelencia es la del sufragio.

Se explica así la cuarta tesis, la tesis implícita: no a las elecciones porque no debe triunfar el peronismo... "burgués". El gorila agita el rabo, y poco importa si lo hace con la bandera roja en 1971, o con la de Rojas (el almirante), como en 1955.

Pero concedámosle, siquiera por hipótesis, una dulcificación en las costumbres. Bien entendido, en su versión 71, el antropoide superior no quiere dañar a nadie; por el contrario, desea impedir que los demás se dañen esgrimiendo arma tan peligrosa como el sufragio. ¿Dejaríamos un revólver en manos de un niño o de un loco? Como quería Sarmiento, primero, hay que "educar al soberano".

Bajo el aparente revolucionarismo, subyace aquella idea "malekiana" con la que tropezáramos al comienzo de nuestro viaje. La Universidad, fuente del "saber", matriz de "soluciones", artífice de la "nueva sociedad". Es la infatuación clasista de los explotadores, la civilización versus la barbarie, sublimada, izquierdizada y desgreñada (pero no superada) la que encontramos en la "ultraizquierda". O, para decirlo al modo inimitable y, en su género, conmovedor del FAUDI, "hagamos de la ciudad de Buenos Aires una Facultad de Filosofía".

Esta soberbia intelectual de clase revierte contra el propio estudiantado, y son los mismos que, so pretexto de revolución, coinciden activamente con Onganía, Levingston, Frondizi o Rojas en negar a los argentinos el derecho a votar, el derecho a pelear por la conquista del voto y el derecho a la movilización de masas como cauce del proceso revolucionario-popular, son los mismos que niegan a los estudiantes la facultad de organizar sus sindicatos, discutir con nivel político sus problemas y elegir democráticamente a sus dirigentes.

Los mismso, en suma, que secundan a la intervención y al régimen ofreciéndoles (en cuanto de ellos depende; pero depende cada vez menos) el presente de un estudiantado dividido y debilitado.

Responderemos a Malek y a cuanto él significa estrechando filas en nuestras organizaciones gremiales (Centros, federaciones y FUA); encauzando en esa estructura de masas nuestra voluntad combatiente, nuestros acuerdos y nuestras divergencias; levantando las banderas que nos vinculen a la mejor tradición estudiantil, obrera y nacional, en la lucha por el gobierno obrero y popular y la emancipación revolucionaria de América latina.

"QUIEN HABLE DE RECHAZAR EL PARLAMENTARISMO SIN TENER FUERZA PARA DISOLVER EL PARLAMENTO NO ES UN REVOLUCIONARIO, ES UN CHARLATAN" (VLADIMIR ILICH ULIANOV).

El ultraizquierdismo y la cuestión nacional

por León Trotsky

En el movimiento trotskysta norteamericano surgió en 1935 una tendencia ultraizquierdista que, entre otras cuestiones, planteaba el antientrismo en los partidos socialdemócratas y, sobre todo, el retiro de la consigna de defensa revolucionaria de China contra el imperialismo japones. Esta tendencia estaba encabezada por Hugo Oehler, posteriormente enemigo declarado del trostkysmo, y por un emigrado alemán llamado Eiffel.

El ultraizquierdismo en los EE.UU. tuvo un significado clásico, se trataba de una "enfermedad" infantil auténtica, originada en la barbarie política del proletariado norteamericano. Este primitivismo encuentra su explicación en la posición de privilegio nacional en que la burguesía imperialista ha colocado a su clase obrera con el fin de corromperla. El premio a que aspira la burguesía yanqui es la ansiada estabilidad social, que consigue en principio trasladando sus propias crisis a las colonias, expoliándolas y empobreciéndolas.

Pero el ultraizquierdismo en los paises coloniales y semicoloniales es una enfermedad "senil", en el sentido más preciso de la palabra.

Se trata de una tendencia adulterina, que sólo por error es posible llamar ultraizquierdista, pues en realidad, y sometida a un exámen más atento, se descubre su franco carácter derechista.

En su explotación de la colonia o semi-colonia el imperialismo choca en primer lugar con la burguesía nacional, que intenta ampliar su participación en la plusvalía extraida por aquel de las masas nativas. El imperialismo comprende claramente que su antagonismo con la burguesía nacional es infinitamente menor que con el proletariado del pais. Para sus necesidades políticas inmediatas, sin embargo, trata de utilizar no solamente a sus agentes directos o indirectos, sino también a los partidos obreros, y en ocasiones hasta a los partidos revolucionarias. Aunque esta tentativa no se manifiesta explícitamente, el imperialismo actúa a través de poderosos medios de intimidación ideológica y se cubre, a veces, con los "principios marxistas" para obtener sus fines de desmoralización y aniquilamiento de la vanguardia revolucionaria. Tal es el caso de América Latina y citaremos para ejemplificar dos párrafos escritos por nuestro corresponsal en La Paz y publicados en "Lucha Obrera", nuestro periódico.

"El general Ovando, al capturar el poder en setiembre de 1969, hizo posible la apertura democrática. Gracias a ella se nacionalizaron los yacimientos que estaban en poder de la Gulf Oil, lo que permitió al país recuperar dos mil millones de dólares en reservas gasíferas y 600 millones de dólares en reservas de petróleo. El régimen de Ovando permitió también la reorganización sindical, ya que derogó los decretos anti-sindicales del barrientismo y la oprobiosa Ley

de Seguridad del Estado, que prohibía poco menos que bostezar en público.

"También durante el gobierno de Ovando se realizó el Congreso de la Central Obrera Boliviana, en la sede del ex parlamento burgués, y los periodistas conquistaron el decreto del 19 de febrero de 1970, gracias al cual están facultados para escribir diariamente un artículo firmado, con sus propias opiniones, del mismo espacio que el ocupado por el editorial del director.

"La ultraizquierda, lejos de impulsar este proceso, lo saboteó de la manera más descarada. El mismo día en que se nacionalizaba la Gulf, los pequeneses altiplánicos convocaban a la guerra popular, mientras el gobierno denunciaba el Plan Holt de la CIA, destinado a derrocar a Ovando e imponer el regreso de los intereses petroleros yanquis. A la semana, el llamado Ejército de Liberación Nacional asaltaba la caja de la Cervecería Nacional, aduciendo..."

"La última "genialidad" del ultrismo consistió en elaborar un documento a nombre de los suboficiales, sargentos y clases de las FF.AA., los cuales pedían nada menos que todos los oficiales y jefes se fueran a sus casas para ellos ocupar sus cargos jerárquicos y sus ítems. Lo peor de todo es que los redactores del documento provocador comenzaron a creer en su propio invento, de manera que al plantearse el enfrentamiento armado, sectores del MIR sostenían que los universitarios no podían pactar la defensa con Torres sino exclusivamente con los "suboficiales". Como si esto no fuera suficiente, el manifiesto de los sargentos alababa a un sólo militar, Torres. Así se logró, en los hechos, que el presidente de la República apareciera enfrentando a la totalidad de los jefes militares.

En realidad el procedimiento de la CIA no es novedoso. Recordemos que la caída de Goulart, en el Brasil, tuvo un procedimiento parecido. También hace un par de meses, el servicio de inteligencia del presidente Allende logró detectar un documento similar al de los suboficiales bolivianos, que pretendía crear un insalvable abismo entre Salvador Allende y las Fuerzas Armadas.

¡Cuánto más hubera escrito Trostsky, de haber vivido, sobre los "imbéciles" contemporáneos que se llaman "trostskystas" para traicionar sus ideas! Estamos seguros que habría vuelto a escribir, "Pero una estupidez llevaba a semejante nivel equivale a la traición". Y hubiera tenido razón, una vez más.

N. de la R.

He leído en estos días algunas declaraciones de los "oehleristas" y de los "elfelistas" (si es que hay tendencias como esas) sobre la guerra chino-japonesa. Lenin llamó a estas ideas y a gentes tales "enfermedades infantiles".

Un niño enfermo provoca simpatía. Pero hace tiempo que los veinte años han pasado, los niños se han vuelto barbudos y hasta calvos, aunque no han podido renunciar aún a sus balbuceos juveniles. Al contrario, han redoblado, han decuplicado todas las faltas, todas las nimiedades, adjutándoles algunas ignominias.

Nos siguen paso a paso. Se apoderan de algunos elementos de nuestros análisis, inflan sin límites estos elementos y los oponen a todo el resto. Nos corrigen. Cuando dibujamos alguna figura humana, le agregan una jocosa. Cuando es la de alguna mujer la adornan con algún bigote. Cuando dibujamos un gallo ponen en su lugar un huevo de gallina y a todo este trabajo burlesco lo llaman marxismo-leninismo.

Quiero referirme en esta carta sólo a la guerra chino-japonesa. En mi declaración a la prensa burguesa he dicho que el deber de todas las organizaciones obreras en China era participar activamente y en primera línea en la guerra actual contra el Japón, sin abandonar su programa y su actividad independiente. "Pero esto es "Social-patriotismo", gritan los elfelista, es la capitulación frente a China y a Chang-Kai-sek. Es abandonar el principio de la lucha de clases; el bolchevismo ha predicado el derrotismo revolucionario durante la guerra imperialista. La guerra en España, como la guerra en China, son guerras imperialistas. Nuestra posición frente a la guerra chino-japonesa es la misma. "La única salida para los obreros y campesinos chinos es luchar como fuerza independiente contra los dos ejércitos. En la misma forma contra el chino que contra el japonés".

Estas cuatro líneas extractadas del documento elfelista del 10/9/1937, son totalmente suficientes para decir: "Estamos frente a verdaderos traidores o frente a verdaderos imbéciles". Pero la imbecilidad elevada a este nivel equivale a la traición.

Nosotros no hemos puesto nunca ni pondremos jamás en un mismo plano a todas las guerras. Marx y Engels apoyaban la guerra revolucionaria de los irlandeses contra Gran Bretaña, de los polcos contra el Zar, aunque en estas dos guerras los jefes eran en su mayoría burgueses. Cuando Abd-el-Krim se levantó contra Francia, los demócratas y los socialdemócratas hablaron con desprecio de la lucha de un tirano salvaje contra la democracia; el partido de León Blum sostenía este punto de vista. Pero nosotros, marxistas y bolcheviques, considerábamos la guerra de los rifeños contra la dominación francesa como una guerra progresiva.

Lenin ha escrito centenares de páginas para demostrar la necesidad capital de distinguir las naciones imperialistas de las colonias y semicolonias, que constituyen la mayor parte de la humanidad. "Hablar de derrotismo revolucionario en general" sin distinguir entre países opresores y oprimidos es hacer del bolchevismo una caricatura al servicio del imperialismo.

En el Extremo Oriente tenemos un ejemplo clásico. China es un país semicolonial, que el Japón ante nuestros ojos transforma en colonial. La lucha de parte del Japón es imperialista y reaccionaria; la lucha de parte de China es libertadora y progresiva.

Pero, ¿y Chang-Kai-Sek? Nosotros no tenemos la menor necesidad de hacernos la menor ilusión sobre él, sobre su partido y sobre toda clase dirigente china, lo mismo que Marx y Engels no se hacían ninguna ilusión sobre la clase dirigente de Irlanda y Polonia. Chang-Kai-Sek es un opresor de los obreros y campesinos chinos y no tenemos necesidad de que se nos lo recuerde. Pero hoy día está empujado, a pesar de su mala voluntad, a hacer la guerra al imperialismo japonés, por los restos de la independencia china. Mañana puede traicionar nuevamente. Es posible. Aun más, es inevitable. Pero hoy hace la guerra; la no participación en esta guerra es cosa que sólo pueden hacerla los cómodos, los canallas o los imbéciles completos.

El patriotismo chino es progresivo

Para aclarar la cuestión tomemos el caso de una huelga. Nosotros no sostenemos todas las huelgas. Si se trata, por ejemplo, de eliminar de una fábrica, mediante una huelga, a los viejos —sean chinos o japoneses— estamos contra la huelga. Pero si la huelga tiene por objeto mejorar en todo lo que sea posible la situación de los obreros, nosotros somos los primeros en participar en ella, cualquier sea la dirección. En la gran mayoría de las huelgas, los jefes, los líderes, son reformistas, traidores profesionales, agentes de la burguesía. Ellos se oponen a toda huelga pero a veces son empujados por las masas —por la presión— o por toda la situación objetiva, al camino de la lucha. Imaginemos por un momento a un obrero que diga: "yo no quiero participar en esta huelga, porque los jefes son agentes del capital"; este doctrinario ultraizquierdista debe ser llamado por su propio nombre, un rompehuelgas. El caso de la guerra chino-japonesa es desde este punto de vista un hecho enteramente análogo. Si el Japón es un país imperialista, si la víctima del imperialismo es China, nosotros estamos del lado de China. El patriotismo japonés es la máscara del bandidaje mundial. El patriotismo chino es legítimo y progresivo. Poner a los dos en el mismo plano y hablar de socialpatriotismo sólo puede hacerlo quien no ha leído nada de Lenin, quien no ha comprendido la actitud de los bolcheviques durante la guerra imperialista y quien no puede más que comprometer y prostituir las enseñanzas del marxismo.

Cómo luchar contra Chang Kai Shek

Los eifelistas han oído que los internacionalistas acusaban a los socialpatriotas de ser agentes del imperialismo y nos responden: "Vosotros haceis la misma cosa". En la guerra de dos países imperialistas no se trata de la democracia ni de la independencia nacional, sino de la opresión de los pueblos atrasados no imperialistas. En tal guerra, los dos países se encuentran en un mismo plano histórico, los revolucionarios en los dos países son derrotistas. Pero el Japón y la China no se encuentran en un mismo plano histórico. La victoria del Japón significaría la esclavitud de China, la paralización de su desarrollo económicosocial y el reforzamiento terrible del imperialismo japonés. La victoria de China significaría al contrario la revolución social en el Japón y el libre desarrollo —es decir, no encadenado por la opresión exterior— de la lucha de clases en China.

¿Pero es que Chang Kai Shek puede asegurar la victoria? Yo no lo creo. Pero es él quien ha comenzado la guerra y quien la dirige actualmente. Para poder reemplazarlo hace falta una influencia decisiva en el proletariado y en el ejército, y ello no se consigue permaneciendo suspendido en el aire, sino colocándose en la base de esta guerra. Hace falta ganar prestigio e influencia en la lucha militar contra la invasión del enemigo exterior y en la lucha política contra las debilidades, los desfallecimientos y las traiciones del interior. En cierta etapa del proceso, que nosotros podemos establecer de antemano, esta oposición política puede y debe transformarse en lucha armada, pues la guerra civil como toda otra guerra, es la continuación de la política. Pero es necesario saber cuándo y cómo transformar esa política en insurrección armada.

Durante la revolución china de 1925-27 nosotros hemos justificado a la Komintern. Pero, ¿por qué? Es necesario comprenderlo bien. Los eifelistas afirman que nosotros hemos cambiado nuestra actitud en la cuestión china "sobre la guerra chinojaponesa." Es que estos pobres de espíritu no han comprendido nuestra actitud de 1925-27.

Nosotros no negamos jamás el deber para el partido comunista de participar en la guerra de los burgueses y pequeños burgueses del sud contra los generales del norte, agentes del imperialismo extranjero. Nosotros no nega-

mos jamás la necesidad de un bloque militar entre el partido comunista y Chang Kai Shek. Al contrario, nosotros fuimos los primeros en propiciarlo. Pero propusimos que el partido comunista guardara toda su independencia orgánica y política, es decir que, durante la guerra civil contra los agentes interiores del imperialismo, como durante la guerra exterior contra el invasor extranjero, la vanguardia obrera, permaneciendo en la primera línea de combate militar, prepara políticamente el derrocamiento de la burguesía. Nosotros defendemos la misma política durante la guerra actual. No cambiamos nuestra actitud en nada. Pero los eifelistas y oehleristas no han comprendido un ápice de nuestra política, ni en 1925-27 ni ahora.

En mis declaraciones a la prensa burguesa al comienzo de la guerra (última) entre Tokio y Nankin, he subrayado sobre todo el deber de los obreros revolucionarios de participar activamente en la guerra contra la opresión imperialista. ¿Por qué lo hice? Porque primeramente es justo desde el punto de vista marxista y en segundo lugar porque es necesario desde el punto de vista de la salvaguardia de nuestros amigos de China. Mañana la GPU, que se encuentra aliada al Kuomingtang (como en España con Negrín), va a presentar a nuestros amigos chinos como derrotistas y agentes del Japón. Los mejores entre ellos, Tchen-hon-ilon a la cabeza, pueden ser comprometidos nacional e internacionalmente y fusilados. Hacía falta señalar con toda energía que la IV Internacional está al lado de la China contra el Japón, he dicho, al mismo tiempo que no abandona su programa ni su independencia.

Cuando los imbéciles quieren hacer política

Los imbéciles eifelistas intentan balbucear esta reserva: "Los trostkystas —dicen— quieren servir a Chang Kai Shek en los hechos y al proletariado en palabras". Participar activa y conscientemente en la guerra no significa servir la independencia de un país semicolonial a pesar de Chang Kai Shek. Las palabras dirigidas contra el Kuomingtang son el instrumento de educación para las masas y que servirán para derrocar a Chang Kai Shek. Participar en la lucha militar bajo las órdenes de Chang Kai Shek, puesto que es él quien desgraciadamente tiene el poder en esta guerra por la independencia, pero preparar políticamente el derrocamiento es la única política revolucionaria. Los eifelistas y oehleristas oponen a esta política "nacional y socialpatriota" la política de la "lucha de clases". Durante toda su vida Lenin combatió esta política abstracta y estéril. El interés del proletariado mundial le dicta el deber de ayudar a los pueblos oprimidos contra sus opresores, en su lucha nacional y patriota contra el imperialismo. Aquel que no ha comprendido esto hasta hoy, casi un cuarto de siglo desde la guerra mundial y veinte años después de la revolución de octubre, debe ser implacablemente apartado de la vanguardia revolucionaria, como el peor enemigo interior —y este es precisamente el caso de los eifelistas y de sus semejantes.

23 de setiembre de 1937.

LECTURAS CRITICAS

Libros, periódicos, papeles en general

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO BOLIVIANO (IV)
(I tomo)
por Guillermo Lora
Ed. "Los Amigos del Libro"
La Paz, 1967

De la lectura del libro se desprenden dos hechos notables: el "trotskysta" Lora defiende el librecambismo de la oligarquía boliviana, a la que juzga *"el sector más dinámico de la aristocracia terrateniente"* (pág. 95); al mismo tiempo encomia al proletariado de Bolivia, a cuya historia está dedicado su trabajo. Es fácil inferir que si un librecambista en un país atrasado pudiera realizar sus puntos de vista de modo radical, no existiría la clase obrera, ya que la importación de todos los productos industriales de las metrópolis exteriores impediría la formación de una industria nacional y, en consecuencia, la aparición de un proletariado. La inconsecuencia de defender el librecambismo y el proletariado a un mismo tiempo, es soslayada por Lora mediante el hecho de que el único sector realmente importante de la clase obrera industrial es el resultado directo de la penetración imperialista: el proletariado minero. La única industria que merece el respeto de Lora es la industria extractiva del capital imperialista. Su punto de vista es el mismo que el de los economistas ingleses del siglo XIX, o sea que la vigencia de la división internacional del trabajo, asignando a los países coloniales o semicoloniales la tarea de exportar materias primas y a los países imperialistas el rol de exportar manufacturas, es una ley inmutable del desarrollo capitalista (europeo) ante la que es preciso inclinarse, con la misma resignación científica con que aceptamos la inevitabilidad de la lluvia, el rayo o la tormenta.

El concepto de patria y de mercado interno es para Lora muy diferente al que se encuentra en Lenin y Trotsky. Para Lora *"la lucha contra el capitalismo invasor era presentada como la esencia del nacionalismo y del patriotismo bien entendidos"* (pág. 85). Toma partido por los partidarios del comercio importador puesto que era lo lógico *"en un país que apenas estaba saliendo de su aislamiento"* (pag. 86). Lo explica admirablemente del siguiente modo: *"La mercancía extranjera destruía simplemente todos los talleres que encontraba a su paso y al hacerlo seguía fielmente un camino tradicional de la penetración capitalista"*. Con el corazón alegre, Lora, que jamás se detiene a ocultar los hechos y cifras que testimonian en su contra (lo que obliga al lector a preguntarse si se trata de cinismo infantil o de torpeza senil) cita a continuación un texto en el que se dice que *"al comercio ultramarino debemos la casi total desaparición de 1000 telares establecidos en todas partes y con cuyos productos se vestían las tres cuartas partes de la población; al comercio extranjero debe la industriosa Cochabamba la paralización de sus variadas manufacturas"* (página 86).

A este capitalsimo extranjero que destruía los elementos de un capitalismo boliviano, Lora lo considera encarnación del progreso y a los proteccionistas bolivianos, gentes que *"se vuelven hacia atrás suspirando el recuerdo de los tiempos coloniales"* (pág. 85). Todos los apologistas nativos del imperialismo en América Latina que precedieron a Lora sostenían, si eran liberales como Sarmiento o Linares, que la lucha se entablaba entre la civilización y la barbarie; y si eran "marxistas", que dicho conflicto enfrentaba al capitalismo con el feudalismo. Pero ninguno de ellos, ni por supuesto Lora, comprendieron que el capitalismo que se desarrollaba era el europeo, no el boliviano o latinoamericano y que en consecuencia, precisamente porque el capitalismo boliviano era sofocado por el "capitalismo invasor", la política proteccionista de Sucre y de Belzú, a los que Lora ataca, no era colonial, sino patriótica, o sea capitalista, puesto que en el siglo XIX el desarrollo capitalista, en Europa (y mucho más en América Latina) era sinónimo de patria.

Esta manía de Lora de considerar progresivo al capitalismo europeo que destruía los telares de Cochabamba y arrojaba a la desocupación a los artesanos bolivianos, mientras que reputa como reaccionarios los esfuerzos de las manufacturas locales para defenderse con medidas aduaneras de la competencia extranjera, dice bastante acerca de su retórico socialismo y de sus equívocas relaciones con Lenin y con Trotsky. El primero sostenía que aquel que no apoya el nacionalismo de los países oprimidos apoya de hecho el nacionalismo de los países opresores. Trotsky, por su parte, no sólo apoyaba los esfuerzos del General Cárdenas para nacionalizar el petróleo mejicano, sino que declaraba el carácter progresivo del patriotismo chino contra la invasión japonesa. Para los maestros del socialismo, defender en los países atrasados el mercado interno contra la invasión mercantil extranjera, no consistía solamente en enriquecer a los burgueses nacionales (como afirmó siempre la escuela liberal de los terratenientes y comerciantes) sino ante todo contribuir a la modernización del país mediante la formación de una clase obrera, de acelerar el paso de las relaciones agrarias patriarcales hacia el pago del salario industrial urbano, de fortalecer el Estado nacional por la irrigación financiera que todo proceso industrial supone y en fin, de contribuir a madurar la conciencia nacional del país oprimido abriendo así el camino hacia el socialismo.

Pero el desdén de Lora hacia el pensamiento político de los clásicos del marxismo en relación a los países atrasados es inmune a toda crítica. Lora hace mucho que ha dejado de ser un atolondrado adolescente. Ha tenido ya el tiempo suficiente para repasar los textos de Trotsky y Lenin acerca de que una cosa es la política que el partido revolucionario desarrolla en un país atrasado y otra muy dis-

tinta es la política que debe desenvolver en un país avanzado. Si todavía Lora se obstina en confundir ambas políticas, en igualar niveles históricos desemejantes, en practicar en La Paz el Frente Unico Proletario que solo conviene a Francia, en lugar del Frente Unico Antiimperialista que indudablemente refleja el desarrollo histórico de Bolivia, es que no se trata de una confusión, sino de un designio y elige en la historia boliviana los mismos aliados que adopta en nuestros días. Es antipatriota en el siglo XIX y lo sigue siendo en el siglo XX. Pero un antipatriota en un país semicolonial no puede ser marxista sino a condición de que sea un marxista colonial al servicio del opresor extranjero.

El rasgo característico del marxista colonial consiste en su completa ceguera para pensar por sí mismo y en su incapacidad para desprender su análisis del proceso europeo específico. Cuando el marxista colonial habla del "capitalismo" en general, en el fondo se refiere al "capitalismo europeo". Si por un azar alude a la "burguesía nacional", solo lo hace para indicar su debilidad orgánica y su completa postración. Todo intento de corregir el proceso de intervención extranjera en la economía boliviana o latinoamericana, es inmediatamente desacreditado por los Lora como si se tratara de reminiscencias feudales y coloniales. Así es como Lora aparece como una especie de ala izquierda de la Grace. Veamos otro ejemplo del progreso que lo deslumbra: *"Las nuevas mercancías se apoderaban, de manera incontenible, del mercado al que llegaban y comenzaban a transformar la mentalidad y los métodos de trabajo de comerciantes". Los proteccionistas quedaron horrorizados por esta realidad y lanzaron su grito de desesperación al sentirse ahogados por lo que ellos llamaron el carácter invasor del comercio exterior"*... (pág. 87).

El progreso arrollador que este "capitalismo invasor", bien llamado por los proteccionistas bolivianos del siglo XIX y que suscita la sonrisa despectiva del marxista-imperial Lora, puede advertirse en las mismas palabras de este autor, cuya coherencia interna deja bastante que desear al referirse a la transformación de *"la mentalidad y los métodos de trabajo de los comerciantes"*. ¡Los métodos de trabajo del comercio! Todo marxista sabe, o debería saber, que el capital comercial en un país semicolonial es un aliado del imperialismo, de los terratenientes del "statu quo". Cuanto mayor es la proporción del capital comercial en la economía de un país, menor es la importancia de su desarrollo capitalista. Esto mismo nos está diciendo que Lora está lejos de ignorar el significado de sus extravagancias y que su conformidad con el destino de Bolivia como factoría minera exportadora es transparente.

Que esta inferencia no es arbitraria, lo confirma Lora a renglón seguido cuando, desdeñando los sueños industrialistas del proteccionismo boliviano, ante la gran fatalidad histórica encarnada en el Capitalismo Mundial, justifica la reducción de Bolivia a su papel monoproductor, ya que las grandes metrópolis dependen también de la importación de materias primas procedentes de las colonias. He aquí el precioso producto: *"Los países que integran el capitalismo mundial se ven, por esto mismo, sometidos a una severa división internacional del trabajo. Muchos de los centros manufactureros de primer orden se ven obligados a importar materias primas y alimentos para mantener su condición de talleres del mundo"* (87).

En otras palabras, tanto Bolivia como Estados Unidos integran el capitalismo mundial, ambas son "naciones" capitalistas. Claro está que mientras Estados Unidos "depende" de Bolivia porque importa mineral en bruto o frutas del Beni, Bolivia a su vez "depende" de Estados Unidos porque este país le compra su mineral. Es cierto que Estados Unidos o Inglaterra desarrollan su civilización, su bienestar y su cultura a costa de Bolivia y otros países semiesclavizados y que Bolivia extrae de esta relación solo estancamiento, miseria y atraso. Pero ambos países están "integrados al capitalismo mundial". En consecuencia, y siendo el capitalismo mundial un hecho irresistible, dejemos a Bolivia sin defensa, sin capitalismo interior, sin proteccionismo. Semejante bufonada no tiene nada que ver con el marxismo, sino forma parte exactamente del arsenal de argumentos de izquierda que mucho antes que Lora inventó el fundador del socialismo cipayo en el Río de la Plata, el Dr. Juan B. Justo, reformista bernsteiniano, positivista comtiano, enemigo de la revolución rusa y admirador de Inglaterra. Lora sabe elegir bien sus aliados.

J.A.R.

(continuará el el próximo número)

UN JUICIO AL PROCESO POLITICO ARGENTINO

por el Genéral Enrique Rauch

El General Rauch ha sido uno de los protagonistas de las convulsiones militares y políticas producidas en nuestro país después de la caída de Perón. Desempeñó un importante papel en el caos institucional del período de Guido, fue el jefe de la Caballería en ese momento y hasta superior de Onganía en tal oportunidad. Como es notorio, durante la dictadura de Onganía el general Rauch se declaró en rebelión, publicó varias cartas abiertas y luego se llamó a silencio. Ahora publica un libro de género impreciso. En parte memorias y en parte un manojo de reflexiones políticas; resulta abrumador por las conclusiones que es obligatorio extraer de su lectura. Como los militares hablan poco y no se pronuncian sino raramente sobre temas de actualidad, el trabajo de Rauch resulta revelador y mueve a pensar sobre las deficiencias de las escuelas militares argentinas.

Rauch es un oficial nacionalista, aunque condena el carácter oligárquico de los nacionalistas argentinos. Declara su antiguo antiperonismo (en 1945) pero confiesa que en realidad el peronismo estaba ampliamente justificado. Juzga a Perón con mayor ecuanimidad que sus compañeros de promoción y exhibe una ideología vagamente nacionalista, ordenadora, populista (pero no demagógica), antimarxista modelo 1930, formulista y planificadora. En el fondo y como todos los nacionalistas, Rauch es un conservador. Al referirse al peronismo dice: *"Desgraciadamente todo lo que se hizo fue con sentido político-demagógico. No se dieron soluciones juiciosamente equilibradas, lo que les restó fuerza y perdurabilidad. Todo lo que se da, quitando a otros lo que legítimamente les corresponde, inexorablemente produce un desequilibrio y la reacción lógica de los afectados y a la larga los destruye u obliga a las enmiendas correspondientes"*. Como se ve, Rauch es un oficial turbulento, pero ni siquiera es un revolucionario burgués. Basta recorrer el capítulo que evoca sus relaciones y movimientos en época de Guido para convenir en que el Ejército argentino, en sus mandos superiores,

no entiende nada, no ha aprendido nada de la historia contemporánea ni sospecha del carácter de los problemas de la sociedad argentina. Es por esa profunda ignorancia y reaccionarismo que no ha habido nada más fácil para los ganaderos y agentes del imperialismo, que introducir a un abogado hábil como Krieger Vasena en los despachos de los generales. En un mes, el abogado metía en su bolsillo al general, que a su vez aplastaba a la República bajo su bota. Rauch no parece comprender siquiera esta versión compendiada del régimen militar sufrido en los últimos cinco años.

Perón y el justicialismo
por Alberto Ciria
Edit. Siglo XXI

Las tentativas de explicar a Perón y el peronismo no son precisamente escasas. La vitalidad del fenómeno político que sacudió al país no podía sino generar una razonable avidez por explicarlo. Claro que no siempre ese vigor produjo resultados satisfactorios.

El autor nos introduce en el tema resumiendo las distintas interpretaciones que existen sobre el peronismo. La enumeración no es completa ni tampoco original. Ya Carlos Fayt en "La Naturaleza del Peronismo" hizo una enumeración detallista de la tesis. El autor toma solo algunas de estas para enjuiciarlas y proponer al final una nueva categoría de análisis. Por un lado describe las interpretaciones liberales que sostienen la identificación del peronismo con el nazismo y el facismo, o totalitarismo. Con matices, esta posición es asumida por los partidos de la izquierda tradicional y también por los sociólogos alimentados en las categorías del neo positivismo norteamericano. Es justicia reconocer que Ciria es moderado con éstos, y sus objeciones se limitan a limar las aristas para dejar bien pulido el carácter "totalitario" del peronismo. Es que Ciria no ataca a su maestro José Luis Romero que sostiene que "Perón constituía el más activo de los elementos pro nazis del gobierno". Tampoco esgrime su rigor para juzgar los disparates de Silvert que define a Perón por sus contrastes con Hitler, y sus semejanzas con Mussolini. Ciria pasa por alto —con respeto científico —la enormidad de Seymour Martin Lipset, que llega a sostener que el peronismo fue "un fascismo de las clases bajas". Es que Ciria se mueve con las categorías de esa sociología estéril y llega a sostener (pág. 104) que para explicar a Perón es conveniente "revitalizar la teoría del liderazgo carismático tal como fuera difundida por Marx Weber".

Este trato preferencial a los sociólogos seudo "objetivos" no es extraño. Es que el mismo Ciria forma parte de esa legión, si bien a veces nos quiere engañar con un lenguaje superizquierdista. Pero este lenguaje no puede ocultar su posición básicamente reaccionaria y antiperonista. Si el autor no maltrata a sus amigos de profesión, si se las toma con aquellas interpretaciones que surgieron de sectores políticos que, sin ser peronistas, tuvieron la fertilidad de interpretarlo correctamente. Cuando Ciria analiza la caracterización "bonapartista", se permite sostener que para aplicarla al caso peronista no es correcta, o expresado en su lenguaje, es "una metáfora". Para descalificar esta postura Ciria recurre al expediente poco serio de desfigurar la idea de "bonapartismo". Dicho de otra forma: da al bonapartismo un contenido histórico limitado a la política de Napoleón III en los distintos órdenes de gobierno. En verdad, quienes en la Argentina utilizan la categoría "bonapartismo" lo hacen en el sentido restringido de describir un poder personal que se ejerce "por encima" de las clases en pugna, haciendo un papel de árbitro entre ellas. Ciria, en cambio, cree descubrir la pólvora cuando señala que hay que distinguir las "diferencias sustanciales entre Francia y la Argentina" (pág. 17). Claro que nuestro autor no se ha tomado la molestia de ser fiel a los textos. Pues si así hubiese procedido se habría encontrado con que el "bonapartismo" peronista debe encuadrarse dentro de las condiciones de un país semicolonial.

Ciria pretende comprender al peronismo a través de un manejo de textos. Craso error. Pues desde la base torna ociosa toda la tarea. El peronismo desde el gobierno dio las respuestas a los problemas de acuerdo a las condiciones internas y externas. Buscar "la ideología peronista" en los textos de Perón es un absurdo que termina por producirse al campo del antiperonismo. Pues de esta forma será fácil comprobar el carácter zigzagueante y "oportunista" de las medidas de Perón. El libro, a pesar de su pequeñez material da para mucho. Señalemos de paso algunos de los errores de Ciria, o sus categorías: 1) Afirma que el peronismo es un fenómeno de transición rural - urbana; 2) El estilo conduce "a la manipulación de las masas por los conductores sin modificar a fondo la estructura del Estado; 3) Su empeño por rastrear las influencias de la literatura alemana en Perón; 4) Su gratuita afirmación de que el tema de las Fuerzas Armadas no ha "recibido aún la atención debida; 5) Su posición superizquierdista en el problema de la "conciliación de clases"; 6) Afirmación de que Perón proyectaba un neocorporativismo; 7) Lugar común del repertorio izquierdista; "los grandes terratenientes salieron incólumnes de la época peronista"; 8) Paralelismo entre Perón y Haya de la Torre. Ciria reprocha a Perón —con ayuda de la sociología yanqui— no haber hablado de conciencia de clase (en vez de social); no haber eliminado las clases (en vez de conciliarlas); no haber liquidado a los terratenientes (en vez de tolerarlos); no romper lanzas con el capital extranjero (en vez de negociar con él).

El lector tendrá una idea de este breve libro alentado con la ayuda económica de universidades extranjeras. El volumen demuestra que los inversores de este género de investigaciones no son otarios. Y además de que el volumen es absolutamente prescindible. El señor Ciria revela una mayor comprensión de la sociología yanqui que del país de su nacimiento. Es el mismo señor Ciria que en "Cambio y Estancamiento en América Latina", descubrió la genialidad de que no puede haber síntesis entre los caudillos del interior y las grandes corrientes del pensamiento universal y sus manifestaciones políticas. La razón: hoy no vivimos la misma época del Chacho. En definitiva, una moraleja: a la sombra de los grandes temas se recuestan con indigencia este género de pensadores que venden con rótulos nuevos una mercadería vieja y reaccionaria.

Gregorio A. Caro Figueroa

YA ESTAN EN VENTA LOS PRIMEROS 3 VOLUMENES

Revolución y Contrarrevolución en la Argentina

por JORGE ABELARDO RAMOS

Desde su aparición en 1957 se han vendido ya 20.000 ejemplares de esta historia argentina escrita desde un punto de vista marxista y latinoamericano.
Para su mejor difusión, en esta 4ª edición popular la obra total se ha dividido en 5 volúmenes, que pueden leerse y adquirirse por separado.

I. LAS MASAS Y LAS LANZAS (1810-1862) ... $ 800.—
Abarca este volumen la Revolución de Mayo, el estallido de las guerras civiles, el período de Rosas, la época de la Confederación Argentina y la dictadura de Mitre.

II. DEL PATRICIADO A LA OLIGARQUIA (1862-1904) ..... $ 900.—
El mitrismo arrasa al interior, los ferrocarriles extranjeros, la inmigración, el roquismo, la contrarrevolución del 90, la revolución del 80, el anarquismo y el socialismo, los comienzos de la factoría.

III. LA BELLA EPOCA (1904-1922) ..... $ 1.200.—
Comienza la edad del disfrute oligárquico, las revoluciones radicales, la irrupción del Demos y la primera guerra mundial, las corrientes literarias y el fin de la Argentina criolla.

De inminente aparición

IV. EL SEXTO DOMINIO (1922-1943)

V. LA ERA DEL BONAPARTISMO (1943-1970)

En todas las librerías y en Ediciones del Mar Dulce, Casilla de Correo 5027, Correo Central, Buenos Aires.

TRABAJADORES Y CIUDADANOS: ES LA HORA DEL SOCIALISMO

Incorpórense al FIP

FRENTE DE IZQUIERDA POPULAR

Y LUCHEN POR:

- La soberanía nacional
- La independencia económica
- La justicia social
- Un gobierno obrero y popular

ADHIERASE EN

TACUARI 119

(of. 7 - entrepiso)

T. E. 37 - 0236